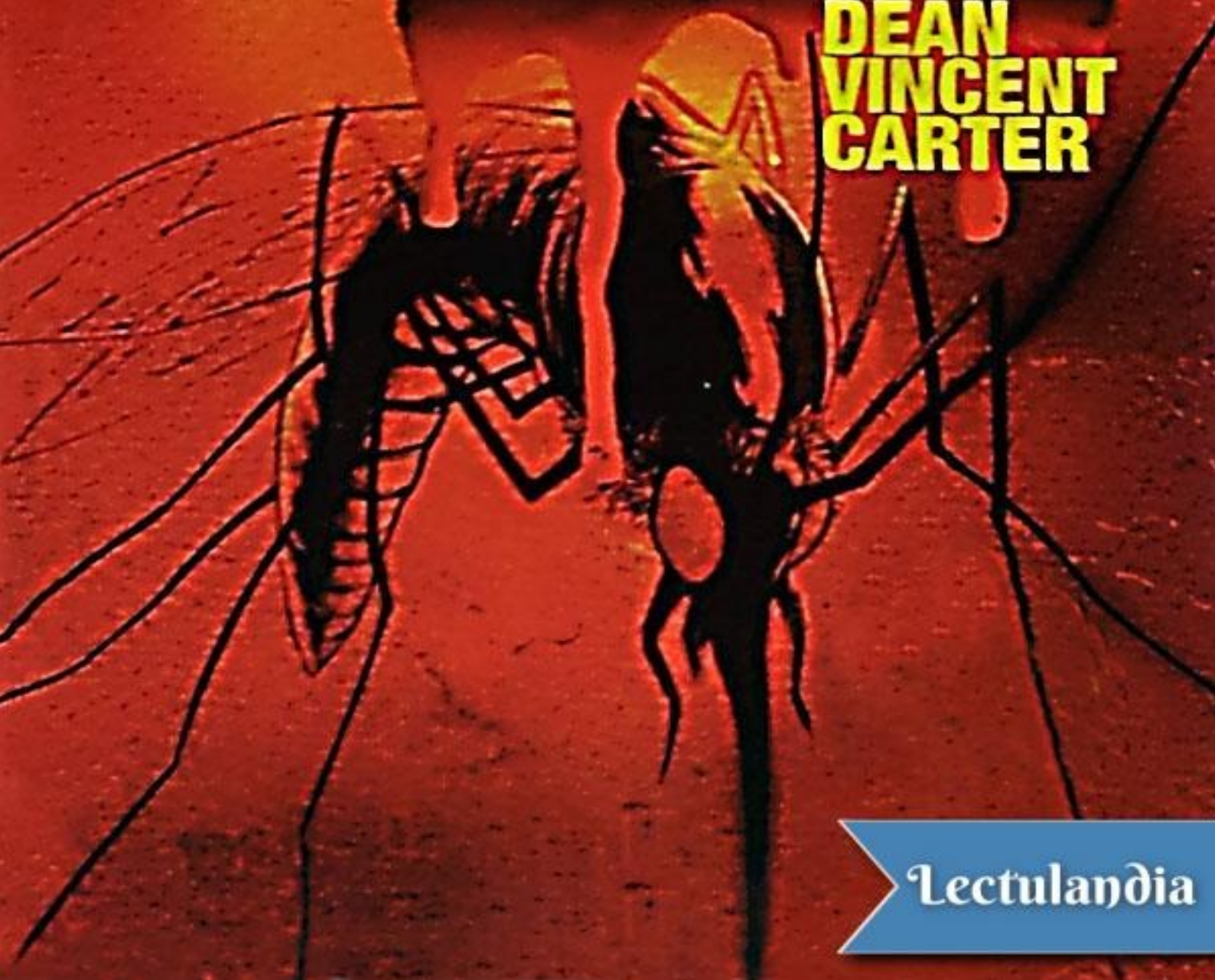


INÉDITO

SED DE SANGRE

DEAN
VINCENT
CARTER



Lectulandia

Ashley Reeves malgasta su talento investigando, en la excéntrica revista donde trabaja, lo que habitualmente suelen ser fraudes paracientíficos. Pero un día recibe una carta que huele a exclusiva, a historia irrepetible. Lo único que quizá no sepa es que el precio de la noticia puede ser su propia vida. Quien la envía es Reginald Mather, Un hombre que al principio parece un simple coleccionista de insectos, feliz por vivir aislado en una isla perdida y rodeado de curiosos experimentos naturales.

Pero cuando Ashley se encuentra incomunicado en la isla de Mather y desentierra la terrorífica verdad sobre el coleccionista, se ve empujado a una pesadilla macabra de la que nadie antes ha logrado escapar.

La vida de Ashley corre peligro y Mather no es el único enemigo...

Sed de sangre es el pórtico de entrada a una mente alucinada, una exposición cruda de sus debilidades enfermizas y los monstruos que puede engendrar. Jamás una novela había sido tan punzante.

Lectulandia

Dean Vincent Carter

Sed de sangre

ePub r1.0
algarco 31.01.14

Título original: *The Hand of the Devil*

Dean Vincent Carter, 2006

Traducción: Laura Martín de Dios

Ilustración de portada: Songe Riddle

Editor digital: algarco

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Suspiró entonces mío Cid, de pesadumbre cargado, y comenzó a hablar así, justamente mesurado: «¡Loado seas, Señor, Padre que estás en lo alto! Todo esto me han urdido mis enemigos malvados».

ANÓNIMO

*Vivimos en una plácida isla de ignorancia en
medio de lóbregos océanos de infinitud y no
estamos destinados a abandonar sus orillas.*

H. P. LOVECRAFT

PRÓLOGO

2 de julio de 1932, Zaire

La vieja cabaña se alzaba solitaria junto a la orilla. Una bruma baja procedente del agua flotaba como un manto sobre la arena y se arremolinaba alrededor de la pequeña construcción de madera antes de disiparse entre la hilera de árboles de la parte trasera. A pesar de la distancia a la que se encontraba, Cutter lo oía perfectamente. Se limpió el sudor de la frente con un trozo de tela andrajoso y empapado que llevaba en el bolsillo y a continuación se volvió hacia su guía, Obi, para hacerle una señal. Se aproximaron lentamente a la cabaña, con paso vacilante, sabían de sobra lo que acechaba en su interior.

Obi se detuvo, respiró hondo y dirigió una mirada llena de recelo al hombre blanco. Cutter sonrió antes de percatarse, algo alarmado, de que su compañero estaba temblando.

—Me impresiona que hayas llegado hasta aquí —lo tranquilizó—. Quédate, entraré solo.

Poso una mano en su hombro.

—No puedo moverme —musito Obi, sin poder ocultar su vergüenza.

—No te preocupes, lo entiendo.

Cutter se volvió y echó un vistazo a la cabaña. Habría resultado una imagen fantasmagórica incluso sin la bruma espectral procedente del río y, además, el zumbido, esa exasperante cacofonía, le estaba jugando una mala pasada. Cutter habría jurado que la pequeña construcción aumentaba de tamaño ante sus ojos, que la hinchaba el rumor que crecía en el interior.

—Si me llamas, puede que no acuda en tu ayuda, amigo —le avisó Obi, con gran pesar.

—Lo sé, no pasa nada —respondió Cutter.

Continuó avanzando entre la niebla, que se apartaba a su paso, hasta que llegó junto a la puerta de madera. El sonido se había hecho insoportable, pero trató de ignorarlo con todas sus fuerzas cuando llevó la mano al picaporte. Requeriría de un esfuerzo sobrehumano para entrar y en ese momento no parecía contar con la fuerza necesaria para hacerlo. Su mente asediaba su cuerpo con imágenes de lo que le esperaba al otro lado de la puerta. Accionó el picaporte, pero la puerta no se abrió y en ese momento Cutter se sintió presa del mismo pánico que había paralizado a su guía. La dama estaba dentro, esperándolo, de eso no le cabía la menor duda. Cerró los ojos y ordenó

al cuerpo que insistiera, que luchara.

Sin saber como, la mano se movió como si la guiara una fuerza invisible y accionó el picaporte. La puerta se resistió, pero al final cedió. El sentido común le ordenó a voz en grito que se detuviera, que diera media vuelta. Sabía que el miedo instintivo e irracional unido a la falta de sueño alimentaba su ya de por sí desbordante imaginación, pero no podía echarse atrás porque ella ya lo tenía atrapado entre sus garras. Era consciente de que lo primero que debería haber hecho era regresar al pueblo en busca de ayuda, que debería haber cumplido la promesa que le había hecho a su mujer y haberse mantenido alejado del peligro. Era consciente de muchas cosas.

El resquicio que se abría entre la vieja puerta y el combado marco se ensanchó. De repente, el zumbido que surgió de los oscuros rincones de la cabaña engulló al hombre y perturbó su raciocinio. Se detuvo, incapaz de discernir el interior de la choza a oscuras, aunque muy consciente de la presencia de ella.

Obi seguía paralizado. Entre los suyos estaba considerado un tipo duro y valiente, aunque eso era antes de que supiera que el monstruo existía, algo que jamás habría imaginado. Había crecido con las leyendas de la tribu, pero hasta ese día creía que no contenían ni un asomo de verdad. Sin embargo, cuando vio a Cutter delante de la puerta de la cabaña con la mano en el picaporte, supo que eran ciertas. El terror que se reflejaba en el rostro del hombre blanco, en sus ojos, en la palidez de su piel, era desalentador. Algo se posó en el labio de Obi, pero ni siquiera tenía fuerzas para alejarlo de un soplo. El hombre blanco temblaba. Había abierto la puerta lo suficiente para entrar en la cabaña.

Las paredes estaban vivas. Cutter vio que unas formas oscuras y cambiantes cubrían las tablas, hervideros de extraños fantasmas formados por miles y miles de diminutos insectos zumbando a la vez. Las criaturas ocultaban incluso el armazón de una cama y una caja de madera, sin dejar ni un milímetro a la vista. Cuando la vio, el corazón estuvo a punto de pararse. En un estante basto, hecho de corteza de árbol, descansaba un enorme mosquito rojo. Su aspecto no se diferenciaba de los millones de criaturas que lo rodeaban, pero tenía un tamaño excepcional, fácilmente el de la mano de un niño. Impertérrito ante el frenesí de sus discípulos, o ante la llegada del intruso, simplemente estaba allí, mirándolo.

Cutter recuperó el control de su cuerpo y sacó una red y un tarro enorme de la bolsa que llevaba colgando del hombro. Después de todos los años que llevaba en ese trabajo, las herramientas seguían siendo sencillas, rudimentarias, pero eficaces. Desenroscó la tapa del tarro y se la metió en el bolsillo. Los mosquitos comenzaron a agruparse sobre los zapatos y algunos empezaron a aventurarse piernas arriba. Se estremeció y a punto estuvo de dejar caer el tarro, pero levantó la red por encima de la cabeza y avanzó hacia el estante, rezando para no provocar una reacción en cadena mientras iba pisando incontables cuerpecitos. Ella parecía seguirlo con la mirada,

batiendo las alas lentamente. A punto estaba de atraparla con la red cuando oyó un espantoso alarido.

Creyó oírlo dentro y fuera de su cabeza al mismo tiempo. Era espeluznante, el grito agonizante de un perturbado. El clima del interior de la cabaña sufrió un cambio, las sombras oscuras de las paredes se desvanecieron y miles de formas diminutas alzaron el vuelo hasta formar una gruesa columna a su alrededor. La dama permaneció en silencio, inmóvil. Cutter supo entonces que el grito que había oído había sido profético, pues era idéntico al que en esos momentos arrancaba de sus pulmones. Después de que los discípulos se hubieran dado un festín con la sangre del hombre, llegó el turno de la dama, y cuando esta sació su sed, apenas quedaba una gota de líquido rojo en el cuerpo desecado.

Obi oyó el escalofriante alarido desde la orilla. En cuanto cesó, la sensibilidad regresó a su cuerpo junto con un angustioso sentimiento de culpa. No pudo reaccionar durante varios segundos, aunque deseaba dar media vuelta y echar a correr. En ese momento, como traída por el viento, oyó una voz de mujer.

«Ven... No tengas miedo. No quiero hacerte daño...».

Se quedó boquiabierto y su respiración se volvió entrecortada. Había oído las palabras, pero no podía creer en ellas. ¿Acaso el mito era cierto? ¿Esa criatura era capaz de entrar en la mente de un hombre? Imposible. Sin embargo, estaba seguro de que no se lo había imaginado, ella lo había llamado.

«¿Y bien?».

Algo lo atraía hacia la cabaña. No deseaba acercarse, pero tampoco podía negarse. Desvió la vista hacia el sol del atardecer y luego volvió a mirar la cabaña. Cerró los ojos e imaginó su hogar y su familia. Justo cuando creía que se liberaba de lo que lo retenía, sus pies empezaron a empujarlo hacia la construcción de madera. «Por favor —rogó, sin abrir los ojos—, por favor, suéltame». Alargo una mano, que ya no era suya, hacia el picaporte de la puerta. El interior de la guarida de la dama estaba más fresco. Obi esperó su abrazo y lo que este prometía.

A unos tres kilómetros río abajo, Ernest Faraday estaba sentado a la sombra secándose el sudor de entre los pliegues de piel llenos de pecas que se le formaban sobre los ojos. En África no disfrutaba de las comodidades a las que estaba acostumbrado en casa. Cada nuevo día conllevaba una nueva pesadilla, un nuevo fastidio. Odiaba el calor asfixiante, era como si se estuviera cocinando vivo. La noche anterior había soñado que estaba atrapado dentro del pitorro de la tetera de su abuela y que no era capaz de escapar de aquel hervor continuo. A pesar de lo temprano que era, el calor no le dejaba pensar con claridad. Odiaba ese lugar. Incluso a la sombra, era como estar en el infierno.

Y desde el infierno observaba a los nativos que descargaban en la orilla las

mercaderías de una embarcación amarrada a pocos metros. Se movían como una criatura enorme y segmentada, entonando un débil mantra mientras trabajaban. De algún lugar a la espalda de Faraday le llegó una voz, una voz de mujer; sin embargo, por lo que sabía, no había mujeres por aquella zona. Las únicas que había visto en semanas estaban en el pueblo, a varios kilómetros de allí. Se volvió y escudriñó la oscuridad que habitaba entre los árboles. Nada. Se dio media vuelta, se limpió el sudor de las cejas empujándolo con el pulgar hacia las sienes y continuó supervisando la actividad que se desarrollaba en la playa. Estaba convencido de que el calor le hacía oír cosas.

Burke y Pollard, los dos ayudantes de Faraday de la oficina de Londres, estaban enzarzados en una discusión acerca del modo más rápido para transportar las mercancías por la playa. Burke era la viva imagen del frenesí, gesticulaba como un poseso mientras perseguía a los desconcertados trabajadores por la arena.

—Mira, forman una cadena ordenada y bien hecha —decía—. No veo qué mérito tiene...

—Deberían transportarlo en parejas —le interrumpió Pollard, demostrando una vez más que nunca podría estar de acuerdo con su colega—. En parejas llevarían el doble... —Un perro comenzó a ladrar en algún lugar que Faraday no alcanzaba a ver. Era Caruthers, el yorkshire terrier de Burke. Pollard se estremeció—. ¿Por qué no le pones un bozal a esa apestosa bestia? ¡Ya sabes lo que pienso de los perros!

—Ya, seguro que no es peor que lo que ellos piensan de ti —replicó Burke.

Pollard se mordió la lengua y se limitó a sacudir la cabeza ligeramente como muestra de su desaprobación.

Faraday suspiró. Deseaba que llegara el atardecer para que aquel sol abrasador les diera un breve respiro. Aplastó un insecto delante de su cara y, mientras lo observaba, se preguntó por qué los extenuados trabajadores no lo habían abandonado hacía semanas. Algo se posó en su nuca, pero él no se dio cuenta. Uno de los trabajadores comenzó a gritar y a agitar los brazos cuando Caruthers le empezó a mordisquear los anchos pantalones que llevaba. Faraday lanzó una palabrota, se puso en pie y se dirigió hacia el agua.

—¡Burke! Si no sabes controlar...

El mosquito que se le había pegado a la nuca escogió ese momento para hundirle la trompa con aguijón. Fue como si alguien le hubiera clavado en la carne una larga aguja fría como el hielo. Al cabo de unos interminables segundos, el dolor aumentó y Faraday comenzó a dar saltos, muy inquieto. Se palmeó la nuca repetidas veces en un desesperado intento por quitarse lo que le estuviera causando esa agonía, pero no acertaba.

Sus gritos llamaron la atención de Burke y Pollard, quienes lo miraron innegablemente asombrados.

—¿Qué narices está haciendo?

Burke se volvió y se dirigió hacia su jefe.

—No lo sé, pero por una vez en la vida está moviendo ese trasero gandul — murmuró Pollard, siguiéndolo.

Se acercaron al capataz, sin saber qué hacer o decir.

—¿Qué demonios ocurre, señor Faraday?

Pollard se detuvo sin dar crédito a sus ojos. Burke también lo había visto.

Faraday tenía pegado en la nuca algo parecido a un mosquito, aunque de un tamaño inverosímil, totalmente inverosímil. Era enorme. Los dos hombres retrocedieron un paso, boquiabiertos. Faraday producía unos sonidos espantosos que revelaban la intensidad del sufrimiento. Los trabajadores habían cesado toda actividad y miraban al hombre blanco con gravedad, como si ya antes hubieran sido testigos de ese tipo de espectáculo.

—¡Por el amor de Dios! —aulló Faraday—. ¡Quitádmelo! ¡Quitad...!

Se tambaleó sin saber hacia donde caminaba y cayó hacia atrás, en la arena, con los ojos desorbitados y preso de convulsiones. Al cabo de pocos segundos había muerto.

Burke y Pollard intercambiaron una mirada y, atónitos, se volvieron hacia el cuerpo. La piel de Faraday se volvía verde rápidamente. Horrorizados, vieron que el grotesco insecto, en esos momentos de color grana a causa de la sangre que había ingerido, asomaba arrastrándose por detrás de la cabeza del hombre y volaba hasta la frente, donde se posó y desde donde les devolvió una mirada llena de regocijo. La herida de Faraday humeaba y un líquido, que en parte era sangre, aunque no todo, empapaba la arena alrededor de la cabeza del muerto.

—Por todos los cielos.

A Pollard le vino una arcada. Era como si la cabeza de Faraday se estuviera disolviendo.

Las alas volvieron a la vida con un zumbido, se detuvieron y zumbaron de nuevo. La criatura se alzó en el aire. Burke y Pollard apenas oyeron los ladridos del perro que se les acercaba dando saltos por la arena. Sin previo aviso, el monstruo se lanzó contra ellos. Presa del pánico, Burke trató de huir, trastabilló y al caer se abrió la cabeza contra una roca de canto afilado. El dolor fue horroroso, aunque breve pues la muerte le sobrevino con rapidez. Pollard, siguiendo su ejemplo, tropezó con Caruthers y cayó en la arena. Al volverse, lanzando una maldición y agitando los brazos, vio el largo y fino aguijón del insecto segundos antes de que se lo clavara. El zumbido del mosquito apenas era perceptible, pero los aullidos de Pollard se oyeron a kilómetros.

Caruthers olisqueó la cabeza de su dueño, gimoteando. No aceptaba que el hombre estuviera muerto. Los nativos se habían marchado y habían abandonado el

género que estaban descargando cerca de la orilla, varios bultos ya flotaban en el río. Salvo por el rumor del agua y un débil zumbido agudo, el silencio se impuso una vez que cesaron los gritos de Pollard y los gimoteos de Caruthers.

PROPOSICIÓN

Septiembre, 2005. Londres

Me llamo Ashley Reeves y tengo muchísima suerte de estar vivo.

Una cosa es que te cuenten una historia de terror y otra muy distinta es acabar siendo el protagonista de una. Sin embargo, eso es precisamente en lo que me convertí hace solo unos días y temo que si no escribo todos y cada uno de los detalles de mi espeluznante experiencia en la isla de Aries, acabaré convenciéndome de que no fue real, sino el producto de la imaginación enfermiza de un joven al borde de la locura.

Sigue resultando un misterio que sobreviviera a esa aterradora experiencia porque la muerte y yo nos vimos las caras en más de una ocasión. No obstante, para empezar puede que lo más preocupante de todo sea lo que me llevó hasta allí. Soy periodista y, por tanto, tengo una predisposición natural a perseguir historias, aunque tendría que haberme mostrado más prudente con esta desde el principio, y no me di cuenta de que tal vez había permitido que mi ambición me acarreará más problemas de los que podía afrontar hasta que fue demasiado tarde.

Este relato gira en torno a una criatura extraordinaria, una criatura tan peligrosa que, si hubiera podido reproducirse, nos habría borrado a todos de la faz de la tierra.

Los mosquitos no son más que insectos, diminutas maquinas biológicas, pero también son portadores de enfermedades que nos contagian como la malaria, la fiebre amarilla, la fiebre del Nilo, el dengue y la encefalitis. Es como si transmitir enfermedades fuera su principal función. Puede que los, humanos seamos el rebaño que los mosquitos están destinados a mermar. No obstante, no saben lo que hacen, no saben que contagian enfermedades espantosas. Lo cierto es que sería increíble que un mosquito, o cualquier insecto, pudiera pensar.

Sin embargo, una de las cosas con las que me topo una y otra vez es que a la madre naturaleza le encantan las paradojas.

Creo que llega un momento en la carrera de muchos periodistas en que creen que lo han visto todo. Ese momento me llegó increíblemente pronto. Después de oír historias sobre cerdos con tres cabezas, ovejas azules y plantas que hablan, lo único que me sorprendía era la audacia de los dementes que las contaban.

La revista para la que trabajo, *El eslabón perdido*, salió a la calle hace unos años.

El director, Derek Jones, dejó el periódico en el que había estado trabajando durante años para iniciar *El eslabón* él solo, con la idea de sacar provecho de la fascinación que la gente siente por todo lo «extraño».

La revista ha funcionado muy bien y se ha ganado un número de lectores nada despreciable. Me uní a ellos hace unos meses, acabadito de salir de la universidad con mi licenciatura en periodismo. No obstante, por entonces *El eslabón perdido* ya había sufrido algunos cambios. Derek había vendido la revista, pero había decidido quedarse en el cargo de director. Al nuevo dueño le obsesionaba la credibilidad y quería que *El eslabón* se centrara más en rarezas y monstruos de la naturaleza que en lo que él consideraba «tonterías».

Se acabaron los hombrecillos verdes y se dio paso a la flora y la fauna. Pronto se nos recalificó como «revista científica» dedicada a lo raro y a lo extraordinario. Para mí fueron tiempos emocionantes y estaba deseoso de dedicarme de lleno a reportajes serios.

Sin embargo, poco a poco empezaron a asaltarme dudas acerca del lugar en que me había metido. Hacía tiempo que sabía que la honestidad y el periodismo casaban con dificultad, pero me sorprendió descubrir hasta dónde llegaban las desavenencias del matrimonio. Tuve que aceptar que la distorsión de la realidad no era solo habitual, sino que estaba a la orden del día. Poco a poco, los alicientes del trabajo fueron perdiendo su atractivo, menos uno, Gina Newport, la fotógrafa estrella de la revista. Tenía veintidós años, casi uno más que yo, y me gustó, y mucho, desde el primer momento en que la vi, aunque nunca encontraba la ocasión o las agallas para hacer algo al respecto. La vida es así.

El pasado lunes, un día que ahora me parece perdido en la bruma del tiempo, fue el día que llegó la carta de Reginald Mather. El otoño acababa y hacía un día precioso, así que decidí ir corriendo hasta el trabajo siguiendo el canal, uno de mis paseos preferidos. Cuando llegué a la oficina, me duché, me vestí y fui a la puerta de al lado, al colmado, a comprarme un zumo de naranja. Sentado frente al ordenador, abrí el zumo y comencé a clasificar la pequeña pila de correo que el becario me había traído. La carta de Mather era la última y fue la única que no acabó archivada en la «B» de basura, con destino a la papelera.

La carta era breve, algo que me llamó la atención de inmediato. Por lo general, los chiflados que me escribían llenaban páginas y más páginas de papel intentando convencerme de que tenían una historia sorprendente para la revista. La carta de Mather era formal, concisa y, por tanto, creíble.

Apreciado señor Reeves:

Tengo en mi posesión un espécimen conocido como la Ganges Roja, una variedad de la familia de mosquitos *aedes aegypti* y el único de su especie. Si le

pregunta a un experto acerca de este espécimen, no me cabe la menor duda de que negará su existencia.

Le he adjuntado un mapa que le ayudará a llegar a la isla de Aries, situada en medio del lago de la Languidez. Soy el dueño de la única casa de la isla, de modo que no debería tener problemas para encontrarme. Puede fletar una barca en el puerto de Tryst. Sé que el capitán del puerto es un tipo muy servicial y le aseguro que sus tarifas son de lo más razonable.

Sería magnífico que pudiera venir de inmediato, aunque por descontado, comprendo que un periodista debe de tener la agenda bastante apretada. Siento no disponer de teléfono, de modo que espero su llegada en cualquier momento o, en su defecto, una carta informándome de que no puede venir.

Debo exigir discreción en este asunto. Deseo compartir mi descubrimiento con el mundo, pero, puesto que soy hombre prudente, me reservo ciertos detalles. Por tanto le pido, en la medida de lo posible, que no divulgue los detalles de esta carta a terceros.

Tengo el honor de ser, señor, su obediente servidor,

Reginal C. Mather

La volví a leer. A diferencia de la mayoría de las cartas que había recibido, esta me intrigó. Tuve la corazonada de que Mather decía la verdad y que detrás de aquello podía esconderse una historia apasionante; si no, al menos pasaría un día fuera de la oficina. La releí y decidí hablar con Derek. Estaba a punto de levantarme para ir a verlo cuando una compacta bola de papel impactó contra mi nuca.

—¡Ay!

—Eh, Ash. —Se trataba de Gina—. ¿Qué ocurre?

—Estaba a punto de ir a ver a Derek para ver si me pongo o no con esto.

Levanté la carta.

—¿Vale la pena?

Se sentó en la esquina de mi escritorio y cogió el trozo de papel. Su proximidad me seguía poniendo nervioso e intenté no mirarla a la cara mientras la leía. A veces tenía la sensación de que yo también le gustaba, pero no sabía hasta que punto.

—Tiene buena pinta —comentó, devolviéndome la carta—. Deberías ir.

—Si, aunque puede que se trate de otro zumbado.

—Por eso es tan interesante —repuso, con una sonrisa.

—No sé, algunos son peligrosos.

—No seas paranoico. Además, deberías aprovechar la oportunidad de pasar un día fuera.

—Lo sé, pero...

—Por cierto, ¿dónde vive ese tipo?

—En... —Cogí el sobre y leí la dirección escrita en el remitente.

—¿En el Lake District? —A Gina se le iluminó la mirada—. Por favor, ¿cómo no vas a ir? Si no vas tu, voy yo.

—Asentí con la cabeza, Gina tenía razón. Yo nunca había estado en el Lake District, pero era uno de esos sitios que siempre había querido visitar.

—Supongo que debería consultar los horarios de los trenes.

—Hazlo —me animó Gina, dándome unas palmaditas en la espalda. Se dejó resbalar del escritorio y se alejó.

—De acuerdo. —Me incorporé ligeramente y miré la oficina de Derek para ver si estaba al teléfono—. Oye una cosa —la llamé—, si al final resulta que es un chalado, tú tendrás la culpa.

—¿Te iba yo a descarriar?

Se sentó en su silla y comenzó a ojear una pila de fotografías.

—No, supongo que no —contesté, poniéndome en pie.

Me acerqué a la puerta de Derek y llamé.

Tendría que haber imaginado como reaccionaría. Derek prefería las historias que pudieran investigarse y escribirse en un par de horas, y esta tenía pinta de necesitar todo ese día y posiblemente el siguiente. Cuando entré, estaba mirando por la ventana absorto en sus pensamientos.

—Hola, Derek.

—¿Qué? Ah, disculpa, estaba... —dijo, volviéndose hacia mí.

—¿Estás bien? —Cerré la puerta a mis espaldas.

—Sí, estoy bien. Estoy preocupado por un amigo con el que trabajé hace años en una revista. Lleva desaparecido desde la semana pasada y eso mosquea un poco.

—Vaya, espero que no le pase nada.

—Si, yo también. —Tomó asiento detrás de su desordenado escritorio—. Da igual —dijo para cambiar de tema—, ¿qué puedo hacer por ti?

Le mostré la carta y, cuando hubo acabado de leérsela, me hizo varias preguntas acerca del tipo de artículo que tenía pensado escribir. Solía hacerlo para asegurarse de que ya le hubiera estado dando vueltas al asunto.

—¿Vale la pena hacer el viaje? —quiso saber, aunque me dio la impresión de que Derek ya se había respondido la pregunta. Sin embargo, intenté convencerlo del potencial de la historia—. A mi me da la impresión de que este tipo es un científico o algo así —comentó, arqueando las cejas en actitud dubitativa—. ¿Ya nos ha escrito antes?

—Que yo sepa, no, pero me da la impresión de que es un hombre culto, y eso ya es un gran cambio. En la carta no dice a qué se dedica.

—Mmm... Bueno, si quieres hacerlo, creo que no hay problema.

—Genial.

Di media vuelta para salir y Derek se levantó para volver junto a la ventana.

—Pero... —añadió—, si al final resulta otra de esas misiones inútiles, tráete lo que sea, ¿de acuerdo?

Me lo quedé mirando unos segundos, perplejo por lo que había dicho.

—¿A qué te refieres con eso de «tráete lo que sea»?

—Ya sabes... Asegurate de que no es una completa pérdida de tiempo. A estas alturas ya deberías saber que es una mala costumbre eso de volver a la oficina con las manos vacías, Ashley. Sácale fotos a algo, trúcalas si tienes que hacerlo, pero tráete algo que nos sirva.

—No estarás hablando en serio, ¿verdad? —Con Derek uno nunca estaba seguro de si bromeaba o no—. ¡Pero si eres tú el que siempre está quejándose de esos tipos que no hacen más que protestar y hacerte perder el tiempo!

—Estoy desesperado —confesó, sacudiendo la cabeza, pero sin dejar de sonreír—. Se supone que tienes imaginación.

—¿Imaginación? ¿Y la integridad qué?

Soltó una risotada.

—A la mierda la integridad. Venga, fuera de mi vista.

—Ahora mismo. Ah, una cosa —añadí, dando media vuelta—, hablando de fotos, si no está ocupada, ¿podría llevarme a Gina?

—No, no puedes, y no creas que no sé qué te traes entre manos.

—¿A qué te refieres? No me traigo nada entre manos.

—Venga ya, que no estoy ciego, por el amor de Dios —repuso sonriendo con malicia—. Perdona, pero en estos momentos no puedo prescindir de ella. Tendrás que sacarte tus propias fotos.

Rio disimuladamente mientras yo abandonaba la oficina. Me pregunté quién más sabría que estaba colado por Gina.

No tenía sentido holgazanear por la oficina, así que redacté a toda prisa un artículo que tenía que acabar y luego hice un par de llamadas para informarme sobre los horarios de los trenes. Al abandonar la oficina, pasé junto a Gina, que estaba al teléfono. Musitó un «buena suerte» con los labios y le respondí con un «gracias» igual de mudo. Ojalá hubiera podido ir conmigo, como mínimo habría resultado una buena compañía. Mientras esperaba en la parada de autobús, me pregunté si no debería haber echado una ojeada en internet para buscar información sobre la Ganges Roja, aunque lo más probable es que el señor Mather fuera la mejor fuente de información ya que era él quien tenía la criatura en su posesión.

Una vez en casa, metí las herramientas de trabajo (libretas, dictáfono, etc.) en una

mochila junto con el minidisc y la cámara Nikon y fui a buscar el metro a Euston.

La estación estaba hasta los topes, como de costumbre. Me pasé unos buenos veinte minutos en una larga cola antes de comprar un billete para el tren de las 12.45 a Windermere, donde haría trasbordo hasta Tryst. Como tenía algo de tiempo antes de subir tren, me compré un par de emparedados y algo de beber en un puesto de comida y un libro de bolsillo en la librería. Cuando por fin llegó el tren, con veinticinco minutos de retraso, estaba que me subía por las paredes y recé para que no hubiera más contratiempos.

Encontré un asiento y al cabo de poco el tren atravesaba con gran estruendo la campiña al norte de Londres. La mayoría de los pasajeros era gente de negocios a los que había que sumar varias familias que iban de excursión y algunos adolescentes. Empecé a leer el libro que había comprado y apenas me enteré de que habíamos dejado atrás las estaciones de Watford, Milton Keynes y Rugby. El viaje continuó sin incidentes hasta que, poco después de salir de Nuneaton, una avería en una señal añadió otra media hora de retraso a la de llegada. Cada vez veía más claro que no iba a poder regresar a Londres antes de que el último tren saliera de Windermere. No era el fin del mundo, pero esperaba que la historia valiera la pena o a Derek no iba a hacerle ninguna gracia la hoja de gastos. Dejé el libro unos instantes y contemplé por la ventana los campos infinitos, los ríos y los caminos, salpicados de vez en cuando por un pequeño pueblo o una granja.

Debí de quedarme dormido en algún momento, mecido por el suave y rítmico traqueteo del tren, porque cuando desperté estábamos deteniéndonos en Preston. Me enderecé, rebusqué el minidisc y me pasé la hora siguiente escuchando música hasta que llegamos a Windermere poco antes de las cinco y media. Pasé el corto viaje de trasbordo hasta Tryst repasando lo que sabía sobre mosquitos, es decir, absolutamente nada.

A medida que el tren se aproximaba a Tryst, el número de pasajeros del desvencijado vagón fue reduciéndose hasta que, al llegar a la estación, solo quedábamos un anciano caballero y yo. Bajé al andén sorprendido del descenso que había sufrido la temperatura en tan poco tiempo, como si al invierno se le hubiera acabado la paciencia, y se hubiera adelantado un par de meses.

Muy por encima de mí se suspendía un vasto banco de nubes grises estáticas. Me acerqué a la ventanilla de venta de billetes y pregunté cómo se llegaba al puerto. La mujer de la taquilla quiso saber si me dirigía al lago, y cuando le contesté que sí me lanzó una extraña mirada.

—¿De verdad? —insistió—. Ha elegido un día espantoso, joven. Está oscureciendo y va a ponerse a llover en cualquier momento.

Se inclinó hacia delante sin levantarse de la silla para echar un vistazo a la entrada de la estación a través de uno de los lados de la taquilla. Seguí su mirada y asentí con

un gesto de cabeza.

—Sí, estas cosas solo me pasan a mí. Por cierto, ¿a qué hora pasa el último tren a Windermere?

—El último tren a Windermere... —musitó, volviéndose para ojear una carpeta enorme que había encima del mostrador— sale a las nueve y siete.

Consulté la hora. Eran un poco más de las seis. El tiempo, igual que la meteorología, estaba en mi contra, así que tuve que hacer un cambio de planes. Puede que consiguiera redactar el artículo y estar en la estación a tiempo de subir al último tren, pero, de todos modos, el último tren de Windermere a Euston ya habría salido, así que no iba a volver a Londres esa noche.

—Por casualidad no sabrá de alguna pensión por aquí cerca, ¿verdad?

—Puede mirar en el Rocklyn, al final de la calle. Está bastante bien.

—¿El qué?

—El Rocklyn Bluewater. Lo lleva una vieja gloria del teatro... O eso dice ella, pero es buena gente, y suele tener habitaciones libres.

—Muy bien, gracias.

Esperé un rato fuera de la estación. La temperatura seguía bajando y el cielo se iba encapotando cada vez más. El aire traía olor de lluvia. Vi el lago a mi izquierda, el cual dominaba toda la vista en esa dirección. La carretera que tenía delante bajaba hasta el pueblo, abriéndose camino entre tiendas y casas, y moría a la orilla de la vasta extensión de agua. La mujer de la taquilla no me había dicho dónde estaba el muelle, aunque en realidad me dio igual porque desde allí divisé un pequeño embarcadero de tablones al pie de la colina y varias barcas en el agua. Había poca gente en la calle principal. Oí el ladrido de un perro, pero, aparte de eso, no daba la impresión de que hubiera mucha más actividad. Las tiendas alineadas a ambos lados de la calle eran viejas y estaban medio destartadas, parecían sumidas en la apatía y faltas de cuidado. Un cartel cuarteado a uno de los lados de una zapatería cerrada con tablas rezaba: «EL REMENDÓN». Me hizo gracia, el nombre le iba como anillo al dedo.

A mi derecha, cerca de la cima de la colina, vi un edificio enorme con un cartel fuera en el que se leía:

HOTEL THE ROCKLYN BLUEWATER

¡Las visitas son bien recibidas!

Me acerqué al mostrador de recepción y hablé con la dueña, una delgada ancianita ataviada con cierta excentricidad y lo que tenía la pinta de ser una peluca rubia.

—¡Bienvenido, joven! Me llamo Annie Rocklyn, ¡encantada de conocerlo! —Su actitud extremadamente cordial me cogió con la guardia bajada, igual que la generosa

cantidad de maquillaje bajo la que había sepultado su rostro—. ¿En qué puedo ayudarle? Nuestras habitaciones están totalmente...

—Me gustaría alquilar una habitación solo para esta noche. He venido a visitar a alguien del lago.

—¡Claro! Tiene suerte, en este momento disponemos de varias habitaciones libres. Esto... ¿Ha dicho el lago?

Su sonrisa vaciló ligeramente.

—Sí, soy periodista —respondí, tratando de impresionarla—. Vengo a entrevistarme con el señor Mather, el que vive en la isla. ¿Lo conoce?

—No personalmente. Bueno, en realidad nadie lo conoce, nunca viene al pueblo. —Se inclinó hacia delante con aire de complicidad—. Es muy reservado, ya sabe a qué me refiero.

—Ya veo. Bueno, ¿quiere que me registre ahora o lo hago más tarde? Solo estaré unas horas.

—Cierro la puerta a las once y media... pero si llega más tarde, llámeme... Suelo acostarme tarde. Siempre he sido un poco... ave nocturna.

Sonrió, y el exceso de pintalabios alrededor de la boca reflejó la luz de la llamativa lamparita que había junto al libro de registro del mostrador.

—Muy bien, muchas gracias.

Di media vuelta, pero cuando estaba saliendo oí que Annie Rocklyn venía detrás de mí y me llamaba.

—Es de Londres, ¿verdad? ¿Le he dicho que una vez pisé las tablas del West End?

—No me diga, ¿trabajo en alguna obra de la que haya podido oír hablar? —pregunté por decir algo, no quería parecer maleducado.

—*Run for your wife.*

—Ah, muy buena... —dije, sin saber qué añadir a continuación—. Bueno, muchas gracias, creo que será mejor que me ponga en marcha.

—Claro, por supuesto. ¡Vaya con ojo! Esas aguas pueden ser muy traicioneras con este tiempo.

—No se preocupe y gracias de nuevo.

Me dirigí al puerto sin perder más tiempo, aunque casi tropiezo con una de las piedras sueltas del camino de tierra que bajaba hasta el lago. Vi un muelle de tablones y una oficina o una especie de cobertizo, así que me acerqué allí y llamé a la puerta. Oí una tos estentórea en el interior y, acto seguido, una maldición apagada antes de que se abriera la puerta.

No sé si es que no era el momento más propicio o que tan solo odiaba las interrupciones, pero estaba claro que el tipo no se alegró de verme. Se trataba de un

hombre bajo, rollizo y algo flácido. El largo pelo gris amarilleaba en algunas partes, lo que delataba su adicción al tabaco.

—Y bien, ¿qué quiere? —preguntó con brusquedad, lanzándome una mirada escéptica.

—Discúlpeme, pero ¿es usted el director del puerto?

—Capitán —me corrigió, sin mudar la expresión.

Se hizo un incómodo silencio hasta que rectificué.

—Perdone, el capitán del puerto.

—Sí.

—Perfecto. Me gustaría alquilar un bote para ir a la isla, si es posible.

—Así que a la isla, ¿eh?

Me miró de arriba abajo y sonrió satisfecho, como si algo le hubiera hecho gracia. A continuación se repantigó sobre el mostrador y abrió un enorme diario de navegación, en el que le llevó un siglo encontrar lo que buscaba, mientras yo contemplaba las nubes que se cerraban sobre el lago y el pueblo a través de la mugrienta ventana. Tenía pinta de que iba a ponerse a diluviar en cualquier momento, como si estuvieran esperando a tenerme en el agua para descargar sobre mí.

—¿Nombre?

El capitán chupó la puma de un bolígrafo y se dispuso a tomar nota.

—Reeves, Ashley Reeves.

—¿Y qué es lo que necesita?

Empezó a escribir de una manera que parecía muy poco cómoda, con la mano enroscada alrededor del bolígrafo, como una garra.

—Algo pequeño y fácil de manejar para ir a la isla y volver.

—Ya veo, entonces va a necesitar algo bastante rápido si quiere librarse de esa lluvia —comentó, mirando por el cristal.

—Sí. la lluvia es una lata.

—Sí, sí que lo es. Es un poco raro que elija dar un paseo en barca en un día como este, ¿no cree?

—¿Disculpe?

—La seis —me adjudicó, ignorándome.

Cogió algo de una de las estanterías que había encima del mostrador y salió por la puerta lanzando un soplando algo extraño. Lo seguí.

Fuera daba la impresión de que un enorme pulmón había aspirado casi todo el oxígeno del aire. Las barcas cabeceaban y chocaban contra el muelle, lo que producía un ruido de madera contra madera.

—Tendría que haberme traído ropa de recambio —me dije en voz alta.

—¿Eh?

El anciano, algo confundido, le dio una honda calada al cigarrillo empapado, que

parecía ser un elemento más de su cara.

—Disculpe, estaba pensando en voz alta. Pensamientos residuales.

Sacudió la cabeza y dio media vuelta.

Al final del muelle de tablones, el capitán del puerto bajó a las rocas que protegían una pequeña cala. Alguien había arrastrado una barca de aspecto lamentable hasta la orilla y la había abandonado en la arena.

El cielo retumbó y el aire empezó a oler a tierra, estaba claro que iba a ponerse a llover de un momento a otro. El anciano levantó la vista y entornó los ojos.

—No se ve a mucha gente por aquí —comenté, intentando aliviar la tensión.

—No, la mayoría tiene el sentido común de quedarse en casa.

—Ya, yo, esto... Lo comprendo perfectamente —contesté, sintiéndome aún más incómodo.

—Deseará haber sido uno de ellos.

Lo había dicho tan bajo que casi no lo había oído.

—¿Disculpe?

—Nada —contestó, al ver mi expresión perpleja—. Pensamientos residuales. Esa de ahí es su barca.

Señaló la embarcación abandonada en la arena. Le eché un vistazo y luego lo miré a él, que tenía la vista levantada hacia el cielo, como si lo estudiara con cierto desdén. Cuando las primeras gotas comenzaron a mojarme la nariz y las mejillas, me pregunté si, después de todo, el viaje habría sido una buena idea.

—Pero tendrá motor, ¿no?

Es lo único que me vino a la cabeza, aparte de: «No esperará en serio que saque ese cacharro al agua, ¿verdad?».

—Ajá, es esa cosa enorme de detrás —contestó, envolviéndose en su abrigo.

Apartó una lona azul, que dejó a la vista un motor fuera borda.

—Ah, perfecto —comenté.

—Serán veinte papeles. En efectivo.

—Ah... Claro —contesté, rebuscando el dinero en el bolsillo.

—Y quiero el bote de vuelta mañana por la mañana ta las nueve... Entero.

Le tendí las veinte libras, que él aceptó con avaricia. Dio media vuelta y regresó a su choza dejándome con aquella pila de restos de un naufragio con forma de bote. Le habría mencionado que nunca antes me había subido a una lancha fuera borda, pero el hombre había dejado muy claro que nuestros negocios habían concluido por el momento. Una vez dentro de la oficina, cerró de un portazo. Tendría que darme prisa si quería llegar a la isla antes de que cayera el diluvio universal.

Por fortuna, conducir la barca resultó mucho más fácil de lo que había imaginado y poco después estaba surcando el lago de la Languidez. Me encontraba a una

distancia considerable de la orilla cuando el cielo volvió a retumbar. Las nubes empezaron a descargar sobre mí y no se contentaron con hacerlo en silencio. Por lo que sabía, la lancha iba tan rápida como podía, aunque no lo bastante deprisa. La gélida lluvia me acibillaba la cara y las manos y las fue entumeciendo poco a poco. Miré a la izquierda y divisé a lo lejos lo que parecía ser mi destino. Me había lanzado a toda velocidad hacia la orilla opuesta del lago cuando debería haber virado en el muelle. Di media vuelta, corregí el rumbo y coloqué el pequeño tramo de tierra en mi punto de mira. El cielo volvió a retumbar con fuerza y la lluvia se convirtió en un diluvio.

Poco después, el agua caía con tanta fuerza que apenas conseguía distinguir lo que tenía delante de mis narices. La isla era poco más que una forma indefinida. La superficie del lago había cobrado vida, el agua surcaba el aire en todas direcciones y de vez en cuando la lancha volaba antes de estamparse con fuerza contra el agitado lago. Sin embargo, en esos momentos el pelo y la ropa empapados eran el menor de mis problemas. No me gustaba la idea de que el motor se parara y me dejara tirado en medio de la fría y profunda masa de agua. Era injusto que los grises y densos nubarrones se concentraran únicamente sobre el lago. No obstante, continué en dirección a la isla mientras la lluvia arreciaba y, por lo visto, empeoraba por momentos.

Poco después me acercaba a la orilla, así que apagué el motor. Por desgracia, no vi la roca de afilados cantos que sobresalía justo delante de la barca hasta que fue demasiado tarde. Aunque había apagado el motor, avanzaba a demasiada velocidad y no hubo manera de evitar la colisión. Cogí la mochila y salté por la borda a las frías y oscuras aguas.

Afortunadamente esquivé las rocas al zambullirme en el lago, aunque las había por todas partes. El agua estaba mucho más fría de lo que había imaginado, pero por suerte solo me llegaba a la cintura. La mochila había quedado sumergida unos segundos, de modo que la levanté para que no se mojara aún más. No me quedo más remedio que ver como la barca explotaba al impactar contra la roca y se hacia añicos. Nunca me habría imaginado que los daños iban a ser tan catastróficos, lo que demostraba el estado previo de la lancha. Solté un taco y maldije al capitán del puerto por haberme dado una embarcación en aquellas condiciones.

Con la mochila en alto, fui abriéndome paso hasta la pequeña playa, en la que descansé unos segundos todo empapado, soltando tacos y escudriñando las negras aguas. Los pedazos de madera que antes formaban parte de la barca empezaron a aparecer en la arena, aunque no sé qué iba a hacer con los restos. Por unos segundos me invadió el pánico al pensar que me había quedado tirado en la isla. De todos modos, seguro que Mather tenía una barca y, con un poco de suerte, se apiadaría de mi patética situación. También recordé que llevaba el móvil. Puede que hubiera

estado en contacto con el agua, pero seguro que no por mucho tiempo. Me coloqué la mochila al hombro esperando que pudiera secarla en la casa y subí la pendiente de la orilla cansado, empapado y compadeciéndome de mí mismo. Al cabo de poco vi una lucecita que parpadeaba entre los árboles, en la colina que se alzaba al pie de la playa. Estaba oscuro, llovía y deseé con todas mis fuerzas que el esfuerzo que había hecho para llegar a la isla no hubiera sido en vano.

En ese instante empezó a sonar el móvil. Hizo un ruido raro, y, cuando lo rescaté de la mochila, había muerto y la pantalla estaba en negro: o se había acabado la batería o el agua había dañado los circuitos. En cualquier caso, estaba aislado de la civilización.

INANICIÓN

Subí penosamente la pequeña pendiente arbolada, en la que se dibujaba un sendero agreste que seguí con los zapatos encharcados. Me imaginé los restos de la lancha estampándose contra las rocas. No sabía qué iba a decirle al capitán del puerto cuando volviera a Tryst. Por una parte quería evitarlo por todos los medios; no era ético, pero me ahorraría mucho dinero. Además, lo único que tenía el tipo era mi nombre y, con un poco de suerte, ni siquiera se molestaría en buscarme.

Segundos después, dejé atrás la maleza y me planté ante una casa. No era como la había imaginado. No sé por qué, pero me había figurado que me encontraría con una pintoresca cabaña de campo cubierta de hiedra, rosas o galas similares y, sin embargo, tropecé con un bungalow de ladrillo gris que daba la impresión de haber sido construido con prisas. El techo parecía más bajo en uno de los extremos. La puerta, aunque tenía pinta de ser maciza, estaba ligeramente desencajada. A pesar del peculiar aspecto de la casa, carecía de encanto, no era nada típica. Me acerqué, preguntándome por qué alguien querría vivir en un lugar tan poco acogedor y tan apartado que podía quedarse aislado de la civilización solo con que cambiara el tiempo.

La entrada era lo bastante grande para resguardar una persona, así que me cobijé bajo el porche, agradecido de poder librarme del aguacero. Recordé la carta de Mather y me pregunté si iba a conocer a otro bicho raro, otro excéntrico solitario que, tras sucumbir al peso de la soledad, había tendido la mano a alguien, a cualquiera que lo escuchara aunque solo fuera un minuto. Vacilé unos instantes, pero teniendo en cuenta el frío que hacía, decidí darle una oportunidad. Daba igual si al final resultaba ser un loco de remate, con mucho gusto tomaría asiento y escucharía sus sandeces, aunque solo fuera para entrar en calor y secarme.

Sentí un latido extraño cerca de la yema del pulgar derecho. Lo miré y descubrí que debía de haberme golpeado contra una roca al zambullirme en el agua. La piel estaba enrojecida y en varios puntos estaba volviéndose violácea; además, también me había hecho un ligero corte y estaba sangrando. Me llevé el dedo a la boca y estoy seguro de que en ese momento oí un grito ahogado y a una mujer que decía: «¡Esta aquí!». Me quedé inmóvil unos segundos, atento a cualquier sonido, pero no volví a oír nada más, así que decidí que debía de haberse tratado de una radio o un televisor. Llamé a la puerta y esperé.

No volví a oír más que el agua chorreando por el borde del tejadillo del porche hasta que, por fin, se abrió la puerta.

Mather no encajaba con la imagen que me había formado de él. Por el tono de la

carta, me había imaginado a un hombre refinado y educado, y, sin embargo, me recibió un tipo bajo y orondo, con entradas, vestido con ropa vieja y unas gafas de montura gruesa y algo dobladas. Con solo mirarlo era fácil adivinar que tenía poco contacto con el mundo exterior. Eso o no había espejos en la casa. Su apariencia externa me llevó a considerarlo un hombre de poca inteligencia, pero sus maneras pronto me sacaron de mi error.

—¿El señor Reeves? —Una tímida sonrisa acompañó la pregunta.

—Si, usted debe de ser el señor Mather —contesté, con el pelo chorreando.

—¡El mismo! —Se le iluminó la cara—. Adelante, por favor. —Me condujo al interior de la casa y cerró la puerta rápidamente para que no entrara la lluvia—. Me siento muy culpable de haberlo hecho venir hasta aquí con este tiempo tan espantoso. ¿Ha tenido problemas para cruzar el lago?

—Bueno, si. Yo, esto... Me temo que he estampado la lancha. Se ha hundido.

—¡No! Caramba. ¿Usted está bien?

—Si, no me pasa nada, solo unos cortes, pero...

—¡Jesús, pero qué horror! —Su voz traslucía preocupación y curiosidad.

—Creo que me golpeé contra las rocas frente a la orilla.

—Entonces tiene suerte de estar vivo. El agua debía de estar helada.

—Si, un poquito, pero de verdad que estoy bien —aseguré—. Tendría que haber consultado el boletín meteorológico antes de zarpar.

—Claro, aunque aun así uno nunca ha de olvidar que la naturaleza es imprevisible.

—Ya.

Lo seguí hasta el comedor, consciente del reguero de agua que iban dejando los pantalones. Había encendido un fuego, así que solté decididamente la mochila y me coloqué ante la chimenea para recibir el tan necesitado calor. Le tendí a Mather el abrigo y se lo llevó a alguna parte. Volvió poco después con una silla de madera que colocó a mi lado.

—Por favor, tome asiento y séquese. El baño está al final del pasillo, por si quiere usarlo. Igual preferiría darse una ducha y, si lo desea, puedo secarle la ropa mientras tanto.

Teniendo en cuenta que yo era un completo extraño, se mostraba muy solícito conmigo.

—No, no, de verdad, así ya está bien. Solo son los pantalones, pero estoy seguro de que se secarán pronto. Por desgracia no me traje ropa de recambio.

—Ah, ya veo, claro. Creo que los míos no le servirían, debe de medir cuarenta o cincuenta centímetros más que yo —observó, haciendo un gesto de disculpa con las manos.

Sonreí algo nervioso. Poco después empecé a sentir que el calor mitigaba el frío

del cuerpo y la ropa mojada.

—Creo que a este paso estaré seco en un santiamén —comenté.

—Sí, eso espero. Bueno, ¿le apetece una taza de té?

Mather miró por la ventana cuando el resplandor de un relámpago iluminó el claro del exterior.

—Cualquier cosa caliente me iría bien —admití—. Estoy impaciente por oír la historia de ese mosquito. Tiene pinta de ser fascinante.

La lluvia arreció acompañada de algún que otro trueno.

—Todo a su debido tiempo. Tengo pastel y pan, por si quiere comer algo, porque se quedará a pasar la noche, claro, no voy a permitir que se marche con esta tormenta.

—Ah, bueno, no quisiera abusar de su hospitalidad. Además, ya he alquilado una habitación en el Rocklyn Bluewater. Aunque, dado que me he quedado sin lancha, le estaría muy agradecido si pudiera acercarme hasta el pueblo.

—Vaya, vaya, ya veo —dijo en un tono que revelaba cierta decepción—. Bueno, claro, si tiene que alojarse allí, entonces... Estaría encantado de llevarlo a tierra, pero parece que la tormenta esta empeorando y...

—No, de verdad, se lo agradezco mucho, puedo añadirlo a los gastos, ya puestos...

—Sí, por supuesto, aunque... Cuando empieza a caer sobre el lago una tormenta tan violenta como lo está siendo esta, salir en barca puede acabar en tragedia, como bien sabrá por su desafortunado accidente. —Las llamas de la chimenea saltaban en los vidrios de sus gafas—. ¿Está seguro de que está bien?

—Estoy bien, de verdad. —Sonreí para que se quedara más tranquilo—. Supongo que... si volver va a ser peligroso... Es decir, no quisiera que se sintiera obligado a...

—¡Perfecto! Entonces está decidido. Ya tenía preparada la habitación de invitados por si ocurría algo por el estilo. Bueno, ¿le apetece un poco de pastel?

—Me sentaría muy bien, gracias.

Por unos instantes, tuve la impresión de que Mather se distanciaba de la conversación, hasta que algo crepitó en el fuego y lo sacó de su ensimismamiento.

—Ay, claro, el pastel. ¡Ajá!

Dicho esto, abandonó la habitación a toda prisa.

Farfullé un taco, me fastidiaba el aprieto en que me había metido. Una cosa era un hotel, pero la casa de un extraño, especialmente cuando se encontraba tan apartada como aquella, era otra muy distinta.

Paseé la vista por la habitación. Aparte de la luz vacilante que desprendía el fuego, la (única iluminación procedía de una pequeña lámpara de aceite que había en una aparador a mi derecha. Aunque estaba medio a oscuras, entreví varias estanterías que llegaban hasta el techo, abarrotadas de libros. Tras un examen más detenido, lo que al principio había tomado por cuadros o pósteres colgados en las paredes, al final

resultaron ser siluetas. Estudié de cerca la que había encima de la chimenea. El artista tenía talento, había recortado en papel negro la silueta de una enorme mariposa con alas con profusión de detalles y largas antenas. Era tan perfecta que me resultó difícil imaginar que la sombra real de la criatura pudiera impresionarme más que aquella. Eché un vistazo a un par más antes de que Mather reapareciera con una bandeja.

Regresé a mi asiento y me tomé el té mientras Mather amontonaba rebanadas de pan y pastel en un plato sobre la pequeña mesa de café. Se sentó en el sillón, detrás de mí, a la derecha.

—¿Recorta usted esas siluetas? —pregunté.

Me volví y vi que se le iluminaba la cara.

—Yo mismo —contestó, mirando la mariposa que había sobre la repisa de la chimenea—. ¿Le gustan?

—Ajá, son muy buenas.

—Es un honor que solo tributo a los mejores especímenes que nos ofrece la naturaleza. Cuando se las traduce en sombras, en blanco y negro, se les resta cualquier artificio, cualquier disfraz. Verá, las adoro por sus formas, no por sus colores. Es el mismo principio de la fotografía en blanco y negro. Expone la verdad, hace palidecer cualquier extravagancia y solo revela la imagen real y desnuda... La belleza. —Tomó un sorbo de té—. Un viejo amigo hacía lo mismo con fotografías de bellas mujeres. Según él, todas habían sido novias suyas. —Lanzó una risotada—. Si eso es cierto, entonces debían de ir tras él por algo más que su atractivo.

En ese momento recordé la voz que había oído en el porche.

—¿Vive aquí solo, señor Mather?

—Si, ¿por qué lo pregunta?

—No, es que he creído oír a una mujer cuando estaba fuera. ¿Tenía puesta la televisión?

—¡No, por Dios! Nunca he tenido uno de esos chismes diabólicos.

—Ah... ¿Y la radio?

Mather se limitó a sacudir la cabeza.

—Entonces he debido de imaginarlo.

—No se preocupe, señor Reeves, todos oímos voces de vez en cuando. No le dé más vueltas.

—Tiene razón. —Volví a mirar la mariposa que había sobre la chimenea—. Tiene un pulso firme —observé, intentando mantener alejada de mi voz la ligera sensación de intranquilidad que sentía.

—Gracias. El pulso firme y la concentración son herencia de mis días de cirujano. Ahora estoy retirado, pero uno nunca pierde esas habilidades.

—¿Dónde trabajaba?

Tomé un trozo de pastel. Estaba bueno.

—Los primeros años ejercí en el Guy's Hospital y luego me trasladé al Charing Cross, donde había comenzado mis estudios. Me jubilé joven y me mudé aquí para dedicarme a mi pasatiempo favorito.

—¿La etimología?

—Bueno, creo que la etimología es antes su especialidad que la mía —repuso Mather con una risita.

—¿Cómo? —Levanté la vista del pastel y enarqué las cejas hasta que caí en la cuenta del error que había cometido—. Ay, que es entomología, claro. Siempre las confundo.

—No pasa nada, solía pasarme lo mismo antes de que los insectos empezaran a fascinarme. Desde entonces, casi todos los libros que he comprado llevaban la palabra «entomología» en la tapa. Prefiero dejar la investigación del lenguaje y sus complejidades a los demás. Imagino que a veces debe de suponer un estudio infructuoso, teniendo en cuenta que las lenguas cambian de continuo.

—Sí, es increíble la rapidez con que evolucionan.

—Ah, la evolución —repitió Mather mirando el fuego—. Otro de mis grandes intereses. Tan simple y al mismo tiempo tan inconmensurablemente compleja. Ha dado algunos saltos considerables, pero en ese proceso ha pasado por alto muchas cosas.

—¿Pasado por alto? —Engullí el último trozo de pastel. Mather parecía absorto en las danzarinas llamas del fuego.

—Por ejemplo, ¿nunca se ha preguntado por qué después de tantos milenios, y a pesar de que sigue cumpliendo su función a la perfección, el sudor sigue oliendo y manchándonos la ropa? —me planteó, como si estuviera en otro mundo.

—No sé decirle...

—Y la sangre... ¿Por qué es de un rojo brillante y no transparente como el agua? ¿Por qué su olor acre nos delata con tanta facilidad? Únicamente allana el terreno al depredador.

—Tal vez sea ese el objetivo —apunté—, tal vez la naturaleza mantiene el equilibrio de ese modo. Es decir, si los depredadores no pudieran seguir el rastro de sus presas, morirían de hambre. Alguna ventaja deben tener.

Mather ahogo una risita y decidió no continuar la discusión, pero lo que había dicho me había dejado un poco extrañado. Empecé a preguntarme adónde llevaría todo aquello. Había decidido ponerme a trabajar en la razón de mi visita cuando Mather se levantó de improviso y se llevó las tazas y los platos a la cocina.

Mientras oía la vajilla bajo el agua corriente al fondo del pasillo, me acerqué a una de las librerías abarrotada de volúmenes imponentes. Los pantalones se me habían secado por partes y parecía que me estuviera meando, pero al revés. A medida que me secaba, un molesto picor había empezado a recorrerme el cuerpo. Me rasqué

la rodilla y examiné un par de títulos que había en el estante que tenía delante. *Cazadores de hombres de la cuenca del Congo*, de M. Baxter, y *La reina de la colmena*, de Hawke Ellison. Un libro en concreto llamó mi atención: *Su historia*, de R. H. Occum. El libro descansaba de lado, encima de una hilera de ediciones similares. El título me había llamado la curiosidad y lo cogí.

En la tapa aparecía un pentáculo enorme rodeado de símbolos extraños con un mosquito en el centro. Lo encabezaba el título grabado en letra antigua y debajo se leía el nombre del autor en una letra igual de intrincada.

Lo hojeé y descubrí que la tapa no era el único lugar donde se utilizaba una letra especial. Habían dedicado gran cuidado a la organización e impresión del texto y los grabados que lo acompañaban estaban trabajados con profusión de detalles. Pasando de una ilustración a otra, comprobé que en todas se repetía un motivo, un mosquito, bastante grande, que atacaba a una o más personas aterrorizadas. En las primeras ilustraciones aparecían centuriones romanos huyendo de la bestia como si de ello dependiera su vida. En las siguientes se veía a antiguos britanos de la Edad Media y a continuación en las laminas aparecían representaciones de varias culturas y países hasta, más o menos, hoy día. Por lo visto, el mismo monstruo había estado causando todo tipo de problemas a lo largo de la historia. Leí varios párrafos por encima. El libro se componía de una recopilación de relatos sobre una criatura fabulosa conocida como La mano del diablo, un adversario formidable a juzgar por el dolor que era capaz de infligir. Recé para que la criatura diabólica que describía el libro no tuviera nada que ver con la Ganges Roja. Casi había acabado de hojearlo cuando noté la presencia de alguien.

—Menuda colección —comenté nervioso al darme la vuelta.

Mather estaba detrás de mí, junto a la puerta.

—Gracias —contestó Mather—. «Muchos volúmenes extraños y curiosos de olvidada ciencia», como dice el poema. —Se acercó y echó un vistazo al libro que tenía entre manos—. Durante una época fui un ávido coleccionista que solía pasarse las horas muertas escarbando en librerías de segunda mano. Encontrar este me reportó gran alegría. —Le tendí el libro y él le pasó las manos por la tapa—. ¿Ha oído hablar de la leyenda de Nhan Diep?

—No, creo que no.

—Es una maravillosa historia del antiguo Vietnam.

—¿Ah, sí? Mi abuela era vietnamita.

—¿No me diga?

—Sí, conoció a mi abuelo durante la guerra del 66, era un piloto estadounidense.

—Ah, entonces puede que ella sepa la historia. Es muy popular.

—Me temo que falleció hace unos años.

—Vaya, lo siento.

Se hizo un silencio incómodo.

—En fin... ¿Sería posible ver la Ganges Roja? Tengo ganas de verla. Me habría gustado investigar un poco más antes de venir, porque he de confesar que no sé nada sobre el tema.

—Vaya, me temo que no es buena idea molestarla a estas horas —repuso Mather, juntando las manos en una suave palmada—. Será mejor que abordemos esa cuestión mañana.

—¿Qué tiene ese mosquito que lo condujo a ponerse en contacto conmigo?

—Oh, muchas cosas. La Ganges Roja es el único ejemplar de su especie.

—No me diga.

—Pues sí, y su tamaño va a sorprenderle. Es demasiado grande incluso para que se la considere un fenómeno de la naturaleza. No... —Mather levantó la vista en una actitud casi reverente—. No tiene comparación. Muchas culturas han venerado la Ganges Roja. Encontrará relatos acerca del tema en *Su historia*.

—Ah, muy bien. Como la leyenda de... Esto...

—Nhan Diep —me socorrió Mather, pronunciando las palabras lentamente para asegurarse de que esta vez les prestaba mayor atención.

—Eso, gracias.

—Si quiere puede quedarse el libro esta noche. Leer un poco antes de irme a la cama me ayuda a dormir, y además avivará su imaginación para la presentación de mañana —añadió con un gesto de asentimiento, convencido de lo que acababa de decir.

—Sí, me gustaría echarle un vistazo, aunque esta noche no creo que tenga problemas para conciliar el sueño.

—Seguro que no.

Me tendió el libro. Decidí que no me haría ningún mal leerlo por encima, por si había algo que pudiera servir para el artículo. No sabía como seguir la conversación, pero el desasosiego debió de ser evidente porque Mather añadió:

—Ruego disculpe las molestias, señor Reeves, haré todo lo que esté en mis manos para proporcionarle un alojamiento lo más cómodo posible y asegurarme de que se siente satisfecho y bien recibido, algo que, por descontado... lo es. Y mucho.

—Gracias. Estoy... Todo está bien, de verdad.

—Bueno, creo que será mejor que le deje descansar. Prometo que lo compensaré por lo de esta noche proporcionándole mañana el artículo de su vida. No dudo que habrá tenido que habérselas con muchos charlatanes, señor Reeves, pero mañana se alegrará al descubrir que no me cuento entre ellos. En el caso de que desee darse una ducha o un baño, tiene el baño a su entera disposición. Permítame que le acompañe a su habitación, así podrá ponerse cómodo.

—Ah, sí, claro.

Me puse *Su historia* bajo el brazo, recogí la mochila y lo seguí, aunque fui dejando por la alfombra un reguero de agua que chorreaba de la bolsa. Mather era considerablemente hospitalario; aun así, su actitud tuvo el efecto contrario a aliviar la sensación de desasosiego que no lograba sacudirme de encima. Sin embargo, no deseaba ofenderlo. Hasta el momento no parecía que hubiera razón alguna para preocuparse.

—Encenderé el fuego. Si todavía no se le ha secado la mochila, lo hará rápido delante de la chimenea.

—Gracias, fenomenal.

Mather me acompañó hasta el más modesto de los lavabos. Puede que la habitación hubiera sido de color champán en un principio, tal vez incluso beige, era difícil de asegurar, pero el tiempo había desteñido el color. No obstante, a pesar del estado algo menos que impecable de la bañera, el lavabo y el retrete, el cuarto de baño estaba limpio. De hecho, Mather parecía ser un tipo muy pulcro.

La habitación de invitados era pequeña pero acogedora, y daba la impresión de que hacía poco que la habían limpiado. La cama estaba recién hecha y la colcha estaba retirada hacia atrás. Dejé caer la mochila junto a la cama mientras Mather se ocupaba de encender el fuego, el cual empezó a rugir al cabo de unos minutos.

Dejé en la cama el libro que Mather me había prestado y me acerqué a la pequeña ventana de la habitación para echar un vistazo al cielo nublado. El viento y la lluvia seguían lacerando los árboles, pero el trueno y los relámpagos ya habían pasado.

—¿Vivía alguien aquí antes que usted? —le pregunté mientras se sacudía el polvo de las rodilleras de los pantalones.

—Bueno, el antiguo dueño fue el que construyó la casa —contestó, reuniéndose conmigo junto a la ventana—. Vivió aquí durante un tiempo, pero al final, cuando se hizo mayor, se mudó a vivir con su hija. Vi el anuncio de la casa en un periódico y me pareció un sitio precioso. Cierto, lo de venirse a vivir aquí suponía dar un gran paso hacia lo desconocido, pero las ventajas... Desde entonces disfruto de ellas. —Sonrió.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Creo que hará cerca de cinco años. Sí... —Por un momento me dio la impresión de que se quedaba ensimismado, como si un recuerdo lo hubiera asaltado por sorpresa—. Disculpe, pero los platos me llaman.

Aspiró hondo y se dirigió a la cocina. Me senté en la cama y miré la mochila, que desprendía hilillos de vapor. Al cabo de un rato me convencí de que lo oía hablar, pero supuse que sería uno de esos hábitos que Mather habría heredado con facilidad como consecuencia de llevar una vida tan solitaria. Mi anfitrión regresó poco después. Sin abrir la boca, se acercó al fuego, recogió mi mochila y la tocó por la

parte de fuera.

—Mmm... Creo que debería vaciarla y comprobar que todo está bien. El agua se cuele por todas partes. —Me miró, se quitó las gafas y limpió los cristales con el suéter—. Tiene pinta de hacer aguas, si me permite la broma. Espero que no se haya resfriado.

La verdad es que estaba agotado. El naufragio a pequeña escala y el mal tiempo me habían producido un cortocircuito. Necesitaba descansar y dormir.

—En fin, mire, le dejo para que utilice el baño y acabe de instalarse. ¿Qué le parece si se reúne conmigo para desayunar sobre las ocho y luego nos ponemos con la historia? —propuso Mather.

—Me parece bien —contesté entusiasmado—. Ya tengo ganas de echarle un vistazo a ese mosquito suyo.

—Ah, todo a su debido tiempo. —Mather sonrió—. Si me necesita, estaré en mi habitación leyendo un rato. No tenga reparos en llamar. —Dio media vuelta para irse.

—Muy bien. Muchas gracias.

Hasta ese preciso momento no había reparado en lo absurda que era la situación en que me encontraba. Ahí estaba, durmiendo en una habitación extraña en una casa extraña con un hombre de lo más extraño para conocer una criatura extraña (faltaba por ver si también era auténtica). Además, se daba el caso de que casi me había ahogado. Tuve la súbita y rara sensación de estar dentro del sueño de otra persona. En ese momento, ponerse a dormir me pareció la mejor opción, así que me decidí a usar el baño y meterme en la cama.

Fuera retumbaban los truenos y la tormenta seguía ensañándose con la isla. Consulté la hora. El agua se había colado por debajo del cristal y aumentaba y combaba los números. Pasaban unos minutos de las ocho. Recogí el neceser que se había estado secando junto al fuego y salí de la habitación.

El aguacero arreció al pasar del dormitorio al diminuto baño, en el que se suspendía un fuerte olor a desinfectante o a lejía en el que no había reparado antes. La cortina de baño, que envolvía la circunferencia del plato de ducha colgada de un fino riel, parecía bastante nueva, como si no la hubiera usado nunca. Una vez en la ducha, agradecí el efecto del agua caliente sobre la cara.

Minutos después, desnudo y en el dormitorio, volví a repasar la situación en la que me encontraba. Aparte de la barca de Mather, no conocía otro modo para salir de la isla. Miré la mochila que había apartado del fuego por seguridad, la recogí, rebusque el móvil y apreté el botón de encendido. Nada.

Saque la batería y gruñí cuando un chorro de agua me mojó la rodilla. Dejé el teléfono en el suelo, cerca de la chimenea, para que se secase poco a poco. Por el momento no había forma de ponerse en contacto con nadie. Tampoco es que entonces

creyera que necesitaría llamar a alguien pidiendo auxilio, únicamente me sentía un poco vulnerable sin ese vínculo vital con la civilización. Por fortuna, tanto el dictáfono como la cámara Nikon estaban secos. La funda estaba un poco mojada, pero al abrirla no cupe en mí de contento al comprobar que el agua no había llegado al interior.

Dejé la Nikon en el suelo, junto a la cama, y me volví para contemplar las danzarinas llamas. Pocas veces se me presentaba la oportunidad de disfrutar de un buen fuego, pero mucho me temía que el sueño se apoderaría de mí muy pronto.

Sin embargo, antes de abandonarme a mi extenuación, me deslicé entre las suaves y limpias sabanas y empecé a leer *Su historia*:

Hace mucho tiempo, en el misterioso pasado del antiguo Vietnam, vivía un joven y trabajador labrador llamado Ngoc Tam. Era un hombre honrado y generoso que había tomado por esposa a una bella muchacha de un pueblo vecino. Nhan Diep era una joven esbelta, alegre y llena de vida; no obstante, debido a su espíritu inquieto, la crianza de gusanos de seda pronto la llevó al aburrimiento y al desencanto y empezó a añorar una vida llena de lujos.

Un día, sin previo aviso, un debilitante letargo se apoderó de ella y cayó terriblemente enferma. Tam la encontró tirada en el suelo y se la llevó a casa; sin embargo, a pesar de sus esfuerzos para reanimarla, Diep murió en los afligidos brazos de su esposo. Tam quedó desconsolado y la lloró durante días. Rechazó la ayuda de amigos y familiares y se negó a separarse del cuerpo de su mujer y a que la enterraran.

Tam no sabía como iba a vivir sin su amada Diep. Desesperado, vendió todo lo que poseía y compró una balsa y un hermoso ataúd en el que colocó el cuerpo de su mujer. Después de llevar la balsa hasta un arroyo cercano, zarpó con la esperanza de hallar una cura para su corazón roto. Al cabo de veintidós días de viaje, la ayuda lo encontró a él.

Esa mañana se despertó sobresaltado a causa de una pesadilla y descubrió que la balsa se había detenido al pie de una montaña. Saltó a tierra y dejó atrás la balsa y el ataúd. Pronto descubrió que caminaba por una alfombra de miles de flores extrañas. Se detuvo en un pequeño claro y, al encaminarse hacia la cornisa de la montaña, vio a un anciano en el camino, delante de él, que se apoyaba en un curioso bastón de bambú. Tenía la piel arrugada y tostada por el sol, y el pelo largo y blanco se mecía en la suave brisa. Tam tuvo la sensación de que el extraño lo conocía.

De pronto se dio cuenta de que el anciano en realidad era Tien Thai, el genio de la medicina. Tam cayó de rodillas con las manos unidas y le rogó que le devolviera la vida a su amada.

—Ngoc Tam... He oído hablar de ti y de tus virtudes —dijo el anciano—, pero el lazo que te une a tu esposa todavía es muy fuerte, no podrá quebrantarse. Has de aprender a crecer, a no sufrir por el amor que sientes hacia ella.

—Pero no puedo vivir sin ella. Te lo suplico, si está en tus manos, devuélveme a Diep.

—No te negaré tu petición —contestó el genio—, pues tu amor y tu dolor son sinceros, pero debo preguntarte por qué insistes en aferrarte a esta vida de pesar. He visto grandes hombres confiando sus corazones a los caprichos de mujeres egoístas y volubles. He sido testigo de mujeres de sabiduría infinita entregándose en cuerpo y alma a hombres crueles y despiadados. En cierto modo, me alegro de no comprenderlo, pues debe de ser algo espantoso.

Ngoc Tam se puso de inmediato a la defensiva.

—Nunca he amado nada en toda mi vida como la he amado a ella. He de volver a tenerla o la vida carecerá de sentido.

El anciano genio suspiró.

—De acuerdo —se resignó—. Haz lo siguiente: Pínchate un dedo con una espina de uno de esos arbustos y deja que tres gotas caigan sobre el cuerpo de tu mujer. Hazlo y ella volverá a la vida.

Tam se puso en pie, se acercó corriendo a un arbusto enorme y partió una espina de aspecto imponente. Se deshizo en agradecimientos al genio y dio media vuelta a la carrera.

Casi cayó al agua desesperado como estaba por subir a la balsa. Trepó con dificultad, levantó la tapa del

ataúd y se pinchó el índice de la mano izquierda con la espina. Tres gotas de sangre cayeron en la palma abierta de su esposa.

Diep abrió los ojos como si se despertara de un sueño profundo. Su piel arrugada y pálida enseguida recobró el color y la vitalidad. Trató de respirar y se incorporó, mirando a su alrededor. Tam la cogió en brazos y la estrechó con pasión. El genio había seguido a Tam y, al acercarse lentamente a la pareja, intercambió una mirada con Diep.

—No olvides tus obligaciones, Nhan Diep —le advirtió el genio—. Recuerda la lealtad de tu marido. Devuélvele su amor y trabaja duro. —Se dio media vuelta y añadió—: Podéis iros. Que seáis felices.

La historia era apasionante y sentí la tentación de seguir leyendo, tenía curiosidad por descubrir qué tenía que ver todo eso con el mosquito, pero los párpados me pesaban como si fueran de plomo y no tenía fuerzas para mantenerlos abiertos. Dejé el libro en la mesilla de noche preguntándome si mi abuela me habría contado alguna vez esa historia cuando era pequeño. Algunos de mis primeros recuerdos son de ella leyéndome cuentos hasta entrada la noche, de su interés por las leyendas de su gente y de su habilidad para adoptar otras voces, algo que siempre me maravillaba. «¡Otro, abuela! ¡Otro!», insistía yo, y ella casi siempre me contaba otro cuento, y otro, hasta que me dormía con la sensación de ser feliz y querido.

Al apagar la lamparita de noche, el dormitorio quedó sumido en la penumbra. Cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, adiviné el contorno de los muebles y añoré la comodidad y la familiaridad de mi habitación. Entre las sombras, la librería que había delante de la cama era un monolito negro y anguloso. Al mirar al techo, recordé lo poco precisas que eran las dimensiones de la casa desde el exterior. Quedaba un espacio triangular entre lo alto de la librería y el techo, lo que significaba que la una o el otro no estaban bien nivelados. Al cabo de un rato de estar mirándolo empecé a sentirme intranquilo, así que me volví hacia la izquierda y miré por la ventana. Cerré los ojos y pensé en Mather y en el individuo agradable que había resultado ser a pesar del halo de misterio que lo envolvía, como si estuviera ocultando algo. Tenía la impresión de que valía la pena perseguir la historia, cierta o no, aunque solo fuera para saber algo más acerca de él. Seguí pensando en mi anfitrión, en la casa y en lo que prometía la carta de Mather hasta que en algún momento mis pensamientos empezaron a divagar y me reclamó el sueño.

Cuando volví a abrir los ojos, los tenía anegados en lagrimas. Ya no estaba acostado, sino en una balsa a merced de la corriente, con un ataúd por única compañía. De repente, la balsa se detuvo al pie de una montaña enorme alfombrada de flores que desprendían la más cautivadora de las fragancias. Como si mi cuerpo tuviera conciencia propia, bajé a tierra y poco después me encontré paseando entre árboles llenos de colorido y cargados de fruta. Continué la subida hasta que me detuve en un pequeño claro para recuperar el aliento, momento en que me percaté del anciano del camino, apoyado en un curioso bastón de bambú. La brisa le mecía el pelo largo y

blanco. Tenía la piel oscura, curtida y agrietada, pero sus enormes ojos rebosaban juventud y estaban animados por la alegría. Una gran capa de tela fina, casi transparente, se hinchaba a sus espaldas y se arremolinaba alrededor de su cuerpo cubierto por una túnica de un azul brillante que resplandecía bajo el sol.

Dijo que se llamaba Tien Thai, el genio de la medicina, y por lo visto me conocía.

—Ngoc Tam. He oído hablar de ti y de tus virtudes —dijo el anciano—. Eres un hombre bueno y cariñoso.

Le expliqué que lo único que me importaba era mi amada.

—El apego que sientes hacia tu esposa todavía es muy fuerte —observó—, pero debes permitir que sane la herida que su pérdida ha abierto. Acepta que por el momento se te ha negado el amor y solo así podrás vivir de verdad.

—No, no la dejaré así —insistí—. No puedo seguir viviendo sin el amor de mi vida. ¡Antes preferiría estar muerto!

—Debes aceptar...

—¡No, no puedo! —grité en tono desafiante.

Tenía los puños cerrados. Un hondo tormento agitaba mi cuerpo y atenazaba todos mis músculos. El anciano me miró largo y tendido y a continuación pareció que adoptaba una expresión de resignada decepción.

—Muy bien, si eso es lo que quieres... —aceptó el genio—. Haz lo siguiente: Pínchate un dedo con una espina de uno de esos arbustos y deja que tres gotas caigan sobre el cuerpo de tu difunta esposa. Hazlo y ella volverá a ti.

Me acerqué a un enorme macizo de rosales. Partí una espina de aspecto amenazador y rehíce el camino a la carrera. Subí a la balsa de un salto, levanté la tapa del ataúd y vi el cuerpo lastimoso y deshinchado de lo que una vez pudo haber sido una mujer hermosa. Me pinché el índice izquierdo con la espina y lo apreté hasta que tres gotas de sangre cayeron sobre su palma abierta.

Cuando abrió los ojos, desperté.

EXPLORACIÓN

Me quedé en la cama un buen rato dándole vueltas al sueño. Había sido muy real, muy diferente a cualquiera de los que había tenido hasta entonces. A su modo, todos los sueños son únicos y descabellados, pero el que había tenido esa noche era diferente.

No tardé en aburrirme contemplando cómo la luz del día reclamaba la habitación. Me levanté de la cama, me aseo sin perder tiempo y me vestí. Encontré la casa en silencio y como Mather todavía seguía en su dormitorio, decidí salir a tomar un poco de aire fresco para despejarme y deshacerme de las intensas imágenes que todavía coleaban del sueño. Aunque tenía ganas de que Mather me contara su historia, mi anfitrión había dicho que el desayuno estaría preparado a las ocho y no quería parecer descortés o maleducado molestándolo demasiado temprano.

Me costó lo mío no hacer ruido al descorrer el enorme cerrojo que había en lo alto de la puerta de entrada. Cuando la abrí, me encontré con un enorme manto de niebla que se mantenía pegado al suelo y que daba al claro un aspecto extraño y etéreo.

Me alejé unos pasos de la casa y a me volví para mirarla de lejos. Supuse que Mather ya estaría acostumbrado a su aspecto, pero a mí me causó un gran efecto. Me abrí camino entre la bruma y me sorprendió comprobar lo espesa que era. Se arremolinaba y se apartaba a medida que yo avanzaba entre los árboles, hasta que salí junto a la orilla. La niebla era más rala sobre el agua, aunque ahogaba la superficie hasta donde me alcanzaba la vista. Según mi reloj solo eran las siete y veinte. Oteé el horizonte al otro lado del lago intentando vislumbrar el pueblo y el muelle, pero la niebla debía de ocultarlos. Porque no conseguí distinguir nada más allá de las rocas, los árboles y el agua.

Al levantar la vista, me quedé como atontado, como si el paso de las nubes por el cielo me hubiera hipnotizado. Con cierto esfuerzo conseguí concentrar la atención en otro asunto y me puse a buscar rastros de la barca que había hundido el día anterior, pero no encontré nada, ni siquiera un trozo de madera cabeceando entre la niebla u olvidado en la orilla. Me pregunté donde estaría la barca de Mather. Supuse que debía de guardarla en algún sitio, tal vez en un cobertizo para botes, a buen recaudo de las tormentas y de las corrientes. Ya que todavía me sobraba tiempo antes del desayuno, decidí echar otro vistazo por los alrededores.

Regresé hasta la casa y, al darle la vuelta por la izquierda, encontré un sendero irregular que se perdía en el bosque. El aire se hacía cada vez más cálido y vi que la bruma que me envolvía los tobillos comenzaba a disiparse. Tuve el presentimiento de que el día acabaría siendo despejado y más tranquilo que el anterior y deseé haber

retrasado un día el viaje desde Londres, así al menos podría devolverle un bote al capitán del puerto.

A pesar de que el sendero era bastante practicable, en alguna ocasión tuve que abrirme camino entre ramas y arbustos para poder continuar. El aire olía agradablemente a flores y el silencio reinante tenía un efecto balsámico.

La vereda zigzagueaba a través del bosque hasta que se abría en un nuevo claro, este más pequeño. A la izquierda había una enorme pila de rocas, más allá de las cuales se disfrutaba de una vista impresionante del lago. Seguí por allí y descubrí que una agreste pendiente de tierra acababa en una pequeña cala arenosa. Casi oculto entre las ramas salientes de los árboles había un cobertizo. Era verde, pero la pintura se había desvaído y descascarillado a causa de los años de exposición al sol. Me acerqué para echarle un vistazo más de cerca.

La puerta estaba cerrada con candado. Habían construido el cobertizo —por la pinta, con bastantes prisas— con tablonces de madera verticales, y a través de un pequeño espacio que había entre dos de ellos conseguí echar un vistazo al interior. Los rayos del sol que se colaban por entre las tablas me permitieron ver un plástico azul que cubría lo que me figuré que sería un bote. Llevado por un impulso, traté de abrir el candado, pero no cedió. La cerradura, a diferencia del cobertizo, estaba diseñada para resistir los embates de la naturaleza.

Cuando di media vuelta y eché a andar para dar un paseo por la pequeña cala, oí un portazo; Mather debía de haberse percatado de mi ausencia y estaría buscándome.

De camino de vuelta ala casa iba pensando que, después de todo, no debía de ser tan malo vivir en la isla. Seguro que el lago estaba precioso en verano. Aceleré el paso, disfrutando de la caricia del sol de la mañana en mi cara. Cuando llegue al claro, alcance a ver que Mather desaparecía entre los árboles en dirección a la otra cala. Le seguí y lo encontré en un estado de completo desconcierto, caminando arriba y abajo por la arena, escudriñando y oteando el horizonte. Lo observé unos instantes y lo vi adentrarse unos pasos en el agua y mojarse los zapatos y los calcetines.

—Señor Mather —lo llamé, convencido de que ya era hora de poner fin a su agitación.

Se volvió y, a pesar del respingo que dio al oír mi voz, el alivio fue evidente. Una sonrisa iluminó su cara y se acercó hasta mí sin reparar en el agua que le salpicaba los pantalones.

—¡Gracias a los cielos! —exclamó con los ojos desorbitados, lo que confería mayor singularidad a su expresión—. Por un momento pensé... que se me había perdido.

—No, no. Me desperté temprano y, como no pude volverme a dormir, decidí ir a dar un paseo.

Mather no contesto enseguida, como si examinara mi expresión en busca de una

prueba de algo.

—Mucho me temo que por aquí hay poco que ver. —Bajó la vista hasta sus piernas, momento en que se dio cuenta de que tenía los pies metidos en el agua—. Vaya por Dios, vaya por Dios. Míreme.

Dio unos saltitos cómicos hasta que volvió a encontrarse en la arena.

—Siento mucho haberlo preocupado —me disculpé.

—No pasa nada. ¿Hasta...? ¿Hasta dónde ha llegado?

Remontamos el banco de arena hacia los árboles mientras Mather se sacudía inútilmente los pantalones empapados.

—Solo hasta la playa al otro lado de la isla. La del cobertizo.

—Ah, el cobertizo del bote. —Había una nota de nerviosismo en su voz que me dejó desconcertado. Mi intención no había sido la de abandonar la isla y bien podría ser que a Mather le preocupara mi seguridad, pero seguía pensando que mi paseo lo había puesto más nervioso de lo normal—. Está cerrado con llave —añadió como si tal cosa.

—¿Con llave? ¿No estará preocupado por que le roben el bote? Me dio la impresión de que no suele recibir demasiadas visitas.

—No, no, ninguna. —Sonrió algo azorado—. Es que tengo tendencia a ser bastante obsesivo con la seguridad. Sé que es una tontería estando tan aislado, pero bueno, no puede evitarlo. Si el bote desapareciera...

—Claro, lo entiendo, pero no se preocupe, que no tengo intención de largarme con él.

—No, claro que no. No pretendía insinuar... Supongo que los nervios me pierden con facilidad. —Se rio—. No me haga caso, olvídalo, por favor.

Mather abrió la puerta y volvimos a entrar en la casa.

—Tome asiento mientras preparo algo de desayuno —dijo, dejando atrás las palabras al salir de la habitación.

—Muy bien, gracias —contesté, con la esperanza de que no tardáramos mucho en entrar en materia—. Espero que le vaya bien ponernos manos a la obra con la historia cuanto antes. Debería volver al trabajo tan pronto como fuera posible.

—Lo entiendo perfectamente —fue la respuesta que llegó desde la cocina— y le pido disculpas por entretenerlo. ¡Maldito tiempo! Aunque le aseguro que la historia compensa la espera. La dama le dejará sin habla.

Supuse que con lo de «la dama» se refería al mosquito, pero me pareció una calificación un tanto extraña.

—Perfecto —contesté, aunque es posible que Mather no alcanzara a oírlo.

Me sentí un poco incómodo, solo, sin saber qué hacer. Incapaz de quedarme quieto, salí del salón y crucé el pasillo hasta la cocina.

Igual que el salón, la cocina daba a la parte delantera de la casa. No era tan grande como me había imaginado, pero dado que Mather vivía solo, supuse que sería más que suficiente. La ventana daba al claro, igual que la de la otra estancia. Tal como esperaba, había un hornillo de gas, aunque también otros electrodomésticos eléctricos como una nevera, un hervidor y una tostadora. Mather estaba de espaldas a mí, absorto en sus pensamientos.

—¿Dónde tiene el generador? —le pregunté. Conseguí sobresaltarlo por segunda vez esa mañana.

Se rascó la frente y señaló con la cabeza la parte posterior de la casa.

—El anterior dueño lo hizo instalar dentro de un cobertizo insonorizado detrás de la casa. Es un modelo a gasolina bastante pequeño, pero por suerte no tengo que entrar a llenarlo demasiado a menudo. La verdad es que uso poca electricidad, pero Dios no quiera que se estropee.

—Claro, una idea espeluznante. ¿Hay alguna otra construcción en la isla? —le pregunté mientras él llenaba el hervidor de agua, lo colocaba en su soporte de plástico y lo encendía. Se volvió hacia mí con una mirada que dejaba claro que mi curiosidad le resultaba molesta—. Discúlpeme si soy un entrometido, me temo que es lo que tiene esta profesión.

Mather ahogó una risita.

—No se preocupe, tendría que habérmelo imaginado. —Abrió la panera y sacó un pan de molde en rebanadas—. No, esta es la única construcción que hay en la isla.

Me pregunté con qué regularidad iría Mather al pueblo a por provisiones. Debía de visitarlo con cierta frecuencia si consumía pan y productos frescos en vez de envasados, eso o se lo llevaban hasta la isla. Sacó cuatro finas rebanadas de pan y las puso en la tostadora.

—Le encantará la dama. Estoy ansioso por que la vea.

—Sí, yo también.

No estaba muy seguro si lo decía de corazón o no. Todavía no sabía si Mather estaba diciendo la verdad o si su historia sobre que ese mosquito era el único de su especie en el mundo no era más que una sarta de mentiras. Se separó de la tostadora y sacó varios platos del armario que había encima del fregadero.

—Esto, señor Reeves... ¿Cómo está usted de mosquitos?

—¿Disculpe?

—¿Qué sabe de ellos?

—Vaya, lo cierto es que no mucho, solo que nunca me dejan en paz cuando estoy de vacaciones. El año pasado, en Jamaica, me quitó uno enorme de la pierna y lo aplasté con el pie. No me gusta matar bichos, pero es que, si no, seguro que este habría intentado picarme otra vez.

—Esta —me corrigió Mather.

—¿Perdón?

—Esta.

Lo dejó en el aire. Me quedé junto a la puerta, algo desconcertado, mientras Mather colocaba un par de bolsitas de té en una tetera marrón descolorida. A continuación, lo aclaro.

—«Esta» habría intentado picarle otra vez, no «este». Solo pican los mosquitos hembra.

—Ah, ya —dije mientras Mather cogía el hervidor y vertía el agua en la tetera—. Entonces ¿los machos no molestan a la gente?

—Bueno, se han dado casos de machos que han picado a gente... —respondió Mather al tiempo que llenaba la tetera y devolvía el hervidor a su soporte. Seguía imperturbable, pero tuve la sensación de que Mather estaba disfrutando con la pequeña lección informal—, pero son los memos. Seguramente estaban... confundidos.

—¿Confundidos? ¿Quiere decir que creían que eran chicas?

Mather me miró con cara rara, estaba claro que no apreciaba mi sentido del humor.

—Bueno, no del todo. Simplemente cometieron un error, ocurre a veces. —Daba la impresión de que le contrariaba la dirección que había tomado la conversación—. Verá, los machos se alimentan de plantas. Las hembras también, pero necesitan ingerir sangre porque la proteína que esta contiene ayuda a producir huevos.

—Ya veo, de modo que antes está relacionado con la supervivencia que con la alimentación.

—Eso es. La ingesta de sangre se limita únicamente a facilitar la reproducción.

—Entonces espachurré a una dama, qué grosero por mi parte.

—Ya lo creo. —Colocó tazas y platos en una bandeja enorme—. ¿Le importaría echarme una mano?

—Por supuesto.

Mather también colocó en la bandeja un plato gigantesco de tostadas, mantequilla y jamón y un par de servilletas.

—Yo llevé lo demás —dijo.

—De acuerdo.

Di media vuelta y salí de la cocina. Llevé la bandeja al salón y la dejé en la mesita que había junto al sillón. Mather no tardó en entrar con el té. Hasta ese momento no me había dado cuenta del hambre que tenía, así que me senté en uno de los sillones y me dispuse a llenar el estomago.

Los pájaros seguían cantando en sus árboles cuando me comía la tostada, que empujaba de vez en cuando con un trago de té. De nuevo me asaltaba la sensación de

que tal vez estaba perdiendo el tiempo. Tenía ganas de acabar lo que había ido a hacer a la isla y regresar a Londres. Después de todo, tenía que volver al trabajo y no es que Mather estuviera desviviéndose exactamente por acelerar mi partida. Sin embargo, decidí esperar un poco más antes de decir algo que pudiera sonar descortés. Me recosté en el sillón con el té y esperé a que Mather retomara la conversación. El hombre tenía a menudo esa mirada perdida tan común entre mis profesores de universidad. Supongo que Mather, igual que ellos, creía que una lección podía, o mejor, debía pensarse por adelantado cuanto fuera posible en vez de lanzarse a ella sin preparación previa. No continuó hasta que acabó de desayunar.

—Verá, señor Reeves, el mosquito macho no tiene gran interés para los entomólogos —me explicó, pasándose la lengua por los dientes—, apenas es algo más que un zángano. Una vez que la fecundación ha tenido lugar, ya no pinta nada, ya puede hacer lo que le venga en gana hasta que muere, la que en verdad importa es la hembra.

—Entiendo.

—Ella es la que nos penetra. La que nos viola, si lo prefiere. —Sonrió abiertamente.

—Ajá, hábleme de la malaria —le pedí, tratando de encaminar a Mather hacia el tema que me había llevado allí y así centrarnos en la razón de mi visita.

—¿De la malaria? —Tomó un trago de té, mirándome con curiosidad.

—Si. ¿Cómo la transmite un mosquito? Para empezar: ¿Dónde la contrae el mosquito?

Mather desvió la vista hacia la izquierda, hacia la ventana. Partió un trocito de su segunda tostada y se lo llevó a la boca. Estaba claro que estaba saboreando la quizá rara oportunidad de educar a otra persona en uno de sus temas preferidos.

—Mucha gente asume equivocadamente que el mosquito trajo la malaria al mundo —dijo, sin dejar de masticar— y que se dedicó a propagarla de humano en humano como si fuera una aguja voladora envenenada.

Un avión paso sobre nuestras cabezas e interrumpió momentáneamente el discurso de mi anfitrión. Tal vez el aislamiento de la isla ya había hecho mella en mí, pues percibí el estruendo del avión como un lazo tranquilizador con el mundo exterior. Mather esperó a que cesara el ruido.

—Verá, el mosquito es un vector de la enfermedad, es decir, no la crea, solo la transmite. Tras ingerir la sangre de una persona infectada, alzará el vuelo e incubará, sin saberlo, el parásito de la malaria hasta que se alimente de otro humano, momento en que transmite la enfermedad a la corriente sanguínea, donde se multiplica y desde donde ataca. Mire, los mosquitos no nacen con la malaria, tienen que alimentarse de alguien que ya esté infectado. Lo mismo ocurre con la fiebre amarilla, el dengue o el virus de la fiebre del Nilo. El mosquito es muy competente a la hora de transmitir

enfermedades a pesar de que ignora lo que hace.

—Entonces tenemos suerte de seguir aquí —comenté.

—Mmm... —Mather lo meditó unos segundos—. Bueno, tal vez. Ha de tener presente que existen muchos factores que afectan a según qué especies y a según qué enfermedades. Si hubiera, pongamos, mil veces más mosquitos en el mundo de los que hay en este momento, estarían demasiado ocupados atacándose unos a otros por motivos territoriales para preocuparse por nosotros. Si no se aniquilaran entre ellos, acabarían erradicando las enfermedades que transmiten al abarcar más de la cuenta. Tal vez cuanto más se propaga una enfermedad, menos potente es y más resistentes nos volvemos nosotros. No obstante —ahogó una risita—, mucho me temo que todo son conjeturas. No soy un experto en enfermedades tropicales, solo me dedico a exponer teorías, aunque todo en la naturaleza tiene un límite. Si uno tiene en cuenta la infinitud del tiempo, fácil es deducir que nada es eterno. Si una enfermedad ampliara su radio de acción, existe la posibilidad de que la raza humana se volviera inmune a ella y que, con el tiempo, los síntomas fueran menos críticos. Sin embargo, no estamos hablando de un resfriado común; la malaria, como muchas otras enfermedades, es muy agresiva y es muy poco probable que jamás consigamos ser inmunes a ella. —Se detuvo a meditar lo que acababa de decir—. Es un tema apasionante, estoy seguro de que alguien ya habrá escrito un libro acerca de él.

A pesar de que no era ni mucho menos tan interesante como la historia por la que me encontraba en la isla, cabía la posibilidad de que pudiera utilizar parte de lo que Mather había dicho como base para un artículo que podría completar con información extraída de internet. Derek me había dicho que volviera con algo, así que quizá pudiera sustituirlo por un buen artículo sobre mosquitos y las teorías sobre estos. Por una vez, algo racional que diera que pensar no le iría nada mal a la revista.

—Discúlpeme un momento —se excusó Mather, dejando la taza en la bandeja y poniéndose en pie—. No tardaré ni un segundo. ¿Ha terminado?

Hizo un gesto señalando mi taza de té. La apuré y se la di.

—Gracias. El té no me apasiona, pero este estaba muy bueno.

—Gracias.

Recogió la bandeja y salió de la habitación. Oí que la dejaba en la cocina y que abría el grifo. Minutos después, oí unas pisadas en el pasillo y lo que supuse que sería la puerta del baño cerrándose.

Eché otro vistazo al salón durante la ausencia de Mather. Ahora que la luz del día tenía permiso de entrada, la estancia parecía más grande. Me acerqué a la pila de libros, apilados en los estantes que había frente a la ventana. Algunos eran muy viejos y muchas de las tapas estaban encuadernadas en un material grueso y repujado, en algunos casos con inscripciones y dibujos. Daba la impresión de que varios

volúmenes se estaban cayendo a trozos pues les asomaban algunas páginas. Escogí uno de esos tomos para examinarlo más de cerca, con cuidado de no estropearlo aún más, y me di cuenta de que no se estaba cayendo a trozos sino que las páginas que sobresalían de entre las demás en realidad pertenecían a otros libros. Por lo visto, Mather las utilizaba como marcadores. Por qué hacía una cosa así era todo un misterio, a menos que las páginas hubiesen sido arrancadas de un libro que de todos modos iba a tirar. Sin embargo, a juzgar por la cantidad de libros que tenía, era difícil creer que Mather pudiera ser tan descuidado.

El volumen que tenía en las manos era un libro de texto de anatomía titulado *Proporción corporal*, del reverendo C. N. Tantica. No cabía duda de que Mather había dedicado cierto tiempo a su estudio, pues había muchas páginas de otro libro, más pequeño a juzgar por la diferencia de tamaño de las hojas, intercaladas a intervalos regulares. Abrí el libro por una de las hojas que servían de marcador y encontré un dibujo de un hígado humano. Eché un vistazo a otras páginas igualmente señaladas y encontré más representaciones de distintos órganos. Mather había estudiado el libro a conciencia en algún momento, seguramente durante sus días de estudiante de Medicina. Parecía bastante cuidado, casi no tenía polvo, a diferencia de muchos de los otros títulos.

Al darme la vuelta reparé en otra de las siluetas enmarcadas de Mather que colgaba a la izquierda de la ventana. No sé como no la había visto antes, porque era impresionante. La noche anterior se había ocultado entre las sombras, pero en esos momentos, a la luz del día, era difícil pasarla por alto. A juzgar por la larga trompa que se extendía a partir de la cabeza, se trataba de un mosquito del tamaño de un pájaro pequeño. Debajo de la imagen delicadamente trabajada se leía lo siguiente con letra clara y elegante:

Ganges Roja
(*Tamaño real*)

—Grande, ¿verdad? —comentó Mather desde la puerta. Di un respingo.

—Sí... Ya lo creo que sí. —Me costó apartar la vista de la imagen—. Aunque en realidad no es tan grande, ¿verdad?

—Sí, por supuesto que sí, y si me sigue, se lo demostraré.

Dio media vuelta y se dirigió hacia el pasillo. Con cierta inquietud, aunque esperanzado de ver por fin algo interesante, lo seguí.

El dormitorio de Mather era más grande de lo que me había imaginado. Las paredes estaban forradas con paneles de madera muy bien pulida y barnizada, que iban del suelo al techo. Incluso el suelo era de madera barnizada a conjunto con las paredes.

Colocadas con gran mimo a lo largo de los paneles, había más delicadas y elaboradas siluetas de insectos: dos mosquitos, otra mariposa, un avispón, lo que parecía una mantis religiosa y otra cosa que no supe identificar. A la derecha de la pequeña cama, debajo de la única ventana de la habitación, había un bello buró. En general, la habitación de Mather estaba recogida, la disposición era casi minimalista.

Mather se acercó a la pared de la derecha y puso las manos sobre un largo panel horizontal que dividía la pared en dos y que descorrió hacia la izquierda. La sección derecha del panel se deslizó y dejó a la vista un compartimiento enorme detrás de la pared ocupado por un tanque de cristal. La tapa era de metal, tal vez de latón, y tenía grabados delicados remolinos, igual que las tiras de las esquinas, colocadas, tal vez, para afianzar la tapa. Los paneles de cristal estaban amarillentos, de modo que supuse que el tanque llevaba siendo utilizado algún tiempo. En ese momento caí en la cuenta de que hasta entonces había asumido que el insecto estaba muerto. Sin embargo, por lo visto no era así, y que Mather guardara la criatura en su habitación me dejó algo preocupado.

—No tema —intentó tranquilizarme el hombre, dando unos suaves golpecitos a la pared de cristal del tanque—. Duerme durante el día, así que a veces hay que espabilarla un poco.

Esperó unos segundos, pero no ocurrió nada. Examiné las hojas, las hierbas y los palitos que llenaban casi un tercio del tanque con la esperanza de distinguir algún movimiento. Imperturbable a pesar de la incomparecencia del objeto en exposición, Mather tamborileó los dedos ligeramente contra el cristal y dio un paso atrás con expresión satisfecha. En ese momento oí un zumbido procedente del interior de la cárcel de cristal. Estaba preparado para encajar cualquier decepción. Sin embargo, para mi sorpresa y espanto, un mosquito mucho más grande de lo que debería ser se apartó de la parte inferior de la tapa, donde había estado escondido, se dejó caer y dio media vuelta en el aire donde se mantuvo flotando delante de nuestros rostros.

PRESENTACIÓN

Cuando me presentaron la Ganges Roja ocurrió algo excepcional. Me asaltó un breve aunque intensísimo dolor de cabeza. Fue como si, por un instante, un alarido inaudible resonara en mi cabeza, un alarido que intentaba hacerse oír, pero que lo único que conseguía era causar dolor. Me froté las sienes para mitigarlo y me concentre en el tanque. La Ganges Roja era sencillamente impresionante y si no la hubiera visto con mis propios ojos, me habría costado mucho creer que fuera posible que esa criatura tuviera el tamaño que tenía.

Dejó de aletear y se posó en la pared de cristal, puede que para vernos mejor. El desproporcionado cuerpo del insecto era de un color rojo intenso y brillante, un color que parecía avisar del peligro. En el abdomen se dibujaban a intervalos varios anillos anchos y negros. Incluso la larga trompa con forma de aguja era roja, lo que me hizo imaginar el aspecto que tendría después de alimentarse.

—Todo un estudio en escarlata, ¿verdad?

Mather me observaba con los brazos cruzados, disfrutando con mi reacción. Puede que al principio estuviera conmocionado, tal vez incluso atemorizado, pero no pude evitar sentir cierta admiración por la belleza única de la criatura.

—Es increíble. No sabía que un mosquito pudiera llegar, a tener ese tamaño.

El mosquito podría haber abrazado una pelota de tenis y aun habría cruzado las patas. Solo la envergadura de las alas debía de andar por los veinte centímetros de largo. Dirigí mi atención hacia la tapa del tanque con una súbita punzada de pánico.

—Creo que nunca me cansaría de mirarla —comentó Mather, claramente fascinado.

En ese momento oímos una rascada en la ventana. Me volví y vi un gato bastante sucio y de aspecto lastimoso. Tenía el pelo empapado, enmarañado y apelmazado en varios lugares y le faltaba la mitad de la oreja derecha. Estaba a punto de advertir a Mather de la presencia de la visita cuando este se adelantó.

—Es el señor Hopkins —aclaró, sin dejarse impresionar por el aspecto del animal—. La pulgosa alimaña que me amarga la existencia.

—Entonces, ¿no es suyo?

—Por supuesto que no —contestó Mather, un poco ofendido—. Nunca me relacionaría con un animal tan desagradable. —Se acercó a la ventana. Creí que iba a gritarle o que le daría un golpe al cristal, pero se limitó a detenerse ante el animal y a lanzarle una mirada fulminante—. Debió de llegar a la isla de polizón en mi bote.

El señor Hopkins permaneció en el alféizar con una expresión triste que encajaba muy bien con su aspecto general. Parecía tan contento de ver a Mather como Mather

a él.

—¿Por qué lo llama señor Hopkins?

Mather apartó la vista del roñoso felino.

—Porque me recuerda a un vecino que tuve hace muchos años —contestó—. Un hombre desagradable que no hacía más que entrometerse en mis cosas. El también era un saco de pulgas desastrado.

Yo creía que el animalito tenía cierto encanto, pero teniendo en cuenta que me encantan los gatos, no era imparcial. El señor Hopkins volvió a rascar el vidrio con una pata y tuve la impresión de que me miraba directamente.

—Maldito animal —estalló mi anfitrión.

Tal vez le preocupara que el gato intentara robar el protagonismo al espectáculo.

Golpeó tres veces el cristal, pero el gato se limitó a parpadear y continuó mirándome fijamente. Una nueva punzada de dolor me traspasó la cabeza y me hizo estremecer. Volví la vista hacia el mosquito y vi que tenía la cabeza ladeada hacia la ventana. Me vino un pensamiento extraño, algo que no sé cómo describir. Era consciente de que la estrambótica situación podría haberme afectado el juicio, pero ni siquiera eso explica del todo lo que sentí. Fue como si de repente me hubiera inmiscuido en una conversación que no era capaz de comprender.

Con la intención de aclarar un poco las ideas, me excusé y regresé a mi dormitorio en busca del dictáfono. Empezaba a creer que no había hecho el viaje en balde porque el insecto era impresionante. Estaba ansioso por sacarle unas fotos, ya me imaginaba su imagen adornando la portada de la revista. De vuelta en la habitación de Mather, me senté en el escritorio para comenzar la entrevista mientras él seguía junto a la ventana sin sacarle el ojo de encima al gato.

—Veamos, ¿dónde la encontró?

—¿Mmm...? Ah, tengo ciertos conocidos, coleccionistas diría usted, en diversos países. Un viejo amigo del Zaire me escribió hace algunos años y me contó que cada vez eran más frecuentes las noticias de gente que había visto la Ganges Roja. Habían estado circulando historias sobre ella por los alrededores de su puesto de investigación durante décadas, pero viéndose reclamado por numerosos proyectos, no había encontrado el momento de prestarles atención. Se mostraba escéptico, dudaba que pudiera existir una criatura que hubiera eludido su captura durante tanto tiempo. Tengo que admitir que durante muchos años yo también albergué mis dudas. Sin embargo, insistí en que al menos charlara con algunos de los nativos que aseguraban haberla visto. Accedió, y durante las siguientes semanas, cuando tuvo algún momento libre, hizo averiguaciones y entrevistó a varios individuos. Me escribió tiempo después y me adjuntó varios testimonios, los cuales apuntaban hacia la misma conclusión: la Ganges Roja, o algo que encajaba con su descripción, estaba vivita y coleando.

—Pero no es la única, ¿verdad? Es decir, en el caso de que realmente la hayan visto, se trata de insectos diferentes, ¿no?

—Al principio no estaba seguro, pero para mi sorpresa descubrí que empezaba a creer las leyendas que se cuentan sobre ella. Además, desde que la tengo yo, no se la ha vuelto a ver.

Mather guardó silencio unos segundos, interrumpidos únicamente por el ruido machacón del dictáfono. Incluso el señor Hopkins, que seguía en su puesto, parecía enfurruñado. Mather dio la espalda a la ventana y se apoyó en el alféizar.

—Ansiaba viajar a África, pero creo que me he acostumbrado demasiado a la vida que llevo aquí. Siempre me angustio cuando pienso en irme, así que en su lugar le supliqué a mi amigo que encontrara él la dama, costara lo que costase. Dejé claro que todos los gastos corrían de mi cuenta. Al final, él también había empezado a compartir mi emoción y ya había hecho preparativos. Una semana después, uno de sus ayudantes descubrió una cueva cerca de un río. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección al tanque—. Ella estaba dentro junto con miles de mosquitos más pequeños, seguramente de la familia *aedes aegypti*. Por desgracia, el ayudante y los guías murieron cuando intentaban capturarla. Mi amigo encontró sus cuerpos en la cueva días después. Gracias a su experiencia en la captura de insectos peligrosos, consiguió hacerse con ella casi sin incidentes.

—¿Casi? —pregunté.

—Bueno, por increíble que pueda parecer, mi amigo me aseguró que la dama podía... comunicarse. —Mather se rascó la cabeza—. Ya sé que suena raro, pero en la naturaleza se dan muchos casos de difícil comprensión.

—Sí, eso es cierto —le concedí más que nada para que siguiera hablando. Ni por todo el oro del mundo estaba dispuesto a creer que los insectos hablaban.

—Como un viejo amigo solía decir, a la madre naturaleza le encantan las paradojas —continuó Mather—, y tenía toda la razón del mundo. Nuestra dama es un vivo testimonio. —Mather volvió a acercarse al hueco y colocó las manos sobre el cristal para ocultar el insecto—. Desde un punto de vista científico, no debería existir... No tiene razón de ser y, sin embargo, mírela, en toda su gloria y esplendor. Le he puesto nombre, uno que usted ya conoce. Al principio me pareció un poco raro ya que a duras penas se la puede considerar un animal de compañía, pero en cierto modo me sentí en la obligación de hacerlo. Primero pensé en llamarla Isis, pero poco después la dama apareció en un sueño muy real que tuve. Soñé que me hablaba y que me pedía que la llamara Nhan Diep.

—¿Como la del libro que me dejó?

—Sí, así es. No le niego que, de buenas a primeras, el sueño me afectó bastante —añadió, sonriendo—, pero luego comprendí que solo se trataba de mi mente que me estaba jugando una mala pasada. Sin embargo, el nombre me gusta y es muy

apropiado.

—¿Y eso por qué?

—¿No leyó la historia?

—Toda no, me temo que anoche estaba demasiado cansado.

—Qué lástima, es un cuento precioso.

—Hace un momento ha mencionado algo sobre las leyendas...

—Sí, veamos, durante mucho tiempo —empezó, volviéndose hacia mí de modo que pude ver el monstruo rojo— la Ganges Roja ocupó una posición en el mundo natural comparable a la del yeti o el monstruo del lago Ness. —Ahogó una risita—. Hasta los numerosos testimonios del Zaire, solo existían vagas historias de personas que aseguraban haberla visto. Sin embargo, ninguna aportaba ni una prueba digna de consideración.

—Hay una cosa que querría preguntarle...

—¿Ajá?

—Sí, le estoy dando vueltas desde que mencionó el Zaire.

—Ah, sí, ahora es la República Democrática del Congo, pero algunos todavía se refieren a ella como el Zaire.

—Sí, eso ya, eso no es lo que me chocaba, es sobre el río Ganges...

—¿Sí?

—Bueno, está en la India, ¿no?

—Correcto.

Mi anfitrión se había relajado de modo considerable desde esa mañana, cuando lo había encontrado chapoteando en el agua. Tal vez el cambio estaba motivado por el tema de conversación.

—Entonces, ¿por qué se la llama Ganges Roja?

—Bien, la primera vez que se la vio —respondió Mather, volviéndose hacia el tanque—, aunque no hay pruebas de a ello, fue cerca de la ciudad de Varanasi, en la orilla occidental del Ganges, hace unos mil ochocientos años. No obstante, hay indicios de que ya existía mucho antes.

—Es decir, que *la especie* ya existía antes en aquel lugar, ¿no? —insistí, preguntándome a quién pretendía tomar el pelo.

—En fin, preferiría no entrar en demasiados detalles. Después de todo, estamos hablando de un mito. Las leyendas desde los albores de la humanidad y siempre se han exagerado para causar mayor efecto. Tanto si fue esta misma dama de aquí la que vieron hace mil ochocientos años atrás como si no, no por ello deja de ser un magnífico espécimen.

No insistí.

—¿Conoce más historias acerca del tema?

—Ha habido muchas presuntas apariciones por todo el mundo, casi todas durante

el último milenio. Estas últimas ocasiones en que ha sido vista son las más importantes. A finales del siglo XIX la vieron en varias localidades a lo largo del Ganges, pero luego parece que permaneció oculta hasta 1931, cuando un misionero destinado en Kabalo, en el centro del Zaire, encontró el cuerpo de un niño pequeño arrastrado hasta la orilla por las aguas del río Lukuga con espantosas heridas por todo el cuerpo. El misionero aseguró que también había sido atacado, pero que, por suerte, un enorme monstruo rojo lo dejó escapar ileso. Por lo visto, el hombre era una especie de especialista en insectos y, a pesar del tamaño de la criatura, mantenía que solo podía tratarse de un mosquito. Se la siguió viendo, pero sin gran regularidad hasta hace poco.

—De acuerdo, pero ¿no podría haber más Ganges Roja ahí fuera? —pregunté.

—Los fenómenos de la naturaleza nunca son únicos, eso es cierto. Este tipo de accidentes pueden repetirse; no obstante, el instinto me dice que, por sorprendente que pueda parecer, es la única de su especie. En cuanto a su longevidad, en fin... ¿Quién sabe?

Mather parecía sincero, lo que me preocupó un poco. Como médico y hombre de ciencia, ¿cómo podía tomar ni siquiera en consideración la idea de que esa criatura pudiera vivir durante siglos? No tenía sentido. Decidí que no incluiría las afirmaciones descabelladas de Mather en el artículo, pues no harían otra cosa que comprometer la integridad de la historia. Mencionaría que es el único ejemplar vivo de su especie, pero no diría nada acerca de su supuesta longevidad. Después de todo, bastaría con una fotografía de esa cosa para llamar la atención de los lectores de la revista, no hacía falta utilizar mitos y leyendas para embellecer la historia. Tenía ganas de acabar, pero quería sacarle a Mather todo lo posible por si me pedían un artículo en profundidad. Derek era impredecible, de modo que si me pedía que escribiera un segundo artículo que se centrara en la historia del mosquito y en las leyendas que había inspirado, no estaría mal contar con la información de antemano.

—Cuénteme algo más sobre esa leyenda —le pedí.

De súbito, el señor Hopkins, que seguía sentado al otro lado de la ventana, comenzó a bufar sin apartar los ojos del mosquito. Se encogió y se retiró tanto del cristal que estuvo a punto de caerse del alféizar. Cuando aplastó las orejas contra la cabeza y enseñó los dientes, tuve la extraña sensación de que entre el gato y el insecto se estaba librando una lucha de resistencia. Volví la vista hacia el hueco de la pared y vi que la Ganges Roja se separaba del cristal y se suspendía sobre el detritus del fondo del tanque. El gato mantuvo su actitud agresiva. Estaba a punto de decirle algo a Mather, cuando el animal saltó del alféizar y desapareció entre los árboles.

—En fin, esto... ¿La leyenda?

—Sí, claro, ¿por dónde empiezo? —Mather se sentó en el borde de la cama, cruzó las piernas y levantó la vista hacia el techo para concentrarse—. Algunas tribus que

viven a lo largo del río Congo creen que la Ganges Roja posee algo más a parte de una longevidad fuera de lo común. Se rumorea que es inmortal. Una de las tribus asegura que la Ganges Roja es una manifestación física del demonio.

—¿Del demonio? Lo que faltaba.

—Sí, bueno, aunque esta teoría ha suscitado muchas versiones. Algunos de los indios que aseguran haber tenido algún tipo de contacto con ella dicen que en vez de ser el demonio en sí, la Ganges Roja es un instrumento, uno de los medios del que se sirve el príncipe de las tinieblas para extender el dolor por el mundo, por eso también se valió del título de La mano del diablo, nombre por el que se la conocía hasta el año 1962, año en que el doctor John Harper la bautizó con el nombre de Ganges Roja. Harper había pasado un tiempo en la India y en África reuniendo datos para escribir un libro sobre comportamientos anómalos de los mosquitos.

Por fin tuve la sensación de que la historia no había perdido el contacto con la realidad.

—¿Tiene algún ejemplar de ese libro?

—No, lo siento —contestó, con considerable pesar—. He intentado hacerme con uno en varias ocasiones, debo de haberme puesto en contacto con todas las librerías especializadas que existen y, o bien no lo tienen, o bien no han oído hablar de él. He sentido la tentación de buscarlo en persona, pero... no puedo abandonar la isla durante mucho tiempo, la dama requiere una atención constante.

—Lástima.

—Sí, lo es.

—Ya me ocuparé de buscarlo por internet cuando vuelva. Conozco varias compañías de libros agotados en las que puedo probar.

—Muy amable de su parte —me lo agradeció Mather, con una leve inclinación de cabeza—. Sí, sería estupendo tenerlo en mi colección. En el libro aparece una extensa lista de los nombres con que se ha ido bautizando a la Ganges Roja a lo largo del tiempo.

—¿No me diga? ¿Sabe alguno?

—Unos cuantos: la Garra de Satán, la Muerte Escarlata, la Espada del Infierno o la Ira del Infierno son algunos, algo, se pierde con la traducción, pero puede hacerse una idea.

—¿Qué me dice de la Mujer Escarlata? —propuse, sonriendo de oreja a oreja—. ¿O la Muerte Roja?

No puede decirse que la mirada que me devolvió mi anfitrión fuera risueña.

—No, me temo que no.

Mather se quedó absorto en sus pensamientos unos momentos. He de admitir que cada vez me interesaba más la historia sobre la Ganges Roja. Mather no se había limitado a contarme la verdad en su carta, sino que además me estaba proporcionando

un trasfondo lleno de intriga, aunque fuera inverosímil. Mather continuaba en silencio, de modo que estaba a punto de apretar el botón de «pausa» del dictáfono, cuando carraspeó.

—Una de las historias habla del encuentro de unos colonos blancos con la dama en algún lugar cerca del río Orange, en Sudáfrica. Durante meses les rondaron dolores de cabeza, fiebres y sueños extraños, aunque no habían tenido contacto físico con ella.

—¿Dolores de cabeza? —pregunté.

—Sí, dolores repentinos y agudos detrás de los ojos. Muy extraños.

Pensé de inmediato en la sensación aguijoneante que había experimentado hacía unos instantes, pero enseguida me burlé de lo tonto que era. La historia de Mather me había atrapado y me había dejado asustar.

—¿No podría haberse tratado de histeria colectiva? ¿De una gran coincidencia?

—Posiblemente. ¿Quién sabe? Todo el grupo estaba convencido de que podía penetrar en sus mentes y proyectar imágenes en sus cabezas. Dijeron que les atemorizó, que se volvieron paranoicos, que incluso los aterrorizó.

—¿Cómo puede un insecto hacer todo eso? Y aunque fuera capaz, ¿por qué iba a hacerlo?

—Tal vez para divertirse, ¿quién sabe? Quizá estaba poniendo a prueba sus poderes. Si un insecto es capaz de manipular la mente humana, piense en lo que podría hacer.

—Un mosquito con inteligencia —dije, sonriendo—. Eso sí que da que pensar.

—Si, imagine un insecto que pudiera pensar como un humano.

—Prefiero no hacerlo —bromeé.

—Ya. —Mather ahogó una risita—. Pero cierto que da que pensar. ¿Quiénes somos nosotros para decir lo que es posible y lo que no lo es? El tiempo suele dar la vuelta a muchas asunciones.

—Cierto. Dejemos las leyendas a un lado por el momento... ¿Cómo se alimenta?

—Ajá. —Fruunció el ceño y volvió la vista hacia el tanque. Seguí su mirada y comprobé que la Ganges Roja había vuelto a ocultarse—. La Muerte Escarlata es una etiqueta idónea en lo que a su alimentación se refiere. Se atribuye el hallazgo de un gran número de cadáveres cerca del Ganges, y en numerosos lugares de África, a la obra de la amiga que aquí tenemos. —Mather cerró los ojos, quizá para ver con mayor claridad las imágenes que su mente proyectaba—. Todas las pruebas que existen sugieren que la Ganges Roja es uno de los asesinos más eficientes de la naturaleza.

Hizo una nueva pausa. No era la primera vez que ese día me sentía incómodo intentando separar el mito de la realidad, pero estaba resultando más difícil de lo que creía porque Mather insistía en mezclarlos. ¿Estaba tratando de decirme algo?

¿Estaba dando a entender que la realidad incorporaba elementos de la leyenda? Volví a mirar el tanque con algo más de respeto hacia su ocupante.

—Se alimenta del mismo modo que lo haría cualquier mosquito hembra, salvo que, a causa de su tamaño y de su fuerza, es capaz de beber sangre a mayor velocidad y con mayor eficiencia.

—Debe de ser muy desagradable para la persona de la que se alimente, ¿no? No creo que pueda pasar desapercibida.

—No, desde luego que no. —Mather ahogó una risita—. De hecho, le sería imposible pasar desapercibida. Como comprenderá, el proceso de alimentación causa dolor en comparación con la irritación leve que se siente cuando a uno le pica un mosquito normal y corriente. Sus parientes más pequeños inyectan un anestésico natural que evita que uno perciba su presencia, pero la Ganges Roja no. Su saliva, a diferencia de la de otros mosquitos, es muy corrosiva, y los efectos en la carne humana son catastróficos a la vez que dolorosos.

—¡Jesús! —exclamé, angustiado por la idea.

—Sí, la saliva es muy potente. Empieza comiéndose de inmediato el tejido que rodea la picadura, lo que permite que la sangre fluya con mayor libertad y, por tanto, acelera el proceso de alimentación. El dolor es tan intenso que provoca la parálisis del cuerpo de la víctima en menos de un minuto. Como es de suponer, no hay constancia de que alguien haya sobrevivido a su picadura. Una vez que haya terminado de alimentarse de sangre, estará tan hinchada que se quedará junto a su víctima para descansar hasta que se encuentre en condiciones de alzar el vuelo. El cuerpo de la víctima, dependiendo de la cantidad de saliva que le haya inyectado, habrá quedado irreconocible cuando se le encuentre.

—¿Existe alguna investigación que apoye lo que me está contando o sencillamente forma parte de la leyenda?

—Bueno, me limito a repetir lo que he oído sobre ella.

—De acuerdo... ¿Cuál cree que es su origen? ¿Qué pudo ocurrir para que naciera una criatura de aspecto tan extraordinario?

—¿Quién sabe? Si tomamos la vieja leyenda como cierta, entonces nació de la sed suprema, la sed de sangre, aunque no de cualquier sangre, sino de la sangre del amado, la de Ngoc Tam.

—¿No se pinchó con una espina y dejó caer varias gotas de sangre sobre el cuerpo de su mujer?

—Exactamente.

—¿Qué ocurrió luego?

—Bueno, Tien Thai, el genio, sabía que todo serían desgracias para Ngoc Tam si se empeñaba en devolver la vida a su mujer... y tenía razón. —Mather cruzó y descruzó las piernas. Interpreté su nerviosismo como una señal de su evidente

entusiasmo por el tema que tratábamos—. Poco después de que la pareja abandonara la isla del genio, llegaron a un pueblo en el que se detuvieron para aprovisionarse. Ahora bien —advirtió Mather, estirando un dedo—, mientras Tam estaba ocupado en los bulliciosos mercados de la orilla comprando provisiones, Nhan Diep se interesaba por el enorme barco mercante atracado cerca de allí y por el capitán de extravagante indumentaria. Cuando Tam regresó a la modesta balsa, Diep y el barco mercante tan solo eran unas formas desdibujadas en el horizonte.

—Vaya, pasa todos los días —comenté, sonriendo.

—Sí, pero ahí no acaba la historia —replicó Mather—. Al final, y tras una gran agonía, Tam alcanzó el barco y, a pesar de las protestas de la tripulación, subió a bordo y exigió ver a su esposa.

De súbito, el mosquito comenzó a emitir un sonoro y agudo zumbido y a revolotear por el tanque como si estuviera nervioso. Mather se dio una palmada en las rodillas y se puso en pie.

—Bueno, señor Reeves, me temo que debe de haberse cansado de nuestra atención. —Se acercó al tanque—. Será mejor que la dejemos un rato tranquila.

Me desconcertaba su interés en contarme el resto de la historia de Nhan Diep y, al mismo tiempo, me picaba la curiosidad saber por qué era tan relevante. Sin embargo, todavía quedaban preguntas más importantes por formular.

—En cuanto a que se alimenta de personas... —apunté—, es solo una suposición, ¿verdad? Es decir, usted no se lo ha visto hacer nunca, ¿no?

—Pues claro que no —contestó, sin darse la vuelta—. Si lo hubiera hecho, seguramente no estaría vivo para contarlo.

Guardó silencio durante una eternidad, hasta que chascó la lengua y volvió a correr el panel para ocultar el hueco. El panel hizo un «clic» al encajar en su sitio.

—Duerme la mayor parte del día. Verá, aunque la alimento con regularidad, no ingiere ni de lejos la cantidad de comida que a ella le gustaría. En la selva se daba un festín de sangre al día como mínimo a costa de un gran mamífero, pero aquí del único sitio de donde saca sangre es de los pájaros y parece que con eso tiene bastante. Le doy uno cada pocos días.

—También come hojas y cosas así, ¿no? ¿No ha dicho antes que las hembras solo se alimentan de sangre cuando necesitan reproducirse?

Mather no respondió enseguida. Miró por la ventana como si acabara de ver los nubarrones que empezaban a congregarse en el exterior.

—Por las proteínas, sí.

No parecía demasiado concentrado en la cuestión. Eso o estaba decidiendo si contestar o no.

—Así que no hay necesidad de alimentarla con sangre, ¿no? Es decir, si de verdad es la única de su especie y es el único mosquito de ese tamaño, no es muy probable

que tenga huevos que fertilizar.

—Correcto —convino Mather, volviéndose hacia mí y asintiendo con un gesto de cabeza—. No hay necesidad, pero se pone muy nerviosa si no ingiere sangre de vez en cuando. Es como si le hubiera cogido el gusto...

—Vaya, pues alimentarla debe de ser peligroso. Yo no me atrevería a abrir el tanque.

—No, bueno, digamos que la dama y yo... hemos llegado a un acuerdo.

Algo en el tono de su voz me dijo que no estaba demasiado dispuesto a entrar en más detalles.

—¿Cómo lo hace?

Estudí a Mather mientras miraba por la ventana, meditando la respuesta y tamborileando los dedos sobre una pierna.

—Bueno, digamos que utilizo cierta persuasión y me armo de mucha paciencia.

Ahogó una risita. Aunque la respuesta había sido casi tan evasiva como la anterior, decidí no insistir en el tema; era evidente que Mather no quería inventarse nada.

—En fin, creo que deberíamos dejar que se relajara un poco, ¿qué le parece?

—Sí, por supuesto. Ya tengo bastante material y haré un poco de investigación en la oficina para completar la historia. Esto, iría muy bien si pudiera sacarle unas fotos antes de irme.

—No —repuso Mather, con cierta brusquedad—. Lo siento, discúlpeme, me temo que no puedo permitir que la fotografíe. Verá, un artículo es una cosa. Sus lectores pueden elegir entre creerlo o no, pero las fotografías podrían acarrear serias consecuencias. Lo último que deseo es que un perturbado encuentre la isla y trate de hacerse con ella.

—Entiendo —contesté, esperando que no notara demasiado mi desilusión.

Había estado pensando en las fotos durante toda la entrevista. Eran cruciales, la historia se resentiría sin ellas. No deseaba contrariar a Mather, pero tampoco quería volver a la oficina solo con palabras.

—¿Está seguro de que ni siquiera puedo sacarle un par de fotos? No me gustaría tener que descartar esta historia, pero dudo que mi editor autorice su publicación si no va acompañada de una prueba gráfica. Además, podría omitir la ubicación de la isla.

—Lo cierto es que tenía la esperanza de que lo hiciera de todas maneras, señor Reeves —contestó, fulminándome con la mirada.

—De acuerdo, bien, no hay ningún problema.

—Señor Reeves, si al final no puede publicar el artículo porque no le acompañan fotografías, lo entenderé —aseguró, mirando al suelo—, pero le ruego que usted también entienda que no voy a cambiar de opinión al respecto.

—Lo entiendo, se lo aseguro.

—Perfecto —dijo, animándose—. Entonces vayamos al salón y hablemos sobre el artículo.

Me condujo fuera de la habitación. Eché un último vistazo a la pared de paneles, lamentándome por la oportunidad que había perdido de obtener una imagen de una criatura tan fuera de lo común.

Eran algo más de las ocho y media y Mather estaba preparando más té. Le pregunté si podría ser café, pero pareció molestarle, así que cambié de opinión. Qué lástima, porque no me habría venido nada mal un reconstituyente como la cafeína, todavía sufría las consecuencias de haber estado sumergido en aguas heladas.

Mather miraba los leños de la chimenea como si contemplara un incendio. Fuera, unas nubes opresivas estrechaban su cerco alrededor del sol. Tomé unos tragos de té imaginándome que era café. Mather me miraba, con los ojos muy abiertos, como si esperara que yo dijera algo para romper el silencio.

—El artículo... —empecé, sin intención de terminar la frase.

—Ah, sí. Como le iba diciendo, preferiría que no revelara ningún detalle que me comprometiera.

—¿Como cuál?

—Pues como el nombre de la isla, el del lago o el del pueblo. También me gustaría permanecer en el anonimato.

El té me hizo un extraño borboteo en el estómago.

—¿En el anonimato?

—Eso es.

Sonrió, aunque algo forzadamente.

—Bien, como ya le he dicho antes, no hay ningún problema que ciertas cosas sigan siendo confidenciales. Le agradezco mucho la información que me ha proporcionado y estoy seguro de que será una gran historia, aunque no estaría de más ofrecer los nombres reales.

—Claro, créame que le entiendo, señor Reeves, y me hago cargo, pero se trata de un caso muy delicado, como no me cabe duda de que ya se ha dado cuenta, y he de tomar las debidas precauciones, si no, no cumpliría mi cometido como guardián de la dama. —Se puso en pie con la taza en la mano y miró por la ventana. Los rayos del sol que se abrían paso entre las nubes le acariciaron el rostro—. Eso está mucho mejor, ¿no cree?

Mather apuró la taza y la dejó en la bandeja. Me tranquilizó verlo animado de nuevo. Por unos momentos se había mostrado algo avinagrado. El extraño hombrecillo que vivía solo en la isla con un mosquito gigantesco por única compañía me había despertado la curiosidad, así que decidí escarbar un poco para conocer algo más sobre su vida.

—Dijo que estudió en el hospital Charing Cross.

—Sí, correcto —afirmó, tomando asiento.

—Debió de ser una experiencia interesante.

Tal vez sería más complaciente si yo demostraba algo de interés en su vida. Estaba decidido a fotografiar la Ganges Roja, aunque tuviera que colarme en el dormitorio para conseguirlo. Estoy seguro de que otros habrían dejado correr el asunto, pero sabía que, si quería llegar a ser alguien en el periodismo, tenía que asumir riesgos. Quizá se me presentara la oportunidad si me quedaba lo suficiente en la isla.

—En realidad acabé viniéndome a vivir aquí por algo que ocurrió estando allí —confesó Mather. Se rascó la barbilla y se quedó con la mirada perdida—. A pesar de todos mis esfuerzos por olvidar la experiencia, al final me vi obligado a abandonar Londres y a buscar la tranquila soledad del lago de la Languidez.

Mather miró la bandeja y luego mi taza, dando a entender que quería recogerlas. Mi té todavía estaba caliente y, aunque tampoco es que me reconfortara demasiado, no tenía prisa alguna en acabármelo. Mather volvió a tomar asiento en el sillón y alzó la vista al recordar la enigmática historia.

ABOMINACIÓN

Saqué el dictáfono del bolsillo y lo dejé en el brazo del sillón después de apretar el botón de grabación. No le pedí permiso a Mather porque no deseaba interrumpirlo y arriesgarme a perder lo que parecía una historia prometedora. A veces mi trabajo requiere cierta relajación de las formas.

—Debido a mi juventud, carecía de la experiencia que ahora atesoro —empezó a decir Mather—. Permití que otros me dirigieran y por eso mismo acabé haciendo cosas que no quería hacer. Maidon era un hombre que me inspiraba una profunda admiración. Nos conocimos el primer día que entré en la facultad de Medicina, en una clase abarrotada. Tartamudeé durante la presentación, como a veces me ocurría cuando me ponía nervioso, y nos estrechamos la mano.

»“Maidon, Alexander Maidon”, dijo que se llamaba. Desprendía tal aire de seguridad en sí mismo que te sentías cómodo en su presencia. Contestó a todas las preguntas que el profesor formuló a los alumnos ese día, incluso discutió con el hombre en una de las ocasiones, para gran regocijo de la clase. Después de eso, decidí convertirme en su sombra pues se trataba claramente de alguien de quien podría aprender. Sin embargo pronto descubriría que también tenía sus defectos. Era propenso a sufrir súbitos, recurrentes e inexplicables arrebatos de ira y jamás aceptaba su parte de culpa, por muchas pruebas que demostraran lo contrario. Nunca tenía la culpa de nada. Siempre encontraba alguna excusa, por débil que fuera, para que la culpa recayera en otro. De hecho, si fuera él quien le contara esta historia, me echaría las culpas a mí. Cuando acertaba, se llevaba todo el mérito sin tener en cuenta a las personas que le hubieran ayudado, pero cuando las cosas salían mal, le faltaba tiempo para encontrar a otra persona a la que culpar, sobre todo a mí.

Mather se detuvo unos instantes, tal vez para darle mayor efecto o quizá porque los recuerdos no debían de ser agradables.

—Se le ocurrió la idea mientras tomábamos una copa en nuestro bar preferido, cerca del hospital. Lo de Maidon con la anatomía era una obsesión, incluso para un estudiante de cirugía. Creía que aún quedaban secretos que descubrir mediante nuevas y poco ortodoxas formas de estudio anatómico. Gran parte de sus teorías procedían de sueños que había tenido, un hecho preocupante por sí solo, pero aún más cuando en algunas ocasiones conseguía llevar a cabo los estrambóticos experimentos que le sugería el subconsciente.

»Consideraba que pasarse todo el tiempo libre entre los cadáveres de la morgue, diseccionando, examinando y buscando Dios sabe qué, era lo más normal del mundo. Los otros estudiantes, y varios doctores, lo evitaban, lo consideraban un tipo

morboso. Era alto, delgado y llevaba el pelo largo y negro tan sucio que se le pegaba a la frente en mechones grasientos y muy poco favorecedores. Me sacaba bastante altura y sus zancadas a menudo me dejaban atrás, por lo que tenía que esforzarme para seguir su paso. No sé qué hacía cuando se compraba ropa, pero siempre elegía mal las tallas. Llevaba camisas demasiado pequeñas y pantalones demasiado cortos. No parecía que la moda le interesara demasiado; igual que otras muchas cosas, la consideraba una distracción de su trabajo. A veces se pasaba noches enteras haciendo cosas que los demás estudiantes intentábamos evitar a no ser que constituyeran una parte obligatoria de nuestros estudios. Corrían muchas historias sobre pobres enfermeras confiadas que tropezaban con la sucia y extenuada figura de Maidon encorvado sobre un cadáver en la morgue haciéndole cosas espantosas. Por lo que sé, nunca hizo nada ilegal o indecente, pero su entusiasmo era, digámoslo así, excesivo.

»Sin embargo, el oscuro y totalmente lamentable incidente que nos llevó a Maidon y a mí a seguir caminos diferentes estuvo relacionado con un sueño particularmente espantoso que tuvo sobre lo que describió como una “extracción de órganos injustificada”. Jadeando a causa del nerviosismo, me dijo que el órgano que debía extraerse no era importante, que lo que le interesaba eran las consecuencias de la extracción. Tenía que tratarse de un órgano con una función importante, de este modo los resultados de la extracción serían claros y se manifestarían de inmediato.

»Quedé horrorizado al oír la idea de Maidon, y aún lo sigo estando hoy día. Tuve que pedirle que repitiera lo que me había dicho para estar seguro de no haberlo entendido mal. Volvió a contármelo, esta vez más calmado y con todo tipo de detalles. Durante un rato no supe qué decir, mudo de asombro como estaba, hasta que Maidon exigió saber qué me preocupaba. Que tuviera que preguntármelo me hizo soltar una carcajada.

»¿Cómo era posible que no viera que lo que se proponía iba más allá de lo inmoral y que rozaba lo inhumano? Intenté hacerle cambiar de opinión, sin éxito. Esa noche casi atisbé en su mirada una locura creciente alimentada por una curiosidad insaciable. Tuve la sensación de que se guardaba algo. Tal vez ocultaba algo más monstruoso de lo que ya había revelado porque sabía lo que yo haría o diría si lo descubría.

»No dejé de poner objeciones al plan de Maidon. En vano intenté asegurarle que, aparte del tema moral, ese tipo de procedimiento estaba lleno de complicaciones. Yo tenía cierta responsabilidad como estudiante de Medicina, la de proteger la vida siempre que me fuera posible, la de no infligir un daño o una tortura innecesaria. No podía permitirme tomar parte en unos planes tan descabellados. Maidon suspiró cuando supo que mi respuesta era “no” y que no debía perder el tiempo tratando de convencerme. Tuve la impresión de que lo recibió con más tristeza que enojo, y se resignó a emprender el trabajo en solitario.

»Al día siguiente no podía pensar en otra cosa que no fuera el plan de Maidon. Sin supervisión de ningún tipo, sería libre de hacer lo que le apeteciera, y eso me preocupaba. Me convencí de que tendría que fingir que aceptaba ayudarlo, solo para que las cosas no se salieran de madre, para evitar que fueran más lejos. Esa noche me acerqué a Maidon en el bar y fingí que estaba de acuerdo con él. Fue como si se sacara un gran peso de encima y se dirigió a la barra a pedir las bebidas. Lo que estaba haciendo era peligroso y rogué a los cielos no haberme equivocado. Maidon derramó la cerveza con las prisas de vuelta a la mesa. Llevaba empapados los puños de la camisa gris cuando se sentó.

»—Perfecto —dijo, con la mirada encendida—, son muy buenas noticias. Me aterrorizaba la idea de hacerlo solo. No sabes lo mucho que esto significa para mí.

»—Bueno —contesté, fingiendo una sonrisa—. Sabía que lo harías de todos modos y creo que las cosas irán mucho mejor si estoy allí para echarte una mano.

»—Ya lo creo que sí —aseguró Maidon, entusiasmado—. ¡Ya lo creo que sí!

»—Dime, ¿dónde vas a encontrar a alguien que se deje practicar una operación así?

»—Eso déjaselo a mi amigo. Te sorprendería saber cuántos sujetos dispuestos a hacerlo corren por ahí fuera, tipos que se dejarían hacer cualquier cosa por menos que nada.

»—¿Como quién?

»—¿Quién? ¿Te has paseado por los barrios bajos últimamente? ¿Has echado un vistazo a las puertas de las tiendas?

«—¿Indigentes?

»—Sí, “indigentes”. Amigo mío, algunos están pidiendo a gritos que los elijan para estos experimentos. Los drogadictos están desesperados. Están en un nivel distinto al nuestro, en un nivel inferior. Sus necesidades son más simples y sus exigencias más baratas.

»—Pero ¿irás con cuidado? Es decir, los tratarás con respeto ¿no? El respeto...

»—... ¿que exigiría cualquier ser humano? Por supuesto, después de todo, soy humano.

»—Debes comprender que ha de hacerse en el más estricto de los secretos —le advertí, adoptando un tono serio—. Lo que vamos a hacer contraviene la práctica médica legal, y debes asegurarte de que no infligimos ningún daño a largo plazo a los pacientes.

»—Sí, sí —me aseguró Maidon—, aunque hoy día ¿qué no lo hace? A veces el único camino del progreso reside en saltarse las normas, pero no te preocupes, me aseguraré de que nadie lo descubra.

»—¿Cómo?

»—Bueno, soy un hombre de recursos. Siempre me ando con cuidado para

mantener a los curiosos alejados de mis asuntos.

»—Maidon...

»—Relájate, ¿quieres? Confía en mí. Estamos a punto de embarcarnos en una aventura que nos llevará a hacer grandes descubrimientos, al progreso. Lo hago en nombre de la Medicina, en beneficio de mis congéneres.

»—¿De verdad?

»—¡Mather, por amor de Dios! —Maidon guardó silencio un instante para reflexionar sobre algo antes de decir—: No soy un monstruo.

»—Lo sé, pero...

»—Créeme, si estuviera yendo demasiado lejos, lo sabría.

»—Le dio varios tragos a su cerveza. Creo que ya estaba un poco más relajado, aunque por muy seguro que pareciera Maidon, seguía sin convencerme del todo. Su comportamiento pasado indicaba que desconocía el significado de ir “demasiado lejos” o que por fuerza le importara.

»Ese día acabamos bastante borrachos. Fui animándome a medida que pasaba la noche, pero empecé a dudar de mi capacidad para detener el diabólico proyecto de Maidon. Ojalá las cosas hubieran sido mucho más fáciles.

»Poco antes de que cerraran, abandonamos el bar y fuimos dando un paseo hasta la parada del autobús, donde Maidon se subió al que le llevaba a casa. Yo vivía en las habitaciones de estudiantes que había junto al hospital, un hospedaje que prefería con mucho. Siempre me había sentido bien viviendo entre más gente. Me confortaba oír sus voces a través de las paredes de la habitación. Como puede ver, mis gustos han cambiado drásticamente desde entonces. Por el contrario, a Maidon le chiflaba la soledad. La enorme casa que había alquilado debía de costarle un riñón, pero había perdido a sus padres siendo él muy pequeño y lo había criado una tía rica, la cual, supongo, le daba algún tipo de asignación. No solía mencionarla muy a menudo, pero en las raras ocasiones que aparecía en la conversación, me daba la impresión de que la mujer era bastante estricta, posiblemente cruel, y de que Maidon agradecía el estar lejos de ella. Casi nunca invitaba a nadie a casa, ni siquiera a mí. Creo que era un refugio importante para él.

»Al día siguiente me quedé muy sorprendido cuando Maidon me anunció que estaba preparado para llevar a cabo el experimento. Tenía unas profundas ojeras, o sea que le había costado conciliar el sueño. Eso o había estado toda la noche preparándose para el experimento. En cualquier caso, me invadió un gran desasosiego. Le mentí y le dije que ya había quedado ese día para ir a otro sitio; sin embargo, mi historia se hizo migajas ante un interrogatorio sin precedentes. Maidon fue refutando todas las excusas que le puse hasta que al final cedí. Parecía tan decidido que nada podía interponerse en su camino.

»La noche no se hizo esperar. Me sentí tentado de ir al bar a echar un trago para

reunir el coraje necesario, pero habría sido catastrófico. No dejaba de darle vueltas a algunas cuestiones incómodas. ¿A quién elegiría como sujeto del experimento? ¿Cómo se aseguraría de que sobreviviera? ¿Qué pasaba si ocurría lo peor, si el sujeto moría? ¿Sería culpable de asesinato? De una cosa estaba seguro, si quería mantener a Maidon bajo control, tendría que permanecer sobrio, así que decidí no ir al bar. Según lo acordado, llegué a su casa a las once de la noche. Era septiembre, de modo que hacía ya horas que había oscurecido cuando llamé a su puerta. En el interior de la casa no se oía nada. Me pasé las manos por el pelo con nerviosismo.

»“Tal vez ha empezado sin mí”, me dije en voz alta. Retrocedí unos pasos y levanté la vista hacia las ventanas del primer piso, pero no había luces encendidas en la casa. Estaba desconcertado. Sabiendo lo meticulado y frío que era Maidon, tenía que haber pasado algo grave para que no estuviera en casa tal como habíamos acordado. Esperé unos minutos más, preguntándome si no se me habría estropeado el reloj, pero en ese momento Maidon apareció en la verja, a mis espaldas. Avanzó por el camino de entrada con una bolsa de papel marrón con algo dentro en una mano y rebuscando las llaves en el bolsillo con la otra.

»—Siento haberte hecho esperar, tuve que salir un momento —se disculpó, esbozando una sonrisa y metiendo la llave en la cerradura—. Todo está preparado. Estoy deseando empezar.

»Abrió la puerta y le seguí adentro.

»El interior de la casa revelaba que Maidon no era un forro de la decoración. Las paredes del salón estaban cubiertas de un viejo papel beige que se había desprendido totalmente en algunos puntos. Había un pequeño sofá y un sillón que habían visto tiempos mejores. La chimenea estaba sellada y pintada. No había ni radio ni televisor, ni siquiera una lámpara o un elemento decorativo. Estaba claro que no pasaba mucho tiempo en aquella habitación. Me senté con cuidado en el mullido sillón, no fuera a ser que se rompiera. Maidon insistió en prepararme una taza de café y fue a la cocina a poner una cafetera.

»Miré las paredes de papel desprendido. Notaba una sensación rara en el estómago. Tenía la boca seca y me sudaban las manos. Quería ponerme cuanto antes con el asunto, cuanto más esperara, más posibilidades había de que mi imaginación echara a volar. Poco después, Maidon me trajo una enorme taza de café y volvió a salir, murmurando algo para sí mismo. Me escaldé la lengua al primer sorbo y solté un taco. Una vez el líquido se hubo enfriado, tomé un segundo sorbo, pero cuando el café llegó al estómago, sentí ganas de vomitar. Maidon regresó justo en ese momento, lo que me permitió desviar la atención del creciente malestar que sentía.

»Apareció en la puerta con una bata de cirujano y otra en la mano para mí.

»—Aquí tienes —dijo, pasándome la bata blanca—. Acábate el café y nos ponemos manos a la obra.

»No me apetecía acabarme el café, pero bajo su atenta mirada me sentí obligado a hacerlo. El líquido chapoteó en mis intestinos, sin intención de asentarse, como si fuera un invitado poco grato. Dejé la taza en la alfombra y me puse la bata. A continuación, Maidon me condujo por un pasillo y subimos la escalera hasta el primer piso. Llegados al descansillo, abrió la puerta de un dormitorio enorme y me invitó a entrar.

»Lo primero en lo que reparé al pasar a la habitación fue en la cantidad de luz, estaba totalmente iluminada. Había corrido las cortinas y, además de la lámpara del techo, había dispuesto tres lámparas por la habitación. Debía de haberles colocado las bombillas más potentes que había encontrado pues en la habitación casi no se proyectaba ni una sombra. En cuanto me acostumbre ala claridad, vi al hombre inconsciente que había tumbado en la mesa.

»Se trataba de un vagabundo, de eso no cabía duda. Sus ropas eran viejas, estaban rotas y manchadas. Iba sin afeitarse, tenía la nuca negra de mugre y el pelo enmarañado y apelmazado. Miré a Maidon, quien se limitó a sonreír y a darme unas palmaditas en la espalda.

»—¡Bien! —Se acercó a una mesita en la que había dispuesto instrumental quirúrgico diverso—. ¿Empezamos?

»—¿Está dormido?

»—No, pero está muy ebrio. Confía en mí, ni se inmutará. Acabo de comprar otra botella de whisky por si necesita más sedación. Usaría un anestésico, pero no pude sacarlo del hospital. Lo tienen tan bien guardado que cualquiera diría que se trata de lingotes de oro. En fin, se ha de saber improvisar.

»Miré la bolsa de papel marrón que había en el suelo y la botella de whisky que había ocultado. Le había quitado el tapón para tenerla preparada.

»—Bueno, ayúdame a darle la vuelta.

»—Un momento —dije, sintiéndome cada vez peor—. ¿Estás seguro de que sabes lo que haces?

»—Totalmente seguro. Por el amor de Dios, hombre, ten un poco de fe.

»—Sigo pensando que es una mala idea —insistí.

»Maidon me miró como si yo estuviera loco.

»—Amigo mío, ¿se puede saber cuál es el problema? No hay nada que temer.

»—¡No tengo miedo! —Era mentira. Se me había metido un frío en el cuerpo que no era normal.

»—No pasa nada. —Descansó una mano en mi hombro—. Te lo prometo, todo saldrá bien.

»—Está bien. Entonces... —Intenté parecer más calmado de lo que en realidad me sentía—. ¿Vas a extraerle el hígado, a tomar nota de los efectos que tiene sobre su cuerpo y se lo vas a reimplantar?

»—Sí, eso es. —Detecté cierta vacilación en la respuesta de Maidon, algo no iba bien—. Como te dije el otro día, se trata de una extracción de órganos injustificada. El hígado es un órgano vital, de modo que si lo extraes, los efectos tienen que ser obvios. Anotaré los resultados y luego los analizaré. Sujétale la pierna, por favor.

»—¿Y cómo se va a beneficiar la ciencia de esto exactamente?

»Suspiró.

»—Bien, si sabemos cómo reacciona el cuerpo ante la ausencia de un órgano vital..., podremos encontrar el modo de compensar dicha ausencia. Por ejemplo, la ausencia del hígado dará paso a un rápido envenenamiento de la sangre. Si somos capaces de registrarlo del modo más preciso, entonces podremos hallar métodos alternativos para purificar la sangre o incluso medidas preventivas...

»—Pero eso es medicina elemental —lo interrumpí—. Cualquiera con nociones de anatomía podría llegar a esa conclusión. He visto gente con fallo hepático e ictericia. No es agradable, pero todo el mundo sabe qué ocurre en su interior.

»—Sí... pero esa gente sigue un tratamiento, se intenta que estén lo mejor posible... No se les hace un estudio concienzudo. Yo me propongo dar ese paso importante, me propongo analizar el proceso desde el principio hasta el final como nunca nadie lo ha hecho antes. —Miré al sujeto que había en la mesa—. De todos modos, dudo que el hígado de este tipo hubiera funcionado mucho más tiempo.

»—Sí, pero se lo vas a volver a implantar, ¿verdad? Esté en el estado en que esté.

»—Venga, por favor —respondió Maidon, con calma—, si él mismo se ha destruido con el alcohol. Podría palmarla en cualquier momento... Míralo.

»—Sinceramente, espero que no estés insinuando lo que creo que estás insinuando.

»—¡Mira que eres duro de mollera, hombre!

»El explosivo arrebató de Maidon me sorprendió.

»—Mira, si se hubiera tratado de alguien un poco más sano, entonces tal vez podría reimplantarle el órgano tras un breve período, pero ni siquiera soy capaz de imaginarme la dificultad que supone encontrar un sujeto sano y dispuesto. Escucha, hablé con él largo y tendido y se lo expliqué todo. Ha consentido totalmente a...

»—¿A qué? ¿A morir?

»—Bueno... Sí. No podemos dejar escapar esta oportunidad...

»—¡No! Ni hablar, Maidon. Esto no está bien, nada, nada bien. ¡No puedes cargarte al hombre sin más, joder!

»—¿Qué sentido tiene dejar que siga viviendo? Deja que haga una contribución a la ciencia médica y que dé algún sentido a su patética vida. No entiendo por qué de pronto te empeñas en hacer que esto parezca tan macabro.

»—¡Porque lo es! ¡Es un asesinato!

»—¿De verdad? ¿Es un asesinato si él ha dado su consentimiento? ¿Es un

asesinato si esto nos lleva a hacer un descubrimiento valioso? ¿Un descubrimiento que en algún momento podría salvar vidas?

»—¡Eso no son más que especulaciones! ¡No tienes derecho a jugar con la vida de la gente, a jugar a ser Dios!

»En ese momento Maidon me miró fijamente, como si tratara de decirme algo con sus ojos que no podía expresar y con palabras. Sonrió.

»—Mather, amigo mío... somos dioses.

»Noté que me temblaban los labios, como si fueran a responder algo, pero no lo hicieron. No tenía respuesta para aquello. De hecho, no fui capaz de articular palabra hasta al cabo de un buen rato.

»—Yo creía que extraerías el órgano, anotarías los resultados y se lo reimplantarías.

»Maídon frunció los labios, bajó la vista y, para mi estupefacción, se puso a reír.

»—Pebrecito Mather, que Dios te bendiga. ¿De verdad es posible sacarle el hígado y volvérselo a poner al cabo de varios minutos? Tu ingenuidad es casi simpática. Dime, ¿cómo creías que iba a mantenerlo vivo durante el procedimiento? Ya tuve mucha suerte al hacerme con esto —dijo, señalando el instrumental.

»—¡Hijo de puta! No permitiré que lo hagas —le solté—. ¡No puedo permitirlo!

»—¿Qué quieres decir con eso de “no puedo permitirlo”? —Estaba muy enfadado—. ¿Quién te crees que eres?

»—No voy a dejar que asesines a este hombre. ¿Qué se supone que harás si lo descubre la universidad, o la policía...?

»—Esos déjamelos a mí. Tú estás aquí para ayudarme, pero el responsable soy yo. Venga, ayúdame a darle la vuelta.

»—No, no voy a hacerlo.

»—Ya veo. —Maidon me miró fijamente. Su pie repiqueteaba nervioso contra el suelo—. Si no me ayudas, te prometo que llevaré a cabo el experimento de todos modos y...

»—No, no lo harás.

»—¡Ya lo creo que sí! No puedes vigilarme las veinticuatro horas del día, Mather. Lo haré y si sale mal, te incriminaré. ¿Qué te parece eso? ¿Eh? ¿A quién va a creer la universidad? ¿A mí con mis notas ejemplares o a ti con tu mediocre rendimiento?

»—Te la jugarías.

»—Tal vez, pero soy más listo que tú. Si me propongo incriminarte, lo haré y lo sabes. Si quieres que este asunto acabe bien, solo te queda ayudarme.

»—Seré cómplice de asesinato.

»—¡Deja de decir eso! ¡No es un asesinato! —Maidon me fulminó con la mirada—. Ya te lo he dicho, ha dado su consentimiento. —Soltó un bufido y miró al paciente—. Ahora lo que necesito es un pulso firme y completo silencio para trabajar.

Si no vas a ayudarme, sería mejor que te fueras.

»Con gran esfuerzo, cambió al hombre de posición él solo y a continuación le abrió la camisa de un tirón. Un olor a sudor rancio me golpeó la nariz. Inmóvil e indeciso me quedé mirando mientras Maidon, que parecía disfrutar con la tarea, afeitaba el torso del hombre y preparaba la zona con yodo. Cuando terminó, alargó la mano hacia el escalpelo. Saliendo del estupor en que me había sumido, me acerqué a Maidon y detuve su mano.

»—Suéltame —me espetó con asco—. ¿Qué crees que estás haciendo?

»—Suéltalo, Maidon. Suéltalo o iré derecho a la policía.

»—¿De verdad? Estoy seguro de que les interesará mucho saber qué tienes que ver tú en todo esto. —Vacilé unos instantes, lo suficiente para darle la oportunidad de soltarme la mano y devolver su atención al paciente—. ¡La policía! —se burló con desdén—. No lo harás.

»—Lo digo en serio —lo amenacé.

»—Yo también. Estás metido en esto tanto como yo. No te atreverás a mezclar a la policía en este asunto.

»—Vine aquí para evitar que cometieras un gran error. Creí que te haría entrar en razón. Si hubiera sabido que no tenías intención de reimplantarle el órgano, probablemente ya habría hecho que te arrestaran. Si este hombre muere, te convertirás en un asesino. Por amor de Dios, eres mi amigo... ¿Crees que me gustaría verte entre rejas?

»Pensé que podría ganarme a Maidon. La mano que sostenía el escalpelo empezó a temblar ligeramente. Se inclinó sobre el paciente y estuvo así bastante rato, imponiendo un silencio incómodo que me hizo preguntarme si no habría entrado en algún tipo de trance. A continuación, despacio pero seguro, devolvió el escalpelo a la bandeja de metal y se limpió la frente sudorosa con la manga de la camisa.

»—Muy bien —dijo, frustrado—. Déjame solo un momento, por favor. Haré que se despeje y saldaremos cuentas.

»—Es de locos, pero casi sentí pena por Maidon. Su rostro era el vivo retrato de la derrota cuando salí de la habitación. Quise decir algo, pero no pude. Tenía el aspecto de un hombre al que le han cortado las alas cuando estaba a punto de lograr algo magnífico. Salí sin decir palabra.

»Abajo me preparé una taza de té. Me llevé la infusión al salón y me recliné en el sofá. Tomé un sorbo con cuidado y dejé la taza. El té estaba bueno y me calmó un poco después del acalorado intercambio de palabras que había tenido lugar arriba. Imagine a Maidon en la habitación, mascullando y maldiciéndome mientras reanimaba al paciente. Los párpados se me cerraban como si estuvieran imantados y mi respiración se hizo pausada y regular. Estaba extenuado y me quedé dormido.

»Me desperté poco después, acongojado por un súbito temor. Se oía mucho ruido

en la habitación de arriba y, en medio de los gritos exasperados de Maidon pidiendo calma, oí los chillidos amortiguados de una criatura desesperada que padecía lo indecible. No tardé en imaginar lo que ocurría allí arriba. Me levanté del sofá de un salto, salí de la habitación y subí la escalera de dos en dos. Antes de llegar al dormitorio, oí gritar a Maidon.

»—¡Oh... Oh, Dios mío!

»La sala de operaciones era un caos. El instrumental médico estaba tirado por el suelo, contra el que también se había estrellado la botella de whisky, que además había dejado una mancha oscura y húmeda. Maidon dio un respingo al oírme llegar y se volvió hacia mí. Su rostro estaba teñido de sangre y terror. Al acercarme, vi la forma contrahecha del vagabundo tirado en el suelo, con las piernas retorcidas de un modo poco natural y preso de convulsiones.

»No hay palabras que puedan describir el horror al que tuve que enfrentarme. Tal vez baste decir que jamás habría podido imaginar que el dolor pudiera dejar en tal estado a un ser humano o a un animal.

»—¡Dios santo! —exclamó Maidon, quedándose corto.

»Intenté no mirar las terribles sacudidas del vagabundo, pero me fue imposible.

»—¿No podemos hacer nada? —supliqué.

»—¿El qué? No tiene hígado —contestó Maidon, y añadió a continuación en un tono frío a la vez que carente de emoción—: Se está muriendo.

»Sentí una ira repentina. El que se hacía llamar amigo mío me había mentido. Jamás se había planteado abortar la operación. No había ni rastro de compasión en su corazón. En sus ojos vi un fuego que ardía por algo más que el mero conocimiento, en ellos distinguí una pasión aborrecible.

»No había conseguido detener a Maidon y por eso me sentía en parte responsable de su acción de brutalidad suprema. Maidon demostraba una gran astucia y tenacidad al haber conseguido llevar a cabo su plan atroz.

»Como cabía esperar, el indigente murió. Su muerte, me entristece decirlo, no fue ni rápida ni placentera. Le rogué a Maidon que acabara con su sufrimiento, pero él insistió en dejar al hombre como estaba para poder anotar los resultados del abominable experimento.

»No pude moverme hasta que el hombre expiró. Maidon me rogó que me quedara, insistió en que necesitaba mi ayuda para depurar las conclusiones. Creo que lo que realmente quería era que le echara una mano para deshacerse del cadáver, pero no quise saber nada más de aquel asunto, que cada uno cargara con lo suyo.

»Esa noche empezaron las pesadillas. A partir de ese momento, comencé a ver la cara del pobre desgraciado con una expresión aterrorizada permanente y a oír sus gritos agónicos. Desde entonces, jamás ha abandonado mis pensamientos. A partir de esa noche, Maidon mantuvo las distancias conmigo, como me había figurado. Solo lo

veía en clase y allí se sentaba al final de todo, solo, y trataba de hacer las prácticas en solitario.

»Más o menos al cabo de un mes del incidente, Maidon desapareció. Nadie supo adónde se había ido o por qué, pero meses antes que se marchara empezaron a circular rumores que hablaban de gritos y desapariciones por la zona. Tal vez Maidon había continuado sus experimentos sin mi ayuda. Tiemblo solo de pensar en lo que pueda haber hecho.

»Cuando me hice cirujano, creí que sería capaz de olvidarlo, pero mi carrera estuvo marcada desde el principio. Todas las operaciones que llevaba a cabo me traían de nuevo aquel recuerdo, tan claro como el agua. No sé cómo conseguí continuar con mi trabajo durante dieciséis años antes de que los recuerdos y la culpabilidad me empujaran a la depresión y a la desesperación.

Mather hizo una pausa. Estaba claro que la historia estaba sacando a la luz viejas y poco gratas emociones. Guardé silencio, tratando de digerir lo que me había contado. Creo que huelga decir que no me cuentan historias como estas todos los días. Intenté imaginarme en el lugar de Mather. La idea era espantosa. Tal vez Mather no era consciente de lo espeluznante y aterradora que podía resultar una historia como aquella para un extraño como yo. Una nube a la deriva proyectó una sombra grisácea en su rostro.

—Por fortuna había ahorrado una considerable suma de dinero y pude mudarme aquí —continuó diciendo Mather—. Por fin podría dedicarme a mi verdadera obsesión: la dama.

Miré el dictáfono para ver si me quedaba bastante cinta. Casi había llegado al final de una cara, pero la historia de Mather parecía acercarse a su final. No pude evitar cierta sensación de desasosiego. ¿Por qué Mather me había explicado la historia? ¿Y por qué me había confesado que no había intentado detener antes a Maidon? No me había dado la impresión de que fuera una persona fácil de intimidar. ¿Por qué no había acudido a la policía en cuanto tuvo oportunidad? Seguro que lo habría hecho si hubiera estado realmente horrorizado por lo que su amigo había hecho. Empezó a preocuparme el tipo de persona que pudiera ser Mather.

—Es como si ella justificara todo lo que he hecho hasta ahora —aseguró.

—Ya —respondí, asintiendo con un gesto de cabeza—. Una historia bastante tétrica, ¿no? Debe de ser difícil vivir con una cosa así.

—Lo es, por eso estoy mucho mejor aquí, así estoy apartado de los horrores de la sociedad, de todo lo que me lo pueda recordar. Además, la dama es una gran compañía.

Sonrió.

—No obstante, ¿no le preocupa que pudiera escapar? Quiero decir... ¿No le atacaría a usted igual que atacaría a cualquier otro?

—Tal vez, depende... —contestó Mather, casi con indiferencia.

—¿De qué?

Seguí a Mather con la mirada cuando este se levantó y se acercó a la ventana del salón.

—Parece que está volviendo a clarear.

Tenía razón. Los nubarrones habían pasado y un sol radiante inundaba el lago. Mather recogió mi taza, la colocó en la bandeja junto a la suya y se dirigió a la cocina sin decir nada. Pensé en lo que le había preguntado y en por qué no me había respondido. Eché un vistazo afuera y decidí que, si Mather no tenía ningún inconveniente, iría a dar un paseo antes de irnos al pueblo. Después de la historia que acababa de oír, necesitaba estar a solas y un poco de aire fresco. Además, si Mather no se oponía, me gustaría sacar unas fotos de la casa y los alrededores. Salí del salón y crucé el pasillo hasta mi habitación para coger la mochila, pero de camino reparé en que no se oía nada en la cocina. Lo que Mather estuviera haciendo, lo hacía en silencio. En ese momento se me pasó por la cabeza entrar en su dormitorio para sacarle unas fotos a la Gangas Roja. ¿Me pescaría? Y si me sorprendía, ¿qué haría Mather? No, esperararía que se me presentara una ocasión mejor, ya estaba bastante espantado, tanto por la histeria como por él, y no tenía ni idea de cómo reaccionaría si me sorprendía contraviniendo sus deseos. Sin embargo, si lo pudiera tener alejado de la casa, tal vez entonces se me presentaría la ocasión que necesitaba...

REVELACIÓN

Mather estaba absorto en sus pensamientos cuando me reuní con él en la cocina. Lavaba los platos, pero muy lentamente. Estaba a punto de preguntarle si algo iba mal cuando, al verme en la puerta, dio un respingo y casi se le cae la taza que tenía en la mano.

—Discúlpeme —me excusé—, no pretendía asustarle.

—No, si en realidad es culpa mía. Estaba ensimismado... —Parecía incómodo, aunque no comprendí por qué—. Ah, ¿ya se va? —preguntó al ver que llevaba la mochila colgada del hombro.

—Sí, dentro de nada. Me espera trabajo en la oficina, ya sabe, pero no me importaría echar un vistazo rápido a la isla antes de irme.

—Ah, bien, espere, que acabo con esto y le acompaño.

—Oh, no, es muy amable, pero si no le importa preferiría ir solo. Quería sacar algunas fotografías de la casa y del lago para el artículo... si no tiene ningún inconveniente.

—Bueno, no...

—Le aseguro que me hago cargo de lo que dijo antes, que no quiere gente merodeando por aquí, pero solo sacaré fotos generales a los árboles y al lago, nada que pudiera revelar su paradero.

—¿Me da su palabra?

—Por supuesto.

—Bueno... Está bien. Haga lo que quiera, pero recuerde que no quiero que aparezca ningún nombre en el artículo, perdone que insista en ello.

—Sí, me hago cargo. No se preocupe, estaré de vuelta de aquí a media hora y luego podemos partir si le parece bien.

—De acuerdo.

—Perfecto. Sonreí y di media vuelta, pero Mather se quedó junto al fregadero, como si esperara a que me fuera.

—Bueno, entonces me marchó. Nos vemos de aquí a un rato. Justo cuando salía, Mather añadió:

—Vaya con cuidado y no se aleje demasiado... El camino es peligroso más allá del cobertizo del bote, hay todo tipo de plantas venenosas. Siempre me mantengo alejado de esa parte de la isla.

—Ah, vaya, de acuerdo. Iré con cuidado.

Fuera se respiraba un aire fresco y agradable. Atisbé un movimiento con el rabillo del ojo y al volverme hacia la casa vi que se movían las cortinas del salón. Retrocedí unos pasos, hasta el lindar del bosque, y saqué la Nikon de la funda para comprobar si funcionaba correctamente. Todo estaba en orden, así que saqué unas cuantas fotos de la casa desde distintos ángulos antes de devolver la cámara a la funda. Me pregunté cómo sobrevivía Mather allí solo. No había demasiada gente que estuviera preparada para vivir tan aislada. ¿Había sido la experiencia con Maidon la única razón para tomar una decisión tan drástica? Me intrigaba el aspecto psicológico de su situación. Me consideraba una persona bastante solitaria, pero me costaba imaginar que pudiera apañármelas sin una interacción social regular, me volvería loco. Tal vez no nos demos cuenta de hasta qué punto dependemos de los demás hasta que nos encontramos realmente solos. Sin embargo, a juzgar por lo que había visto, parecía que Mather llevaba bastante bien su aislamiento.

Me encaminé hacia la playa, pero luego cambié de opinión. No quedaba por ver nada que valiera la pena en esa dirección y estaba seguro de que obtendría mejores vistas del lago desde cualquier otro punto de la isla, así que tomé el camino que había descubierto con anterioridad. Por fortuna, había apartado un montón de ramas del camino durante la excursión, de modo que me resultó más fácil avanzar. No tardé mucho en alcanzar las rocas que se cernían sobre la segunda cala. Saqué la cámara, me pasé la correa por el cuello y miré el lago a través del objetivo. Parecía que al final acabaría haciendo buen día. Varios jirones de nubes se deshilachaban en el cielo y la superficie del lago relucía bajo el sol de la mañana. El contraste con el día anterior no podía ser mayor. Saqué unas cuantas fotos de la gran extensión de agua y, a continuación, retomé el camino, aunque esta vez me dejé la cámara colgando del cuello.

El sendero terminaba junto a las rocas. Además de la playa y el cobertizo del bote, solo había una vegetación muy densa. Sin embargo, al dar media vuelta vislumbré un pequeño espacio abierto entre los árboles. Mather me había advertido que no fuera en aquella dirección, pero tal vez exageraba. Me acerqué a la pequeña abertura y eché un vistazo, aunque lo único que vi fueron ortigas y ramas. Me metí las manos en los bolsillos y avancé con cuidado.

Al principio tuve que hacer algo de fuerza para abrirme camino, pero tras apartar a un lado varias ramas con los hombros, descubrí que el nuevo sendero no se diferenciaba demasiado del anterior. Serpenteaba en dirección al otro extremo de la isla, así que aceleré el paso.

Los árboles estaban habitados por cientos de pájaros, aunque no los veía. Hasta el momento solo había sacado fotos de la casa y del lago, pero quería plasmar parte de la flora y fauna local por si al final no conseguía fotografiar la Ganges Roja.

Siguiendo el camino vislumbré la parte trasera de la casa de Mather. Me adentré un poco entre los árboles en busca de una posición mejor y pronto me vi recompensado. Al final del pasillo había una ventana con una cortina. Debajo había una pequeña construcción de madera, un poco más grande que una caseta de perro, que debía de albergar el generador. A pesar de que Mather había dicho que no utilizaba demasiada electricidad, seguro que la máquina le era de gran utilidad. Traté de imaginarme acabado de naufragar en la isla, de noche y con unas míseras velas para ir de un lado al otro. No era una idea demasiado reconfortante.

La imagen de la casa y el generador era lo bastante escalofriante para darle al artículo la atmósfera adecuada. Saqué varias fotos seguidas entre las ramas y el ruido del disparador espantó algunos pájaros. Una vez satisfecho, regresé al sendero y retomé el paseo.

El canto de los pájaros sonaba distante, como si esa parte de la isla no les interesara. La vereda se ensanchaba, se estrechaba y a veces casi desaparecía. Fui silbando alguna que otra melodía o escuchando el rumor de las ramas balanceándose al viento por el camino, preguntándome si habría algo de interés al final del sendero.

CENTRO DE INVESTIGACIÓN
DEL LAGO DE LA LANGUIDEZ
ISLA DE ARIES

PROHIBIDO EL PASO

La señal colgaba ligeramente ladeada de una puerta que barraba el camino y, aunque las letras apenas se leían, me llamó la atención. Las malas hierbas se enredaban en los hierros de la puerta y cubrían la alambrada. Estaba claro que todo aquello llevaba bastante tiempo abandonado, por lo que enseguida se me planteó una cuestión: ¿Por qué me había dicho Mather que no había más construcciones en la zona? Sí que me había comentado que no iba por esa parte de la isla muy a menudo, pero me costó creer que ignorara la existencia de ese centro de investigación.

Me quedé mirando la señal durante un rato, incapaz de avanzar por culpa de aquellas palabras tan simples y a la vez tan imperiosas:

PROHIBIDO EL PASO

Saqué un par de fotos y a continuación me acerqué a la puerta. Se me antojó extraño que hubiera un centro de investigación al final de aquel sendero tan poco usado. Aunque llevara cerrado algún tiempo, habría esperado algo más que una vereda. Tal vez se podía llegar al centro por otro lado, quizá desde la playa. Eché un vistazo a mi alrededor con nerviosismo, entre los árboles, por si captaba algún movimiento, aunque no esperaba encontrarme con nadie. Trepé a la puerta, pasé las piernas por encima y me dejé caer al suelo. El camino continuaba al otro lado y

doblaba hacia la izquierda.

Al volver el recodo, vi un edificio de ladrillo a pocos pasos. No había duda de que estaba abandonado. El tiempo y el clima habían dejado su huella, y el denso follaje a ambos lados intentaba asfixiarlo lentamente. Cogí la cámara y retrocedí unos pasos para que cupiera en el objetivo. En aquel momento, un conejo salió de los arbustos a unos metros de mí y se quedó allí parado, con la cabeza ladeada, como si me mirara con burla. Saqué la foto con el animal al fondo. El conejo, sorprendido por el ruido del disparador, dio media vuelta y desapareció de un brinco en el bosque. Bajé la Nikon y volví a mirar el edificio. Estaba a menos de dos kilómetros de la casa. ¿Cómo era posible que Mather ignorara su existencia?

El exterior no me proporcionó pista alguna acerca del tipo de investigación que allí se hubiera llevado a cabo. Sin embargo, al acercarme al porche, vi una pequeña placa en la pared, a la izquierda de la puerta.

CENTRO DE INVESTIGACIÓN MARINA
DEL LAGO DE LA LANGUIDEZ

Una tupida y lustrosa enredadera arrollaba los postes de madera que aguantaban el tejadillo del porche. La mitad superior de la puerta de entrada era de cristal, que se había vuelto marrón a causa de la humedad y el polvo acumulados durante años. La parte inferior estaba combada y podrida. La pintura blanca aún aguantaba en algunos puntos, pero en su mayoría se había desconchado hacía muchos años. Giré el pomo, que cedió sin protestas. En cuanto le di un empujón a la puerta y entré, me asaltó un olor a madera mohosa, a vegetación húmeda y a algo más. Se parecía al olor repugnante de la carne en descomposición, aunque era peor.

La estancia en la que me encontraba era una pequeña recepción de la que solo quedaban las paredes. Donde una vez hubo varias sillas atornilladas al suelo, ahora solo quedaban los agujeros en el pavimento. En el suelo, a la derecha, estaban esparcidos los añicos de un jarrón roto que la mugre había vuelto verde. La página de una revista, que el tiempo había descolorido y blanqueado casi en su totalidad, había quedado grabada en el linóleo, como un tatuaje fortuito.

Crucé el pequeño vestíbulo hasta una puerta medio entornada que daba a una estancia más grande. La luz inundaba lo que en su tiempo debió de ser un gran laboratorio. Allí olía aún peor y me costaba tratar de ignorarlo. Los cristales rotos crujían bajo mis pies. La luz verde que se traslucía a través de las hojas que cubrían una de las ventanas iluminaba unos tanques enormes tipo acuario colocados a lo largo de la pared de la derecha. Algunos estaban intactos y otros sufrían distintos grados de deterioro. Delante había unas mesas altas cubiertas de mugre y restos. Supuse que el personal las había utilizado para llevar a cabo sus experimentos. Avancé hasta el centro de la habitación y vi un taburete empotrado en uno de los tanques de la pared

de la derecha. No cabía duda de que se trataba de un acto vandálico, pero ¿quién haría una cosa así? ¿Habría ocurrido antes o después de que Mather llegara a la isla?

Al fondo de la habitación había tres puertas. La primera, la de la izquierda, daba a una estancia anexa que parecía ser la sala para el personal, con lavabos y un armario bastante grande. Me fijé en una vieja revista científica, similar a *El eslabón perdido*, que había en el suelo, relegada a un rincón de una patada. Me acerqué y le eché un vistazo. Estaba abierta por un artículo sobre una plaga de termitas y variedades raras de las así llamadas «supertermitas». Alguien se había interesado por los autores del artículo, Pat Harold y C. H. Peters, porque habían trazado un círculo alrededor de los nombres con un rotulador. Dejé la sucia revista donde estaba y regresé al laboratorio.

La puerta de en medio, la opuesta a la recepción, era la salida de emergencia. A la derecha había otra puerta. Giré el pomo y empujé, pero apenas cedió; por lo visto estaba encajada en el marco. Tuve que darle una fuerte patada para que se abriera lo suficiente y permitiera colarme en el interior.

Me encontré en lo alto de una escalera de peldaños de cemento. Busqué un interruptor a los lados antes de caer en la cuenta de que el generador, donde se encontrara, seguramente no funcionaría. El hedor había empeorado, tenía la sensación de que casi podía tocar las ráfagas hediondas que venían de abajo. A pesar del posible peligro, el periodista que llevo dentro estaba decidido a descubrir qué había allí al fondo, en la penumbra.

Como no llevaba linterna, regresé al laboratorio, donde había luz natural, y saqué el flash de la cámara de la funda. Por fortuna, igual que la Nikon, el remojón del día anterior no lo había dañado. Lo coloqué en la pestaña de la cámara y esperé a que se cargara antes de dispararlo para probarlo. Solo me quedaban dos fotos en el carrete, así que no vi la necesidad de sacarlo. El flash funcionaba bien. Regresé junto a la puerta y esta vez le di varios empujones con el hombro hasta que se abrió del todo y se estampó contra la pared. Gracias a la poca luz que se colaba por la puerta, pude bajar medio tramo antes de necesitar el flash. Al primer disparo, vi la otra mitad de la escalera, de modo que pude bajarla en la oscuridad mientras retenía la imagen en la cabeza.

Llegué al pie de los escalones y volví a disparar el flash. Esta vez la luz reveló un pequeño sótano con estanterías y cajas puestas unas encima de otras. Estaba seguro que en uno de los rincones había vislumbrado una lámpara de aceite encima de una mesilla. Cerré los ojos y estudié la imagen que había quedado grabada en las retinas. Seguro que había algo en esa dirección. Avancé hasta el rincón y volví a disparar el flash, dirigiéndolo hacia el lugar en cuestión. Efectivamente, se trataba de una lámpara de aceite con una enorme caja de cerillas a un lado.

—Bingo —murmuré.

Busqué la caja a tientas, rasqué una cerilla y cogí la lámpara sin saber muy bien

cómo se encendía. La cerilla se había consumido peligrosamente cerca de mis dedos cuando conseguí encenderla. La alcé para que iluminara el sótano. Era un poco diferente de cómo lo había visto con el flash. Además, se me había pasado por alto la puerta que había al lado de la escalera. Me metí la caja de cerillas en el bolsillo y eché un vistazo a las estanterías y a las cajas por si había algo más de interés, pero como no encontré nada, me dirigí hacia la puerta.

No tenía picaporte, de modo que le di un empujón y descubrí que se abría sin demasiada resistencia. Al levantar la lámpara, comprobé que se trataba de una habitación algo más grande que la anterior, con el suelo negro. Por lo visto, lo habían pintado de aquel color por alguna razón, aunque sin demasiada destreza ya que en algunos lugares se entreveían zonas más claras. Había agujeros hechos con taladro aquí y allí, aunque no logré imaginar con qué propósito. En medio de la habitación había una mesa, pintada también, algo que se me antojó muy raro. Paseé la lámpara por las paredes y descubrí un par de pequeñas estanterías y una cómoda. Conté al menos siete lámparas de aceite distribuidas por toda la habitación y colocadas de manera que iluminaran el lugar para que pudiera llevarse a cabo algún tipo de trabajo. Además del nauseabundo olor a podrido percibí un extraño tufo a oxidado que venía de algún lugar. Orienté la lámpara hacia el suelo y la luz se abrió paso a través de la extraña pintura, que dejó a la vista varias capas. En algunos lugares tenía un claro tinte castaño. Empecé a sentirme mareado y no solo por el olor. Era como si mi subconsciente estuviera intentando decirme algo que yo no quería oír.

En la pared del fondo había otra puerta y decidí investigarla antes de que el olor hediondo me obligara a salir de allí.

La puerta era sencilla y ligera y casi se abrió por sí sola. Menos mal que no la traspasé de inmediato, porque de repente oí como si algo cayera en una especie de pozo. La pared de enfrente se encontraba a unos dos metros, pero no sabría decir a qué distancia se encontraba el suelo. Me arrodillé en el umbral, bajé la lámpara y, reprimiendo las arcadas causadas por los efluvios que asaltaron mi nariz, distinguí varias formas a unos cuantos metros. Balanceé la lámpara adelante y atrás, pero no conseguí adivinar qué había allí abajo.

Retrocedí unos pasos, me saqué la mochila y la cámara del hombro y las dejé en el suelo, a la derecha, para no tropezar con ellas. Encendí otra lámpara, ya tenía dos, y me las llevé al borde del pozo. Coloqué una con cuidado detrás de mí, a la derecha, me tumbé en el suelo y balanceé la otra en la oscuridad; aun así no conseguí ver nada. Me di por vencido, de modo que me saqué el cinturón, até un extremo al asa de la lámpara con un nudo bien fuerte y la hice descender. La fui bajando hasta que, en un momento de descuido, el cinturón me resbaló de las manos. La lámpara cayó sobre una pila enorme en el fondo del pozo. Entorné los ojos y distinguí una forma familiar iluminada por la lámpara, que había aterrizado de pie. Se me escapó un grito ahogado

y, por una fracción de segundo, el hedor que me envolvía pasó a un segundo plano.

—Dios mío —balbucí, con una voz que apenas reconocí.

Cerrada en una garra, una mano sobresalía entre una maraña de cuerpos, algunos vestidos, otros no, pero todos en distintas fases de descomposición. Temblando y casi sin poder respirar, me puse en pie y me quedé mirando el horror que se ocultaba allí abajo. En ese momento algo cayó al suelo a mis espaldas produciendo un gran estruendo. Mi cuerpo reaccionó al estrépito con un respingo y, al perder el equilibrio, caí sin remedio en una tumba abierta.

DESESPERACIÓN

Caí de cabeza sobre la montaña de cadáveres. Por fortuna, había estirado los brazos para amortiguar el impacto, pero aun así quedé aturdido. En la caída también le había dado una patada a la lámpara, con lo que se había apagado la luz, de modo que estaba a oscuras. Me recosté sobre un codo y sentí que algo blando y húmedo cedía debajo de mí. Me volví lentamente y me senté, no quería que la pila se derrumbara. El olor era nauseabundo y cada vez que respiraba creía encontrarme un paso más cerca de la locura. Retener la comida en el estómago fue todo un desafío porque el olor se me había metido hasta en los pulmones, en la garganta, en los senos, en todas partes... Traté de pausar la respiración, pero lo único que conseguí fue que me faltara oxígeno y tuve que compensarlo tragando enormes bocanadas de aire pestilente.

El pie derecho comenzó a hundirse entre dos cuerpos y cambié de postura para no acabar tragado por la montaña. Puede que hubiera habido alguien en la habitación de arriba, pero ahora ya no oía nada, nadie reaccionó ante mi entrecortada y desesperada respiración. La lámpara, que había quedado entre mis piernas, se escurrió y cayó hacia delante. En la penumbra que me rodeaba lo único que podía distinguir eran siluetas grises y negras. No sabía qué tamaño tendría la pila, pero me daba la sensación de que allí habría dos docenas de cadáveres como mínimo.

Poco a poco fui recuperando el ritmo normal de mi respiración mientras esperaba allí sentado, incapaz de apartar la mirada de la entrada, a que la silueta de Mather apareciera en cualquier momento. ¿Por qué no se había acercado al agujero? ¿Por qué no venía a acabar conmigo de una vez por todas? Porque seguro que esa era su intención, ¿no? Comencé a balbucir por lo bajo, quizá rezaba, suplicando que alguien me sacara del lío espantoso en que me había metido. Al cabo de un rato, estaba empezando a preguntarme qué narices estaría haciendo Mather cuando oí un estornudo y, acto seguido, un ruido raro, una especie de refregón. Me puse tenso, esperando que sucediera algo espantoso, y una figura oscura no tardó en aparecer en el borde del pozo.

Eché un vistazo a la montaña de cuerpos de abajo, como si buscara el camino más rápido para bajar. Su sentido del olfato estaba mucho más desarrollado que el mío, por eso me extrañó que quisiera acercarse a toda esa carne muerta. Lanzó un largo e indulgente maullido y, a continuación, se paseó por el borde, como si buscara el modo más propicio de reunirse conmigo. Al final se dio por vencido, agachó el cuerpo, estiró las patas delanteras y las asomó por el borde para aferrarse con las garras a la pared del pozo. Siguió avanzando el cuerpo hasta que comenzó a resbalar y se tensó ante la inminente caída. Aterrizó a mi derecha, con suavidad y sin mostrar

señal alguna de agitación, sobre la espalda de un cuerpo enorme envuelto en sábanas sucias.

—Hola —lo saludé, con una voz más seca y ronca de lo que esperaba.

El señor Hopkins maulló en respuesta y empezó a frotarse contra mis piernas. Si yo no hubiera estado tan asustado, seguro que me habría echado a reír.

—Podrías haber elegido un momento mejor, pero bueno, al menos eres tú y no el chiflado. ¿Qué narices está pasando aquí?

El señor Hopkins dejó de dar vueltas y se tumbó a mi lado, ronroneando suavemente. Sacudí la cabeza y levanté la vista hacia el borde del pozo. Tal vez podría alcanzarlo, aunque me costaría. El gato estaba tan tranquilo tumbado a mi lado, mirándome y parpadeando de vez en cuando. Quizá no tuviera sentido del olfato. Me puse en cuclillas, consciente de que la masa de cuerpos podía derrumbarse en cualquier momento, y alargué la mano para recuperar la lámpara y encenderla. Cuando la levanté, pude apreciar el horror que me rodeaba en todo su esplendor.

Los miembros se entrelazaban. Había un par de rostros vueltos hacia arriba, deformados por la descomposición, con los dientes a la vista y la piel tirante. No me atreví a mirarlos con demasiado detenimiento, no fuera a ser que esa imagen se me quedara grabada en la memoria para el resto de mi vida. En ese momento oí algo, un ruido sordo, suave y resonante, como si se produjera en algún rincón oscuro de mi mente. Se trataba de mi móvil. Hasta entonces no había caído en la cuenta de que la mochila había quedado arriba y me invadió el pánico. Presté atención para distinguir la dirección del sonido, me estiré, atrapé uno de los tirantes de la mochila y tiré de él.

Recuperar el teléfono no resultó tan difícil como había imaginado, aunque casi vacié todo el contenido sobre la pila antes de encontrarlo para contestar.

—¿Sí?

—Hola, Ash, soy Gina. Mira... Sé que es temprano, pero...

—Gina, escúchame —la interrumpí, sorprendido y aliviado de oír su voz—. Me encuentro en serios problemas. Aquí hay cadáveres, a montones. Creo que...

—¿Ash? No te oigo...

Dios, el mejor momento para que falle la señal, pensé.

—¡Gina! —grité, ya no me importaba guardar silencio. Si Mather hubiera estado en la habitación de arriba, ya se habría hecho oír—. Gina, ¿me oyes?

—... sh... Corta. ...blema ...cuerdo?

—¿Hola? Gina, si me oyes, llama a la policía. ¡Diles que vengan enseguida! ¡Hay un psicópata en la isla!

Nada, solo un zumbido.

—¿Gina?

Ya no estaba. Miré tristemente la pantalla del teléfono. La calidad de la recepción era irrelevante porque se había acabado la batería.

Me sentí desesperado y perdido. Se me había ofrecido la oportunidad de pedir auxilio y posiblemente la había desperdiciado. Podía pasar bastante tiempo antes de que la gente empezara a preocuparse en serio por mi ausencia. Rogué por que Gina hubiera entendido lo suficiente para dar la alarma.

Al final, no me resultó tan difícil como había temido salir de aquel apestoso agujero. Dejé la lámpara donde estaba, sabiendo que había más arriba. Alumbrado por la luz parpadeante, me puse la mochila al hombro y avancé con mucho cuidado sobre bultos blandos de carne y ropa hasta encontrarme justo debajo del borde. Después de cerciorarme de que el señor Hopkins estuviera a una distancia segura, primero puse un pie, y luego el otro, sobre lo que parecía un brazo. Comenzó a ceder, así que pasé a la espalda del cadáver. También empezó a ceder, pero se detuvo al cabo de un par de segundos y decidí fiarme. Di un salto con los brazos estirados para asirme al borde. A pesar de que puse todo mi empeño, no conseguí agarrarme bien y caí hacia atrás, haciendo aspavientos, sobre la inestable pila. Se me hundieron los pies en el espacio que había entre dos piernas y por un instante creí que iba a desaparecer en la montaña. Encontré un apoyo más sólido y volví a intentarlo. Esta vez conseguí agarrarme al borde y, dándome impulso, primero apoyé una rodilla en el suelo de la habitación y luego la otra. Cuando eché un vistazo al pozo, vi un par de brillantes puntos verdes, me tumbé y estiré un brazo todo lo que me fue posible. Hopkins avanzó unos pasos, tensó el cuerpo, se estremeció ligeramente y, a continuación, dio un brinco y se aferró a la manga de mi camisa. Hice una mueca de dolor cuando las garras se clavaron en la piel debajo de la tela, pero lo subí y lo dejé en el suelo de la habitación. Con un extraño ronroneo, dio media vuelta y salió corriendo de la habitación mientras yo encontraba otra lámpara, la encendía y lo seguía fuera del sótano.

No conseguí darle alcance hasta que estuve fuera, de nuevo a la luz del día. El sol me hirió momentáneamente los ojos, acostumbrados a la oscuridad, y me empezó a doler la cabeza. Después del aire hediondo de ahí abajo, el oxígeno del exterior fue como un buen vino para los pulmones. Caminé un poco, agradeciendo a cada aspiración la bocanada de aire fresco que respiraba, hasta que recordé lo vulnerable que era en esos momentos. Durante un minuto o dos, presté atención a cualquier ruido para anticiparme a lo que pudiera acercarse mientras un sudor frío me resbalaba por la frente. El estornudo de Hopkins, sentado a la sombra junto a la puerta del centro, me hizo dar un respingo y maldije al gato. Hopkins ladeó la cabeza en actitud interrogante, apartó la mirada y volvió a estornudar. Después de todo, puede que el aire del sótano también hubiera hecho mella en él. Eché un vistazo al camino y avancé unos pasos antes de sentarme en un corralo de hierba, bajo los árboles. Las piernas me temblaban a causa de los nervios. Tenía que calmarme y poner las ideas en orden antes de dar el siguiente paso. Hopkins descansó unos momentos en el

porche, luego se acercó hasta mí, se tumbó a mi lado y comenzó a asearse a lametazos.

Por lo visto, Mather era un asesino, a no ser que hubiera otra persona en la isla. En cualquier caso, parecía muy poco probable que Mather ignorara la existencia de los cuerpos. Todavía estaban en descomposición, así que él estaba allí cuando fueron arrojados al pozo, y no sería de extrañar que tuviera algo que ver con ellos. Me había metido en un buen lío.

Poco a poco fui recuperando el aliento. Parecía que el oxígeno me ayudaba a pensar con más claridad. Por extraño que parezca, no pude resistirme a analizar la situación desde el punto de vista de un periodista. Se trataba de un bombazo, la historia tenía todos los ingredientes para aparecer en los periódicos nacionales. Había grabado a Mather y había sacado fotografías. Ciertamente tendría que volver a bajar al sótano para sacar algunas instantáneas, pero... ¿qué era eso comparado con lo que podría convertirse en la gran exclusiva de mi vida? No obstante, la historia todavía tenía cabos sueltos que no conseguía atar. ¿Por qué había matado a tantas personas? ¿Y por qué había arrojado los cuerpos a ese pozo? La habitación del pozo también era un misterio, a menos que... De súbito, recordé el líquido que se había secado sobre la mesa y el suelo. ¿Sería sangre? ¿Mather habría llevado a cabo experimentos con gente para satisfacer una curiosidad siniestra y retorcida? Se me ocurrió que, de hecho, podía haber continuado los experimentos iniciados por su viejo amigo Maidon. Aunque ¿hasta qué punto me había contado la verdad? ¿Era él la parte inocente del lamentable asunto? ¿Existiría Maidon en realidad? ¿No estaría atrayendo gente a la isla para descuartizarlos y extraerles los órganos? Lo había tomado por un tipo racional, pero la historia sobre el vagabundo que Maidon había asesinado no tenía sentido. Fuera cual fuese la verdad, ¿para qué contarme nada? Tuve la impresión de que había estado jugando conmigo. Tal vez todo había sido un montaje para atraerme hasta allí. ¿Cuánto tiempo habría esperado hasta drogarme o asesinarme y llevarme a aquel sótano para convertirme en conejillo de indias de una de sus sórdidas carnicerías? Y todavía cabía la posibilidad de que tuviera un cómplice. Atraer a toda esa gente y asesinarla debía de ser una tarea titánica para realizarla sin ayuda. ¿Habría alguien más en la isla?

Tratando de aclarar las ideas, solté un bufido, que suscitó un ronroneo de curiosidad por parte de Hopkins, el cual había dado un descanso a su chapucera sesión de higiene. Lo miré. No parecía tan desastrado como la vez anterior en el alféizar de la ventana, pero estaba claro que no era un as del acicalamiento, pues tenía varios trozos de pelo apelmazado y enmarañado por el cuerpo que había dejado por imposibles. Volvió a estornudar y levantó la pata izquierda delantera para empezar a limpiarse lo que supongo que sería su axila. En ese momento deseé estar en su lugar.

Los familiares y amigos de las víctimas que se pudrían en el sótano tenían que

echarlos de menos. Eso me hizo volver a pensar en Gina y en la frustrada llamada telefónica. ¿Habría avisado a la policía? Si no lo había hecho, ¿cuánto tiempo pasaría antes de que se diera cuenta de que algo iba mal? Mi padre había ido a visitar a sus hermanos a Estados Unidos, así que no se enteraría. Mi hermana Carol vivía en Gales y casi nunca estaba en casa, así que no me echaría en falta hasta el domingo, cuando no le hiciera la llamada semanal. A mis amigos no les extrañaría que no estuviera localizable durante días. A menos que Gina y los del trabajo intuyeran que pasaba algo... estaba bien jodido.

Sopesé la cuestión del sistema de selección de víctimas de Mather. Se me antojó el tipo de hombre que hace las cosas metódicamente; después de todo, disponía de mucho tiempo para planear hasta el último detalle. Debió de haberlos convencido con la promesa de enseñarles la Ganges Roja, y, una vez en la isla, aislados a dos o tres kilómetros de la civilización... ya eran suyos.

¿Y el mosquito? ¿Por qué elegiría esa criatura en particular? Además, seguro que podía atraer gente a la isla y asesinarla sin tener que mostrársela. ¿Por qué se había tomado la molestia de mostrarme el insecto y de explicarme las leyendas que lo rodeaban? No tenía sentido. Ocurriera lo que ocurriese en realidad, no era nada sencillo. Tal vez tenía un gran plan que precisaba de la presencia de la Ganges Roja. Si Mather había estado llevando a cabo sus experimentos en la isla, tal vez el mosquito tuviera algo que ver con ellos. No conseguía comprender qué relación había, pero tenía el fuerte presentimiento de que existía.

Estuve pensando en cómo llegar al pueblo. En aquellos momentos, mi prioridad era poner tanta distancia entre Mather y yo como fuera posible, aunque estaba intrigado y sabía que mi curiosidad no iba a darse por vencida. Quería escapar de allí y al mismo tiempo deseaba descubrir la verdad... hasta sus últimas consecuencias. Creo que eso es lo que significa ser periodista. Iba a meter la cabeza en la boca del lobo, pero si quería llegar al fondo de la cuestión, tendría que hacer que Mather lo confesara todo. Como mínimo necesitaría el dictáfono que, como un tonto, me había dejado en la habitación. Las palabras de Mather, junto con la fosa común del sótano del centro de investigación, serían una magnífica prueba. Sin embargo, una vez más el peligro que entrañaba la situación me hizo vacilar, de modo que decidí no poner a prueba mi suerte. Si conseguía llegar hasta el pueblo, iría en busca de la policía y les contaría todo. El secreto de Mather quedaría al descubierto y yo seguiría teniendo la oportunidad de hacerme con la exclusiva. Después de todo, ¿quién mejor que yo para escribir la historia?

Me levanté y me sacudí la ropa. Según mi reloj, pasaban de las diez. Mather ya debía de haber salido a buscarme, así que tenía que ponerme en marcha. Si no hacía demasiado ruido, el cobertizo del bote no estaba demasiado lejos y podría hacerme al agua antes de que Mather se diera cuenta de lo que estaba pasando.

Mientras corría por el sendero, no hacía más que darle vueltas al estado mental de Mather. A mi llegada a la isla, me había parecido un tipo la mar de amable, una persona encantadora. Tanto la forma de hablar como los temas que le interesaban jugaron en su favor y me hicieron creer que se trataba de una persona con quien alguien como yo, y seguro que mucha otra gente, se llevaría bien. Sin embargo, la soledad debía de haberse cobrado su precio y el osario que había en el pozo era buena prueba de ello. No obstante, si era inestable, si sus pensamientos eran tan sombríos, ¿por qué parecía tan normal, tan cuerdo? ¿Era más listo de lo que daba a entender? ¿Era un genio del crimen? El hecho de que pensara con racionalidad hacía de él un personaje muy inquietante. Si hubiera estado loco, habría levantado mis sospechas mucho antes. ¿Y la Ganges Roja? ¿En realidad era tan mortífera como Mather me había hecho creer? Había visto un mosquito gigantesco, pero, por lo que yo sabía, podía tratarse de un fenómeno de la naturaleza inofensivo o tal vez de una ilusión, un truco ingenioso. La extravagancia del plan volvía a desconcertarme. ¿Qué razón había para usar un cebo tan inusitado?

Alcancé la puerta y volví a trepar por ella para saltarla, sin sacar un ojo de encima a los matorrales. Mather podría haber estado vigilándome cuando dejé el claro y podría haber adivinado qué dirección tomaba. El ruido que había oído en el pozo había sido obra del señor Hopkins, pero eso no quería decir que Mather no pudiera haber estado siguiéndome.

Poco después llegué a lo alto de la pendiente que conducía a la pequeña cala y al cobertizo del bote. Sin dudarlo, bajé corriendo por la ladera hasta la caseta, levantando nubes de arena por el camino. Cegado por el pánico, intenté abrir la puerta del cobertizo de un tirón.

—Señor Reeves.

Me quedé helado. No podía volverme y enfrentarme a él. Lo único que pude hacer fue quedarme mirando la madera combada de la puerta que tenía delante mientras él se me acercaba.

—¿Qué demonios está haciendo? Si está tan desesperado por llegar a casa, solo tenía que haberlo dicho; Por cierto, iba a buscarle.

—Lo siento —contesté, sin saber qué añadir a continuación—. No sé... No sé qué me ha pasado.

Aparté las manos de la puerta y reuní fuerzas para darme la vuelta y enfrentarme a él esbozando lo que debió de parecer una sonrisa forzada.

—No se preocupe, después de todo está bastante lejos de casa. —Sonrió de oreja a oreja y levantó la vista hacia el cielo—. Me da la impresión de que está refrescando, seguro que esta tarde vuelve a llover. ¿Le apetece una taza de té antes de partir?

—Estooo... Sí...

Quise negarme, quise decirle que tenía que irme de inmediato, pero apenas

conseguí articular palabra. Estaba aterrado.

Volvimos a subir la pendiente y nos dirigimos hacia el claro. El intento de escapada había sido frustrado. No sabía qué sospechaba Mather, pero preferí asumir que lo sabía todo, para curarme en salud. Tal vez hallaría el modo de huir si conseguía conservar la vida lo suficiente.

La puerta de entrada estaba abierta cuando llegamos a la casa. Oí música, aunque no recordaba haber visto equipo alguno. Entré delante de Mather para no dar la impresión de que estaba esperando que me atacara en cualquier momento. Me detuve y él me guio hasta el salón, donde me dijo que me pusiera cómodo. Para mi sorpresa, había un gramófono en una mesa, cerca de la chimenea. Nunca había visto uno de cerca, ya no digamos oírlo. Un bello aparato. La enorme bocina con forma de trompeta parecía una flor gigantesca de color verde claro con un ribete verde oscuro. La caja era de color marrón claro, de madera pulida, con un cristal en el panel frontal a través del cual se veía el mecanismo del interior. Me fijé en el disco que daba vueltas en el giradiscos. Tardé unos segundos porque estaba en movimiento, pero conseguí leer el título de la pieza clásica.

La main du Diable interpretado por Pandemónium

Supuse que la pieza sería francesa. La música era un poco rara, como si no tuviera un arreglo o una estructura apreciable, aunque el «pandemonio» se conseguía, eso seguro. A veces parecía una discusión general, una batalla improvisada con instrumentos a modo de armas. La funda del disco estaba bastante estropeada y, cuando la luz que se colaba por la ventana se reflejó en las zonas oscuras, distinguí capas y más capas de huellas de dedos. Estaba claro que era uno de los discos preferidos de Mather, quien se excusó y salió de la habitación.

Si Mather había estado escuchando música, eso quería decir que la situación no lo angustiaba precisamente, a menos que se tratara de otra de las extravagantes peculiaridades de su carácter. Tal vez no estaba tan en peligro como había imaginado. Volví al vestíbulo sin hacer ruido e intenté prestar atención a lo que pudiera oírse por encima de la música. Nada. No podía quedarme quieto, así que avancé por el pasillo y descubrí que la puerta del dormitorio de Mather estaba abierta.

El hombre estaba colocando el panel corredizo en su sitio, delante del hueco en que ocultaba la Ganges Roja. A diferencia de la otra vez, lo hacía muy lentamente, como si no quisiera hacer ruido. Algo lo hizo volverse y dio un respingo cuando me vio en la puerta. Se llevó una mano al pecho en un gesto algo dramático y ahogó una risita.

—Por amor de Dios, me ha dado un buen susto.

—Discúlpeme, estaba...

—No pasa nada. —Volvió a mirar la pared falsa y luego se acercó a mí—. Bueno, ¿qué me dice de ese té?

—De hecho, estoy bien...

—Bueno, de todos modos vayamos al salón.

A pesar de haberlo asustado, Mather parecía bastante tranquilo, como si las cosas fueran tal como había esperado, y eso aumentó mi desasosiego. En aquellos momentos no sabía qué pensar sobre su comportamiento.

De vuelta en el salón, Mather se acercó al gramófono y levantó la aguja del disco, que ya había acabado.

—Una pieza interesante —comenté, intentando parecer tranquilo.

—Una obra maestra, en mi opinión. Pandemónium produjo muy pocas obras, pero ¡qué obras! El efecto, el modo en que estimulan la mente es sublime. Una obra inspirada.

Cogió el disco, lo mantuvo en equilibrio sobre el índice de una mano y lo deslizó con pericia en la funda. Se dirigió a uno de los pequeños armarios y guardó el disco.

—Bien, señor Reeves, póngase cómodo.

Hizo un gesto para que me sentara. Dejé la mochila y la cámara en el suelo y me hundí en el sillón. Mather ocupó su asiento habitual y cruzó las piernas con calma, como si estuviera la mar de tranquilo. Si acariciaba intenciones aviesas, lo disimulaba muy bien.

—¿Ha visto algo interesante durante su largo paseo?

Pregunta que implicaba que había estado fuera más tiempo de lo esperado.

—La verdad es que no. He visto casi toda la isla, la otra playa, el bosque, el...

—... ¿centro de investigación?

A pesar de que había decidido que no tenía sentido mentirle acerca de mi visita, pues, con el tiempo que había estado fuera, era imposible que no hubiera dado con él, me cogió por sorpresa y me inquietó el modo en que acabó mi frase.

—Ah, sí, sí que lo he visto. ¿No me había dicho que no había más construcciones en la isla? —La voz me tembló, pero recé para que no trasluciera nerviosismo.

—Para ser sinceros, se me pasó. Verá, no voy por esa parte de la isla. Le eché un vistazo cuando me mudé aquí por primera vez, pero no hay nada de interés.

—Ya veo.

Mather permanecía inmutable y casi me sonó convincente, pero seguramente ya estaba acostumbrado a tratar el asunto y se había preparado la historia y las excusas.

—Ya no está en uso —añadió Mather—. Lo cerraron hace años por falta de fondos.

—Ajá.

Tenía revuelto el estómago. «Mentiroso —pensé—. Ya lo creo que has estado allí. Sé exactamente qué has estado haciendo y voy a asegurarme de que el resto del

mundo también lo sepa».

Mather me dirigió una mirada elocuente. Fue como si durante los escasos segundos que sus ojos se cruzaron con los míos, me hubiera leído el pensamiento y hubiera comprendido mis intenciones.

—Y... ¿entró a echar un vistazo?

—No. —Maldición, había respondido demasiado deprisa. Mather me miró con expresión interrogante y una ceja enarcada—. No, no entré —insistí al cabo de un momento—. No parecía muy seguro, pero sí que me di una vuelta por el exterior.

—Muy bien. —Mather tomó un sorbo de té y miró por la ventana con aire despreocupado y una débil sonrisa en el rostro—. Verá, pensándolo bien... podría ser que encontrara interesante lo que hay allí dentro.

—¿No me diga? —Intenté parecer sorprendido—. ¿Y por qué?

—Bueno, por lo visto se habían llevado a cabo experimentos interesantes antes de que lo cerraran.

«¡Sí y se hicieron muchos más después de que lo hubieras cerrado!».

—... ¿marina?

—¿Perdón? —Le había prestado demasiada atención a mis pensamientos y no había oído su pregunta.

Mather sonrió, parecía que mi comportamiento le divertía.

—Le preguntaba si le interesa la fauna marina.

—Ah, bueno, no en particular, aunque he escrito varios artículos sobre peces para la revista, nada importante.

—Ya veo. Bueno, creo que el centro le resultará fascinante —aseguró, poniéndose en pie—. ¿Por qué no nos acercamos un momento ahora antes de ir al pueblo? Solo serán unos minutos.

Lo miré con una débil sonrisa en los labios, tratando de pensar algo deprisa. Podría haber dicho que no. Podría haber dicho que tenía ganas de volver a casa, que tenía mucho trabajo que hacer, pero ¿y entonces? ¿Decidiría Mather que no le quedaba otra opción que asesinarme allí mismo?

—Sí, de acuerdo —contesté, casi sin pensar.

Tenía que decir algo y, de todos modos, no creo que hubiera tenido las agallas para negarme. Si Mather estaba jugando conmigo, no me quedaba otra opción que jugar con él. Mi vida dependía de ello.

—Supongo que no pierdo nada —añadí, fingiendo otra falsa sonrisa.

—Magnífico, no tardaremos mucho.

Me pregunté si se estaría divirtiendo. Se dirigió a la cocina mientras yo trataba desesperadamente de pensar en un modo de anticiparme a sus movimientos. Su plan debía de ser o bien matarme, o bien ponerme fuera de combate, dependía del fin que me tuviera reservado. Si quería adelantarme a él, tendría que actuar antes de llegar al

centro. ¿Qué podía hacer? ¿Golpearlo en la cabeza con un leño? ¿Empujarlo al lago? Además, tampoco sabía si reuniría arrestos suficientes para hacerlo.

Mather volvió a la habitación con un impermeable azul y me levanté.

—Bien, ¿vamos? —preguntó Mather.

Dio una palmada y avanzó hasta la puerta de la casa. Recogí la mochila y lo seguí.

—Un momento.

Recordé el dictáfono y lo recogí del brazo del sillón. Cuando volví a reunirme con Mather, este sonreía divertido.

—No vaya a olvidárselo —dijo, saliendo.

—No vaya a ser —contesté, siguiéndolo.

Cuando crucé el umbral, oí una voz extraña.

«Guárdate la espalda».

Me pareció la voz de una mujer, aunque estaba como distorsionada, como si fuera una mala transmisión de radio. Miré a Mather, que, paciente, me esperaba junto al camino, sin mostrar señal alguna de haber oído nada. Empezó a mirarme con expresión interrogante, preguntándose, no me cabe duda, por qué vacilaba.

«¡No le des la espalda!».

Esta vez la había oído con mayor claridad y fuerza. Tuve la impresión de tenerla dentro de la cabeza, aunque no parecía un pensamiento, sino como si alguien o algo estuviera comunicándose conmigo. Mather estaba a punto de entrar en acción, tal vez sospechando que me traía algo entre manos, pero me adelanté a él.

—Disculpe —me excusé, acercándome—, por un momento pensé que se había puesto a llover.

Gracias a Dios el cielo estaba encapotado, lo que respaldaba mi excusa. Mather levantó la vista.

—Mmm... Sí, tendremos que ir con cuidado, aunque no creo que se vaya a poner tan feo como ayer.

Dicho esto, Mather dio media vuelta y avanzó por el camino. Vacilé unos segundos, como si esperara un nuevo aviso. Quien fuera o lo que fuera que me hubiera hablado, se había quedado mudo, así que seguí los pasos de Mather entre los árboles. Al menos era él el que me daba la espalda y no al revés.

AGITACIÓN

A Mather no parecía importarle ir delante. Tal vez no me consideraba una amenaza, a pesar de que me ofrecía la oportunidad de atacarlo. Sin embargo, me faltaban agallas para hacer algo tan drástico, y el hecho de que Mather pareciera tan exasperadamente seguro de sí mismo lo hacía aún más difícil. Estaba convencido de que él sabía que yo había estado en el sótano, así que ¿por qué se mostraba tan despreocupado? ¿Por qué no estaba en guardia?

Al pasar por la segunda playa, vi que echaba un rápido vistazo al cobertizo del bote. Tal vez lo hizo a propósito para mofarse de mí, o tal vez no. Era difícil de adivinar, pero intenté no perder ni la calma ni la concentración.

—Espero que tenga suficiente material para su artículo —comentó Mather espontáneamente cuando nos acercamos a la puerta—. Me disgustaría pensar que le he hecho perder el tiempo. La dama es un espécimen fuera de lo común, pero a veces me pregunto si soy digno de representarla, no sé si me entiende.

—No se preocupe —contesté—, ha hecho un trabajo excelente, dudo que haya alguien que no quede impresionado.

—Espero que tenga razón —declaró, metiendo una mano en la maraña de hierbas que había a un lado de la puerta.

Se oyó un chirrido seguido de un golpe metálico mientras Mather recorría el cerrojo y empujaba la puerta. Quizá había sido el niño que llevo en mí, pero cuando poco antes me había acercado a la puerta yo solo, la había saltado por instinto, ni siquiera se me había pasado por la cabeza que pudiera estar abierta. Me sentí como un tonto.

Crucé la puerta y pasé junto a Mather mientras este volvía a cerrarla a mis espaldas. Me di media vuelta rápidamente para tenerlo de cara y asegurarme de que no le daba la espalda. Mather continuó por el camino y yo le seguí. Poco después, doblamos el recodo y nos encontramos frente al centro de investigación.

Casi habíamos llegado, al porche cuando vi a Hopkins tumbado en el tejado del edificio, lamiéndose una pata y mirándonos fijamente. Mather también lo había visto, pero apenas si le dedicó una breve mirada desdeñosa. Me recordó al gato de Cheshire de *Alicia, en el país de las maravillas*, aunque Hopkins no estaba sonriendo. En todo caso, parecía incómodo. ¿Quién no lo estaba? Cruzamos el porche, con Mather a la cabeza, y nos dirigimos derechos a la sala principal.

—Tiene una distribución bastante atípica para tratarse de un centro de investigación.

Mather avanzó hasta el centro del laboratorio y miró a su alrededor. No apartaba

los ojos del suelo, como si estuviera buscando algo, pero cuando me acerqué volvió a levantar la vista.

—Hace unos años, cuando vine a echar un vistazo, supuse que me encontraría con varias salas, no solo con una. Es como un centro de exposiciones, aunque no sé cómo esperaban atraer las visitas. —Pensé inmediatamente en los cuerpos del sótano—. De todos modos, ya no importa, ¿verdad?

—No, supongo que no.

Los ojos se me fueron irremediabilmente hacia la puerta del sótano, que estaba abierta de par en par. Si Mather tenía por costumbre cerrarla una vez hubiera acabado su trabajo allí abajo, se percataría enseguida. Intenté concentrarme en él, tenía miedo de que se diera cuenta de lo que atraía mi atención y que eso acabara por confirmar sus sospechas.

Fingí que me daba un paseo por la habitación y que inspeccionaba los tanques y el instrumental científico, aunque no perdí de vista a Mather en un solo momento. En más de una ocasión lo pesqué inspeccionando los escombros que cubrían el suelo. ¿Qué narices estaría buscando? ¿Habría perdido algo? En ese momento, creí oír que algo afilado rascaba un cristal y, a la izquierda, vislumbré a Hopkins dando unos golpecitos en la ventana con su zarpa. Al parecer, se dio cuenta de que lo había visto y dejó de rascar el vidrio. Al menos alguien velaba por mí.

Cuando me volví hacia Mather, lo encontré estudiando pensativamente la puerta del sótano y desvié la mirada hacia uno de los tanques rotos para que no supiera que lo había visto. En aquel momento se disiparon todas las dudas. Mather sabía que yo había estado allí, sabía que había descubierto su abominable secreto; sin embargo, la cuestión era: ¿qué iba a hacer él al respecto? O más importante aún: ¿qué iba a hacer yo al respecto? Lo último era fácil de responder ya que no había modo de que pudiera abandonar la isla sin el bote de Mather. Aunque el móvil no estuviera muerto, tendría que deshacerme de Mather para poder utilizarlo y, además, él conocía la isla muchísimo mejor que yo, así que me encontraría en cuestión de minutos. Volví a rezar para que Gina estuviera haciendo algo, lo que fuera, para enviarme ayuda. En aquel momento, el instinto de supervivencia se hizo cargo de la situación. Ya no importaba el artículo, que se lo quedara otro periodista o que se fuera a la mierda, tanto me daba.

Mi única prioridad era salir de la isla y regresar a la civilización. Para hacerme con el bote de Mather, tendría que hacer saltar el cerrojo del cobertizo con una palanca y eso no sería nada fácil. Además, si quería contar con una mínima posibilidad de éxito, tendría que inmovilizar a Mather. Echar a correr no era una opción, así que no había más remedio, tendría que ponerlo fuera de combate, noquearlo y, si pudiera ser, atarlo. No me gustaba tener que hacerlo, pero no tenía elección. La voz de Mather me sacó de mi ensimismamiento.

—¡Señor Reeves! Venga aquí, quiero enseñarle algo.

Dios mío, allá vamos, pensé. Me acerqué con los nervios a flor de piel, estaba a punto de estallar, aunque Mather no pareció encontrar nada fuera de lo normal en mi comportamiento, o si lo hizo, decidió no darle importancia.

—Estas escaleras conducen al sótano.

—Ah, bien.

—Mmm... Creo que la investigación verdaderamente interesante se realizaba ahí abajo.

—¿De verdad?

—Sí, supongo que es normal mantener oculto lo que realmente importa.

—Ajá.

—¿Echamos un vistazo?

—Bueno...

—¿No le gustaría descubrir lo que ocultaban?

—¿Y esa puerta de ahí enfrente adónde da?

—Ah, esa es solo la sala del personal, ahí no hay nada interesante.

—Ah, ya veo.

—Señor Reeves, ¿se encuentra mal?

—¿Eh? No, estoy bien.

—Está un poco pálido.

—No, de verdad, estoy bien.

—Bueno, entonces el sótano espera. ¿Quiere ir delante?

—No.

¡Dios mío, no!, grité para mí.

—¿No?

—Esto, quiero decir que usted ya ha estado aquí antes y yo podría tropezar con algo. Está bastante oscuro ahí abajo, ¿no?

—Caramba, claro. Había olvidado que las luces no funcionan. No se preocupe, mi linterna debe de estar por alguna parte, me la dejé aquí la última vez.

«¿Que se la dejó aquí la última vez? ¡Me había dicho que nunca venía por aquí!». O Mather estaba jugando conmigo o se estaba volviendo olvidadizo y se estaba delatando sin darse cuenta. Echó un vistazo por la sala, rascándose la cabeza inútilmente.

—Debo de habérmela dejado en la despensa.

Ojalá hubiera rebuscado antes en la despensa. Con la linterna no habría tenido que depender del flash de la cámara y de las lámparas.

Mather atravesó la otra puerta y oí que rebuscaba la linterna por todas partes. Mi instinto de supervivencia tomó el mando. Inspeccioné rápidamente las puertas que tenía delante tratando de evaluar la mejor ruta de escape; sin embargo, Mather

reapareció antes de lo esperado con una linterna diminuta en la mano, apenas más grande que un boli, y evidentemente insuficiente para guiarse en la completa oscuridad. Me invadió el terror. Bajar a la penumbra con Mather y un mísero haz de luz por compañía era la perspectiva más aterradora a la que jamás me había enfrentado.

—No importa, de verdad —le aseguré—. Estoy convencido de que es muy interesante, pero...

—Lo es. No se preocupe, puede que parezca peligroso, pero me sé el camino. —Sonrió de oreja a oreja y me guiñó un ojo—. Sígame.

Se acercó a la escalera con la linterna a la altura de la oreja y apuntando al suelo. Vacilé. El sótano era el último lugar del mundo al que deseaba bajar. Sin embargo, si quería salir vivo de la isla, tendría que seguirle el juego. Era como si estuviera firmando mi propia sentencia de muerte, pero no me quedaba otra opción. Se me ocurrió demasiado tarde que podría haberlo empujado por la escalera y haber atrancado la puerta para que no pudiera salir, pero cuando por fin me decidí a dar un paso, Mather estaba prácticamente abajo. Podría haberse roto el cuello en la caída o, al menos, podría haber quedado inconsciente un buen rato, pero había desperdiciado mi oportunidad y no sabía si se me iba a presentar otra. No quería matar a Mather, pero si resultaba ser el único modo de salir de allí, tendría que hacerlo.

Fui bajando los escalones muy lentamente, sin apartar la vista de Mather. Cuando llegué al pie de la escalera, paseó la luz por las paredes de la habitación, lo que dejó a la vista los restos intrascendentes que ya había visto antes.

—Ah, vaya...

Por lo visto faltaba algo. Mather agitaba la linterna por todos lados, buscando en vano algún objeto que no estaba donde debía estar.

—¿Qué ocurre?

Me enfoco directamente a los ojos, lo que me cegó y me hizo estremecer de terror. Lo perdí de vista una fracción de segundo durante la que únicamente vi el brillante haz de la linterna. Mather podría haber escogido ese momento para hacer lo que quisiera.

—Ay, perdón. —Apartó la linterna de mi cara—. Estoy seguro de que por aquí abajo había una vieja lámpara de aceite y unas cerillas.

Tuve la clara sensación de que, en el fondo, Mather estaba divirtiéndose y disfrutando del control que ejercía sobre la situación. Su inquebrantable seguridad en sí mismo no dejaba de sorprenderme. ¿Cómo es que no me consideraba ni siquiera una pequeña amenaza? Si no hubiera estado tan aterrado, me habría ofendido.

—Bueno, supongo que tendremos que apañárnoslas —resolvió, algo molesto—. Creo que solían utilizarlo de almacén no sé para qué, pero como puede ver, no queda mucha cosa. Supongo que los empleados saquearon el lugar antes de irse y se

llevaron lo que les apeteció. Ahí llevaban a cabo el trabajo secreto. —Se volvió y enfocó la puerta que daba a lo que en ese momento sospeché que utilizaría como quirófano—. No hay mucho que ver, lo siento, pero lo suficiente para hacerse una idea de lo que hacían aquí abajo.

Avanzó hasta la puerta algo encorvado, como si esperara que el dintel estuviera más bajo de lo que estaba. Dio unos pasos y se detuvo, apuntó al suelo y lo empezó a examinar con la linterna. Lo seguí y, bajo el foco de luz, vi varias pisadas profundas y claras que iban hasta el borde de la puerta y volvían.

«Joder —pensé—. ¡Joder, joder, joder!». Se volvió hacia mí y sonrió. No pude devolverle la sonrisa. Apuntó la linterna hacia el borde del pozo y luego me enfocó a mí rápidamente. Mather seguía tranquilo, seguro de sí mismo, al mando de la situación. No podía moverme, estaba paralizado por el miedo. Tenía la lengua atenazada y los labios sellados. Aunque se me hubiera ocurrido qué hacer, no podría haberlo hecho. El terror se había apoderado de mí.

A pesar de que el suelo estaba relativamente seco cerca del borde del pozo, ambos distinguimos claras señales de que alguien había estado allí. También vi alguna que otra mancha roja de sangre coagulada que debía de haber dejado mis botas. «Te lo he puesto muy fácil, ¿eh?».

—¿Perdón?

Lo había dicho en alto, en contra de mi voluntad, aunque dudaba que me quedara algo de ella.

—Nada.

—Ya veo. Debió de llevarse un buen susto.

—¿Qué?

—Cayó al pozo, ¿verdad?

Pasaron unos instantes antes de que fuera capaz de responder.

—Sí.

—Hay que ir con más cuidado.

—Sí, me asusté.

—No lo dudo.

—No, me refiero a que oí que algo se movía a mis espaldas y perdí el equilibrio.

—¿Oyó algo? ¿A quién?

De repente, Mather pareció preocupado. ¿Qué había querido decir con «quién»? Solo estábamos nosotros dos en la isla. ¿Tenía miedo de que no hubiera venido solo? ¿O pensaba que había alguien más en la isla, yendo de un lado a otro sin que él lo supiera? Tal vez podría haber sacado provecho de la situación y mentirle en ese momento, pero por desgracia no tuve oportunidad de hacerlo. Por lo visto, solo me quedaban fuerzas para decir la verdad.

—El gato... Hopkins.

—Ah. —Eso lo tranquilizó hasta cierto punto—. Esa criatura apestosa... Ojalá me hubiera hecho el favor de retorcerle el pescuezo.

—El caso es que me gustan los gatos.

—Bueno, pues lamento no compartir sus gustos. Diablillos intrigantes y pretenciosos...

No entendía por qué estaba tan disgustado con el pobre animal. En ese mismo momento, Mather extrajo un puñal pequeño, pero muy afilado, de la cinturilla del pantalón con un raudo movimiento y sentí que el estómago me daba un vuelco. Creía que iba a ponerme a vomitar, aunque por fortuna logré reprimir las arcadas.

Mather sostenía la extraña y serpenteante hoja entre los dos, pero siguió hablando como si el cuchillo ni siquiera existiera.

—Las veces que ese bicho asqueroso ha interrumpido mi trabajo... Es como si lo hubieran puesto en esta isla para hacerme la vida imposible. —Recorrió la habitación rápidamente con la mirada, como si buscara el felino alborotador. Respiró hondo varias veces para recuperar la calma—. Bueno, tarde o temprano se llevará su merecido, ya me ocuparé yo de eso. Veamos, arrojemos un poco de luz sobre el asunto —sugirió al ver una lámpara en el suelo.

La levantó y la colocó en la mesa manchada de sangre. Sacó una caja de cerillas de un bolsillo y se dispuso a encenderla, con la linterna entre los dientes y después de devolver el puñal a la cinturilla del pantalón. Tras unos cuantos intentos, consiguió encender una cerilla y prender el aceite. Cuando la llama se avivó, levantó la lámpara y la colgó de un gancho que había en el techo.

—Así está mejor.

Todavía seguíamos en penumbras, aun así comprobé que la habitación era más grande de lo que creía. En la pared de la derecha, junto a la puerta que daba al pozo, había un recoveco que daba cabida a una cómoda en la que debió de guardarse el instrumental y el equipo. El suelo seguía siendo el mismo, aunque la imagen de varias capas de sangre coagulada aumentó mis náuseas.

—En fin, supongo que le gustaría saber qué ocurre aquí —presumió Mather. Apagó la linterna y se la metió en el bolsillo—. Estoy seguro de que le pica la curiosidad.

Dejó el puñal en la mesa con sumo cuidado.

—Bueno...

—¿Ajá...?

—Bueno, si de verdad le apetece hablar de ello.

—¿Que si me apetece? ¡A estas alturas habría jurado que la curiosidad lo estaría devorando! ¿No quiere saber toda la historia? De hecho, lo que voy a contarle podría convertirlo en un hombre rico, en caso de publicarse. Vamos, joven, ¿dónde está ese instinto periodístico?

Decidí que si Mather quería dejar lo inevitable para más tarde, no iba a ser yo el que se opusiera. Cuanto más tiempo me diera, mayor oportunidad tendría de idear un modo de escapar del infierno en que me había metido.

—Está bien —me resigné.

—Mucho me temo que no.

Me sentía muy raro, era como si me distanciara del horror que envolvía la situación y nos observara a ambos desde la perspectiva de una tercera persona. Tanto la impenetrabilidad de la oscuridad como el acre olor a muerte que subía del pozo alimentaron la sensación de encontrarme atrapado en un cuento horripilante, exacerbado tal vez por la fiebre, las drogas o la locura. Mather se inclinó hacia delante y apoyó las manos en la mesa con firmeza, controlando la situación. Retrocedí presa del pánico. Era imposible no pensar en que podría acabar siendo otro bulto más de la grotesca pila de allí abajo en cuestión de minutos, asomando una mano entre la maraña de miembros en busca de una ayuda que nunca vendría. Jamás había experimentado un terror más absoluto que sentía en aquellos momentos.

—No fui demasiado fiel a los hechos que digamos cuando le conté mi historia —confesó Mather.

—Ya me he dado cuenta —fue mi seca respuesta, que pareció divertirlo.

—Lleva esto mejor de lo que esperaba.

—¿No me diga?

—Sí, me tiene impresionado.

Deseé que Mather dejara de sonreír de aquella manera, me ponía los pelos de punta.

—Gracias —respondí, con deliberado sarcasmo.

—De todos modos, algunos elementos de la historia son ciertos.

Allá vamos, pensé.

—Maidon y yo llevamos a cabo ese primer experimento más o menos como se lo he descrito, salvo que yo no puse ninguna objeción, ni antes ni durante la operación.

—¿Qué me dice del indigente?

—No me lo inventé. Dios santo, cómo sufrió el hombre. De hecho, suavicé esa parte de la historia porque lo que ocurrió en realidad fue mucho peor.

No quería escuchar, pero tampoco quería arriesgarme a contrariar a Mather, al menos mientras el puñal siguiera estando a su alcance.

—Casi echa a perder el experimento. Entre el alcohol, la mutilación y un absoluto desconcierto, el pobre infeliz acabó destruyéndose a sí mismo, y no me refiero al suicidio, me refiero a una destrucción real. Comenzó a arrancarse los...

—¡Por favor! —No pude evitarlo, me superaba. Si quería hablar de sus repugnantes acciones, que lo hiciera, pero sin detalles.

—Discúlpeme, señor Reeves, a veces olvido lo insensible que me he vuelto. Todo

eso ya no son más que meros recuerdos. A estas alturas, nada de lo que haya visto o hecho me parece particularmente truculento. Para mí no deja de ser más que una serie de desafortunados incidentes salpicados de descubrimientos genuinamente científicos. Después de todo, eso es lo que importa. Maidon y yo hicimos verdaderos avances en nuestros estudios. Estoy seguro de que mucha gente no lo vería así, la sociedad olvida con rapidez que algunos de los descubrimientos más importantes de la historia se hicieron a costa de un gran dolor y sufrimiento.

Sentí que los jugos gástricos me subían por el esófago. Ya no tenía fuerzas para resistir, pero tenía que concentrarme en no perder los estribos. Si se presentaba la más mínima oportunidad de vencer a Mather, tenía que estar concentrado y alerta.

—Igual que yo, Maidon sabía que íbamos a tener que ensuciarnos las manos si queríamos progresar de verdad. Él siempre fue un poco aprensivo, pero la mayoría de las veces conseguía que hiciera lo que debía hacerse.

—De modo que fue usted quien emprendió los experimentos.

—Sí, la idea fue mía. Fui yo el que tuve que convencerlo, el que lo presioné. Resultó difícil porque, mire usted por dónde, Maidon tenía principios. Rectos principios sobre la conducta y lo que llamaba «integridad». Ja. —Mather rio—. Sin embargo, no tardó en acceder. Puedo ser muy persuasivo cuando quiero.

Miró el puñal que había encima de la mesa.

—¿Qué le ocurrió a Maidon?

—Maidon... Maidon perdió el norte. Algunas de mis ideas más extravagantes... lo superaron.

—¿Extravagantes?

—Sí, bueno, supongo que otros emplearían una palabra más dura. Hay muy pocas cosas en esta vida que me sorprendan, señor Reeves. He de tener un estómago fuerte. Puede que para mí las imágenes y los sonidos más desagradables formen parte del milagro de la naturaleza. Lo que enferma a una persona puede que complazca a otra. Todo es cuestión de gustos y admito que los míos son... únicos.

—Ya.

Lo odiaba más a cada segundo que pasaba.

—Lo que yo quería, y para lo que a Maidon siempre le faltó valor, era explorar lo desconocido, quería realizar el tipo de experimentos que hasta entonces solo se habían insinuado. Una extracción de órganos injustificada fue una de las muchas ideas que se me ocurrían en sueños.

—¿Qué más hizo?

Todavía no había elaborado un plan para salir vivo del sótano, pero creí que sería buena idea que Mather siguiera hablando.

—Ya, tiene bastante mal aspecto, señor Reeves, quizá no debiera empeorarlo.

—No, de verdad, me interesa. Como usted dice, podría ser un gran artículo.

—Ya lo creo, aunque... Tal vez esta historia debería quedar entre usted y yo.

Me miró.

—Sé guardar un secreto, no se lo diré a nadie si ese es su deseo.

—Oh, me encantaría confiar en usted, se lo prometo, pero he de pensar en otras cosas además de mi bienestar, también debo proteger a la dama. Hay mucho en juego.

—Dígame, además de la extracción de hígado, ¿qué más hizo? —le pregunté para que siguiera hablando.

Mather ahogó una risita.

—Si apenas hemos rascado la superficie. ¿Se imagina qué otra cosa extrajimos?

—¿El corazón?

—No, no, ¿para qué? Échele un poco más de imaginación.

—¿Los pulmones?

—Mmm, resultados notables, aunque limitados.

Esperó animándome a que volviera a intentarlo. Era con mucho el peor juego de adivinanzas al que me había prestado en la vida, pero tenía que seguirle la corriente mientras buscaba desesperado una escapatoria.

—¿Los riñones?

—Ah, los riñones... Lo probamos en un par de ocasiones, pero en ambas el experimento fue una chapuza, y todo por culpa de Maidon. A veces resultaba muy patoso, el zoquete.

—¿Por qué lo eligió a él para que le ayudara? ¿No había estudiantes más aptos?

—De eso no cabe duda, pero encontrar a estudiantes brillantes que además estuvieran dispuestos a hacer aquello... Eso sí que hubiera sido todo un milagro. Por fortuna escogí a Maidon para que fuera mi cómplice en cuanto lo vi. El pobre hombre pensaba que me caía simpático. Me arrepiento de haberlo engañado en ese aspecto. Estaba muy necesitado de compañía, así que me hice amigo suyo, me gané su confianza y, con el tiempo, su obediencia.

—¿Obediencia?

—Sí, yo debía estar al mando, debía tener el control, si no, el trabajo habría carecido de enfoque. Poco a poco moldeé a Maidon, cambié su forma de pensar. Ahora apenas es más que un zángano, un esclavo...

—¿Quiere decir que está aquí?

—Yo... —Mather guardó silencio unos segundos, consciente de que había dicho algo que no debería haber dicho—. Discúlpeme, llevo mucho tiempo solo y a veces mantengo conversaciones con gente que no existe. Es una forma de conservar la cordura. A menudo hablo con Maidon como si estuviera presente. Es absurdo, pero necesario. Veamos —continuó, tratando de cambiar de tema—, ¿qué otra cosa cree que extrajimos?

—¿No sería más rápido que tratara de adivinar qué no extrajeron?

A Mather no le gustó el áspero comentario. Su sonrisa se desvayó ligeramente.

—Vamos, señor Reeves, con esa actitud no irá a ninguna parte.

—No, supongo que no —admití—. ¿Qué le parece el cerebro?

Se le iluminaron los ojos y recuperó la amplia sonrisa.

—Bien, bien, bien. A eso lo llamo yo un señor salto, señor Reeves, de los riñones al cerebro en un solo movimiento. Sin embargo, dígame usted: ¿Lo hicimos? ¿Le extrajimos el cerebro a alguien?

—No —respondí—, los resultados son demasiado predecibles.

—¡Bravo! Completamente cierto.

El olor a podredumbre, que hasta ese momento no me había repugnado tanto como antes —tal vez debido al olor más penetrante del miedo—, volvía ahora a intensificarse y el estómago me dio un nuevo vuelco. Tenía que salir de allí como fuera. Justo en ese momento, una pregunta que había estado enterrada en mi mente desde que había caído al pozo se abrió camino hasta la superficie: «¿Por qué no hay moscas alrededor de los cuerpos?».

Aparté la mirada de Mather y volví mi atención hacia el pozo. Traté de oír algún ruido, un zumbido o el más leve e imperceptible movimiento de alas. Nada. Volví a mirar a Mather, quien se había percatado de mi distracción.

—¿Algo va mal, señor Reeves?

—No —le aseguré, con un gesto de cabeza.

Mather alargó la mano y empezó a acariciar la serpenteante hoja del puñal con suavidad.

—Bien, me entristecería pensar que estoy aburriénd...

—¿Por qué no hay moscas?

Tal vez lo dije para entretenerlo o tal vez buscara una respuesta. En cualquier caso, la pregunta no podía esperar más.

—¿Perdón?

Mather levantó la vista y la sonrisa perdió cierta intensidad.

—Moscas. No he visto ninguna.

Era cierto y creo que Mather apreció el tono sincero de mi voz.

—No le entiendo.

Apartó la mano del puñal y rodeó la mesa para acercarse a mí. Noté que estaba preocupado. Había conseguido cogerlo desprevenido, así que continué.

—Los cuerpos están en varias fases de descomposición —me expliqué, señalando el pozo—. Debería haber miles de moscas a su alrededor. ¿Qué hizo? ¿Empapó los cuerpos en insecticida?

Mather estaba desconcertado. Se acercó al pozo, como para oír mejor.

—No, no lo hice. Qué raro, nunca se me había pasado por la cabeza.

«Pero ahora lo has hecho y parece que te preocupa».

—Supongo que tiene razón. Debería haber...

Dio un paso más hacia el borde del pozo y se inclinó con cuidado para oír mejor, sujetándose con una mano en la puerta. Sabía que esa podía ser la única oportunidad que se le presentaría, pero Mather tenía que estar un poco más adelantado para hacerle perder el equilibrio.

—¿Con qué frecuencia ve insectos en la isla, además de la dama, como usted la llama? —le pregunté para mantenerlo distraído.

—La verdad es que no... Qué extraño. No recuerdo haber visto ninguno últimamente.

—Sí, muy extraño.

Intenté imaginar qué más podía hacer para mantenerlo distraído, pero no era fácil. ¿Por qué no había insectos? Si lo supiera, tal vez podría utilizarlo para acabar de hacerle perder la concentración. Sin embargo, al final resultó que ya había hecho suficiente.

—Dios mío —exclamó Mather de repente—. ¡Claro!

—¿Qué?

—Oh, santo Dios. ¡El caballito del diablo!

—¿Una libélula?

—La libélula del Yemen... ¡Es él!

—¿Quién?

—Según la leyenda, su presencia ahuyenta los insectos, pero no lo entiendo, si está aquí, entonces ella lo debería haber percibido.

—¿Ella? ¿Se refiere a la Ganges Roja?

—Sí, a la dama. Sabría... Tiene que saberlo.

—¿La libélula del Yemen? —Estaba visto que la pesadilla empezaba a tomar un cariz aún más surrealista—. ¿Qué es? ¿Por qué es tan importante?

—La Yemen es la única criatura que puede representar una amenaza para la dama. Mientras la Yemen esté aquí, la dama se encuentra en grave peligro. Tengo que volver a su lado.

—¿Ese bicho es más peligroso que ella?

—Muchísimo más. La dama me ha hablado muchas veces del peligro que supone. Solo de pensar en él, se pone histérica. Teme que quiera matarla. Él es la encarnación de...

Mather se estaba poniendo muy pálido.

—¿De qué?

—¡No puedo permitir que llegue hasta ella!

—Espere. —Tenía que entretenerlo, necesitaba mi oportunidad—. Da la sensación de que hace siglos que no hay moscas en la isla. ¿No significa eso que la libélula lleva ya aquí un tiempo?

—Sí, debe de haber estado esperando el momento oportuno. ¡Podría atacar en cualquier momento! —Mather se volvió. Le había entrado prisa por terminar el trabajo y volver a casa cuanto antes. Miró el puñal que había encima de la mesa—. Vamos, señor Reeves, no hace falta que alarguemos esto más.

«¿Que alarguemos esto más? Oh, Dios mío, ¡voy a morir!». Lo vi en sus ojos.

Separó la mano de la pared y empezó a avanzar hacia mí. Aunque todavía estaba paralizado por el miedo, el instinto de supervivencia tomó el mando y me abalancé sobre él. Me detuve en la puerta, y del empujón Mather salió disparado y cayó sobre la masa de carne putrefacta. Su expresión durante la caída, mientras se retorció para mirarme a la cara, casi fue cómica, una expresión de absoluta sorpresa y pánico. Agitó las manos tratando de asirse a algún lado, pero no había lugar al que agarrarse. Oí el sordo impacto causado por la caída, el crujido de los huesos al romperse y, a continuación, el silencio. «Santo cielo —pensé al volverme y echar a correr para salir de allí—. ¡Le he roto el cuello!».

DIFAMACIÓN

Siguiendo el consejo de Mather, no lo alargué ni un minuto más. Crucé la puerta como una exhalación, entré en la otra habitación y subí los escalones de piedra rogando por que el cuerpo de Mather se hubiera hundido en el escalofriante montículo que él mismo había levantado. Cuando alcancé lo alto de la escalera, empujé la puerta que daba al sótano y la encajé con fuerza contra el marco. Corrí hasta uno de los largos bancos, lo arrastré con todas mis fuerzas hasta la puerta y lo empujé contra esta para atrancarla. Si Mather conseguía salir con vida del pozo, estaba seguro de que jamás lograría cruzar la puerta. Atravesé el laboratorio como una exhalación. Los cristales, que ya antes habían sido pisoteados hasta convertirse en incontables añicos, crujían bajo mis pies. Salí a la recepción como alma que lleva el diablo y atravesé la puerta de entrada para ser recibido por la acogedora luz del día.

Pensé en detenerme y ocultarme entre los árboles, pero seguí por el camino, consciente de que si Mather no estaba muerto, el tiempo era precioso. Cuando llegué a la puerta de la verja, trepé a ella para saltarla, aunque con cuidado de no hacerme daño con las prisas. Ya no estaba lejos de la playa y me pregunté cómo iba a abrir el candado de la puerta del cobertizo. Al doblar un recodo mirando al suelo, de repente tuve la sensación de que alguien me observaba. Casi no tuve tiempo ni de levantar la vista cuando tropecé con una figura imponente que me cerraba el paso.

Ambos caímos sobre las altas hierbas que había a un lado del camino y tuve suerte de no golpearme la cabeza contra un tocón de árbol que había ahí mismo. El extraño se levantó rápidamente y, después de sacudirse la ropa, me tendió la mano para ayudarme a ponerme en pie. Era mucho más alto que Mather, vestía una camisa vieja y desgastada, unos pantalones en el mismo estado y unos zapatos que habían visto mejores días. Llevaba el pelo largo y sucio y daba la impresión de que tenía los ojos rodeados de moretones, aunque tal vez fuera el resultado de pasar noches en blanco. En muchos aspectos, encajaba con la descripción que Mather había hecho de Maidon, pero después de todo lo que había visto, no me precipité en sacar conclusiones.

—¡Ayúdeme! Por favor, tiene que... —me detuve en mitad de la frase con la sensación de que algo iba mal.

Estudí la expresión del rostro del hombre en la que no descubrí ni sorpresa ni vida, solo una cansina resignación, como si se hubiera encontrado en aquella situación muchas otras veces.

—Usted debe de ser Ashley Reeves —dijo, mirando angustiado hacia el centro de investigación a mis espaldas—. ¿Qué... Qué le ha hecho?

—¿Es usted Maidon?

Me pregunté si había escapado de un monstruo para acabar en las garras de otro.

—Sí.

—¡Santo Dios!

Me puse en pie e intenté salir corriendo, pero él me agarró por un brazo y me sujetó con una fuerza sorprendente.

—¡Espere! No sé lo que le habrá contado, pero tiene que confiar en mí, nosotros...

—Mire —le interrumpí, soltándome de un estirón—, voy a salir de esta isla, así que no intente detenerme.

—No, no, no es mi intención. ¿Mather... Mather está muerto?

Percibí cierta nota de esperanza en su voz.

—No lo sé, lo empujé al pozo y puede que se haya roto algo, pero...

—Ah. —La sonrisa se desvaneció—. Bueno, por favor, venga conmigo, si quiere salir de aquí tendrá que venir conmigo.

Dio media vuelta y se internó en el bosque. No me moví, miré a un lado y a otro del camino preguntándome qué narices se suponía que debía hacer.

—¿Por qué debería confiar en usted? ¿Cómo sé que no es tan retorcido como él?

—No, no, no —aseguró, volviéndose hacia mí—. Olvide lo que le ha contado sobre mí. Es... Es más listo de lo que se imagina. Venga conmigo antes de que sea demasiado... demasiado tarde.

El comportamiento de Maidon era extraño, pero solo podía confiar en mi instinto y este me decía que Maidon era un mal mucho menor que el que había dejado a mis espaldas, en el centro de investigación. No obstante, tenía que dejar el camino, eso estaba claro, me sentía demasiado desprotegido.

—Usted vaya a donde quiera —decidí al fin—, yo voy a la playa. El bote de Mather es el único medio de salir de la isla.

—No, no, no —insistió Maidon, sacudiendo la cabeza—. No lo es, ¡así no podrá escapar!

—¿Qué?

—Puede salir de la isla, pero no con el bote del cobertizo. Es una de sus bromas, no tiene fondo. El bote de verdad está oculto en otra playa. Sé cómo llegar hasta allí, pero Mather lleva consigo la llave. Venga.

—Pero...

—¡Deprisa!

—Está bien —claudiqué al fin.

Sabía que podía acabar resultando una mala idea, pero lo seguí hacia el bosque. Lo que había dicho de Mather y del cobertizo había sonado bastante plausible.

Nos abrimos camino a través de ramas y hojas y pusimos distancia entre nosotros

y el sendero. No había caminos visibles que seguir, pero Maidon sabía adonde iba. Al cabo de un rato, empezamos a subir una ladera. Resbalé un par de veces y Maidon se paró para esperarme, aunque con evidente impaciencia. Al final, el terreno se allanó y vi algo similar a una caravana, aunque la pintura del exterior hacía tiempo que se había descolorido y había sido sustituida por una gruesa capa de óxido. Una estampa poco hospitalaria, pero para Maidon eso era su hogar.

Subió los escalones que conducían a la puerta de la caravana, la abrió y me hizo un gesto para que entrara. Él me siguió detrás y cerró la puerta a sus espaldas. Una vez dentro, me señaló un taburete que había junto a una ventana con cortinillas y me senté, aunque el asiento estaba un poco torcido. Supuse que en su momento hubo asientos como Dios manda, pero debieron de sacarlos para tener más espacio. Maidon corrió las cortinillas de las otras ventanas y se sentó en una silla de aspecto más cómodo, junto a una mesita abarrotada de periódicos, revistas y carboncillos. A través de los huecos que quedaban entre los papeles, observé que la superficie de la mesa estaba llena de rayadas, como el pupitre de un colegio.

—¿Le gusta la oscuridad?

Me hizo sentir incómodo que Maidon cerrara el paso a la luz del día.

—Es el único modo de tener intimidad que me puedo permitir —contestó—. Nunca sé cuándo Mather me está observando... Esta es la única manera de estar solo.

—Ya veo.

—Espero que haya muerto. Mucho mejor para nosotros si lo está. —Me miró a los ojos y se rascó la palma de la mano con nerviosismo—. Si sigue vivo, primero irá al cobertizo del bote, y cuando compruebe que usted no está allí, supondrá que ha vuelto a la casa.

Gracias a aquellos minutos de descanso, constaté lo distintos que eran Mather y Maidon. Maidon era inteligente, pero no podía compararse con Mather. Mi instinto me decía que no era de Maidon del que tenía que preocuparme, Maidon no irradiaba la malignidad de Mather. El hombre estaba demasiado débil para representar algún tipo de amenaza. Seguía sin tenerlas todas conmigo, pero le presté más atención, tal vez intentaba ayudarme de verdad.

—¿Qué hará cuando se dé cuenta de que no estoy allí?

—¡Le buscará por toda la isla! Ya lo creo que sí. No se imaginará que le he ayudado, o al menos eso creo.

—Entonces, ¿va a ayudarme? —le pregunté, aliviado—. Por favor, tengo que salir de aquí. Los dos tenemos que irnos.

—Sí, le ayudaré... pero ya no me importa lo que pueda ocurrir conmigo, siempre que él esté muerto.

Nuestras miradas se encontraron.

—¿Cuánta gente ha muerto aquí?

—¿Ha visto los cadáveres del pozo?

—Sí.

—Esos no llegan ni a la mitad.

—¿Hay más?

—Mather... solía lastrar los cuerpos y arrojarlos al lago hasta que lo convencí de que tarde o temprano alguien los encontraría, los pescadores o... los turistas.

—¿Cuántos?

—No lo creería, Ashley.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Fui yo quien lo encontré.

—¿Me encontró?

—Sí, en *El eslabón perdido*. Así hacemos llegar a la gente hasta aquí. Cuando Mather necesitó cuerpos para sus experimentos, pensó que podría utilizar el m... mosquito para atraer gente. Le pagaba a Derringer para...

—¿A Derringer?

—El capitán del puerto.

—Ah, ya.

—Le pagaba para que le trajera revistas y periódicos del quiosco del pueblo un par de veces al mes. Yo les echaba un vistazo y seleccionaba aquellos que pudieran estar interesados en la Ganges Roja. Científicos, entomólogos... Periodistas. —Me miró y se volvió. Apartó una cortinilla con cuidado y echó un vistazo—. Les enviábamos una carta para despertar su interés y esperábamos a que aparecieran por aquí. Algunos venían, otros no. Hemos tenido muchas visitas —aseguró, con mirada distante y pesarosa—. Jamás creí que nos saldríamos con la nuestra tanto tiempo.

—Pero alguien debe de haber echado de menos a esa gente. ¿Qué hacen cuando los amigos y la familia vienen a buscarlos?

—Mather dice que en las revistas científicas, como la suya, trabaja gente sin demasiada vida social. La mayoría son personas solitarias. En sus cartas, Mather siempre les dice que no mencionen adonde van. Creen que se debe a que la historia es un secreto, por eso mismo desaparecen con mayor facilidad.

—Sin embargo, siguen corriendo un gran riesgo.

—Sí, pero ahí es donde entra Derringer. Al tiempo que nos trae las revistas y todo lo demás, borra el rastro de estas personas. Si la gente empieza a fisgar, les dice que no ha visto a nadie. Y le creen.

—¿Mather también paga a Derringer para que haga eso?

—Sí, creo que le paga muy bien.

—Pero ¿y la estación de tren? ¿Y si alguien recuerda haber visto a una de esas personas?

—Tryst es un pueblo pequeño, pero por aquí viene mucha gente, turistas y

excursionistas, incluso durante los meses más fríos. Dudo que los jefes de la estación de tren se acuerden de una persona en concreto.

A medida que conocía más detalles de su abominable proyecto, el frío se iba apoderando de mí. Hasta aquel momento no me había dado cuenta de lo cerca de la muerte que me había encontrado. Por lo visto, Mather había pensado en todo y, a juzgar por el número de cadáveres que había en la isla o en sus alrededores, jamás había permitido que alguien escapara.

—Mire, ambos deberíamos salir de esta maldita isla antes de que Mather consiga arrastrarse fuera de ese pozo.

—Primero tiene que oír esto porque cuando vuelva tiene que contar esta historia, yo... yo nunca... Escúcheme, por favor, es importante. Mather es solo uno de los peligros a los que tendrá que hacer frente.

A pesar de la tensión de la situación, mi curiosidad pudo conmigo.

—Mather me contó una historia acerca de sus días de estudiante de medicina. Me explicó que usted intentó que él le ayudara a extraer el hígado de un pobre indigente. Dijo que fue usted el que continuó los experimentos después de aquello.

—¡Claro que le dijo todo eso! Forma parte de la trampa, le cuenta eso para que sienta pena por él.

Había algo en la actitud de Maidon, en su apremio, que me empujaba a creerle.

—Entonces ¿qué ocurrió de verdad?

—Ma... Mather fue el que tuvo la idea y el que me obligó a ayudarlo. Dijo que si no le ayudaba, haría todo lo que estuviera en su mano para que no me graduara...

—Le utilizó.

—Ajá. Debía de llevar planeándolo mucho tiempo y quería que yo acabara apreciándole antes de contarme lo que pretendía hacer.

—Menuda pieza —comenté, sacudiendo la cabeza.

—Sin embargo, es... Es el hombre más inteligente que jamás haya conocido —afirmó Maidon con tristeza—. Y el único amigo de verdad...

—¿Amigo?

—Sí. Él era el único que me escuchaba, y suponía todo un honor que me relacionaran con él.

—No lo admirará, ¿verdad?

—¡Por supuesto que sí! —Me miró fijamente, sorprendido, como si hubiera dicho algo ridículo—. Está enfermo, pero es... ¡Es un dios!

—¿Un dios? ¿Cómo puede decir eso? Es un monstruo.

—Lo que ha estado haciendo estos últimos años... Los experimentos... Son espantosos... Horripilantes. Jamás imaginé que un ser humano pudiera hacerle esas cosas a un congénere, pero me resulta imposible no sentirme intimidado por su fortaleza mental. Puede hacerlo una y otra vez... y su fortaleza mental jamás flaquea.

Sin embargo, yo... No creía que iba a ayudarme tanto tiempo... No estoy seguro de saber quién soy. Mi comprensión del mundo... ha cambiado.

—No puedo creer que lleve aquí todo este tiempo. Tiene que desvincularse de lo que está ocurriendo aquí.

—Ya hace mucho tiempo que no le ayudo... Llegó un momento en que no pude seguir. Él no dejaba de amenazarme con que me enviaría ese m... monstruo, y la amenaza surtió efecto durante un tiempo, pero al final ni siquiera eso pudo obligarme a ayudarlo a hacer lo que hace. Hasta cierto punto, creo, que incluso le gustó eso de ocuparse él solo de los cuerpos. Ahora me limito a buscarle los nombres, pero he de ponerle fin incluso a eso. Quiero acabar con él y con su trabajo. No voy a fingir que soy menos culpable que él, no le ayudo a usted porque tenga buen corazón, lo hago porque... esto se ha de acabar de una vez por todas.

—Olvide lo de pararle los pies, lo que importa es salir de aquí con vida. Mientras siga en ese pozo, nosotros podremos...

—No, no, no. No es tan sencillo. ¿Ha visto la G... Ganges Roja?

—Sí.

—Sin esa criatura, nosotros no estaríamos aquí. Si el mosquito no hubiera encontrado a Mather, él jamás habría venido a este sitio.

—Pero si él me dijo que la había encontrado después de venir aquí.

—Más mentiras.

—¿Me ha mentado en todo?

—No, no en todo. Forma parte de su juego. El mosquito, por ejemplo. Apuesto lo que quiera a que lo que le contó del mosquito es cierto. Por ridículo que parezca, no es una leyenda. Y fue ella la que encontró a Mather, no al revés. Lo encontró y lo hizo su esclavo.

—¿Qué?

—Verá... La Ganges Roja no es la que está atrapada... Somos nosotros.

Maidon miró al suelo, parecía agobiado por la desesperanza.

—Pero si no es más que un insecto.

—Ojalá.

Alzó la vista y sacudió la cabeza. De súbito, oímos el chasquido de una rama y un escalofrío me recorrió el cuerpo. ¿Habría escapado Mather del centro de investigación? Imposible. Maidon se acercó con sigilo a una de las ventanas y apartó una cortinilla con sumo cuidado. Miró a uno y otro lado y soltó un suspiro de alivio.

—No pasa nada —aseguró—. Es el señor Hopkins.

—Veamos... —Intenté recuperar la compostura, pero el corazón seguía latiéndome a mil por hora—. Para empezar, ¿cómo acabó involucrado en los experimentos de Mather?

—Pasaba una mala temporada en la Facultad de Medicina y Mather solía salir en

mi defensa. Cuando me pidió que le ayudara con su trabajo, sinceramente pensé que quería que le echara una mano para hacer algún bien que beneficiara a la humanidad, y me sentí privilegiado. —Maidon volvió a sentarse—. Con el tiempo descubrí que era un psicópata.

—Hasta que encontré el pozo y los cadáveres, no empecé a sospechar que le pasaba algo —añadí—. Lo disimula muy bien. ¿A qué se refería antes cuando dijo que el mosquito no es solo un insecto?

—No pretendo entenderlo, lo único que sé es lo que he visto y oído. —Maidon se frotó la frente—. No sé cómo, la criatura escogió a Mather sabiendo lo que hacía. Lo eligió porque es capaz de hacer lo que se tiene que hacer. Creo que estaba al tanto de sus experimentos y por eso decidió utilizarlo.

—¿Utilizarlo? ¿A qué se refiere? ¡Es un insecto!

—No del todo. Lo que usted ve solo es el envoltorio, lo mismo que el cuerpo para nosotros, pero lo importante está en el interior. Ella pide sangre, igual que los demás mosquitos, pero sacia su sed con las víctimas que M... Mather le suministra, aunque... en realidad busca otra cosa.

Maidon se retorció las manos. Parecía un hombre confinado en la celda de una prisión. Mather debía de haberle apretado mucho los tornillos.

—Los mosquitos no tienen inteligencia.

—Esta sí —insistió. Maidon sonrió, aunque su sonrisa no transmitía alegría, sino terror. Decidí no seguir discutiendo por el momento sobre el mosquito ya que nos quedaba muy poco tiempo y quería sacarle toda la información de valor que fuera posible.

—¿Por qué se trasladaron a esta isla? ¿Porque había menos posibilidades de que los descubrieran?

—Sí, eso creo. Mather sabía que en la ciudad lo atraparían tarde o temprano.

—¿Cómo encontró el mosquito exactamente? Me dijo que se lo trajo un amigo de África.

—Todavía no estoy del todo seguro cómo sucedió, pero le contaré lo que recuerdo, eso le ayudará a comprender algo más el peligro en que se encuentra.

—De acuerdo, pero, por favor, sea breve. No...

—Lo sé, lo sé.

Maidon intentó calmarse un poco. En la penumbra de la caravana parecía un pálido espectro debatiendo a qué lado de la muerte pertenecía. Yo estaba desesperado por salir de allí, pero la historia que estaba descubriendo ejercía demasiada fascinación sobre mí.

ABSOLUCIÓN

—A veces creía descubrir algo espeluznante en la mirada de Mather. Al principio me dije que era cosa de mi imaginación, pero más tarde me di cuenta de que le pasaba algo, era imposible que las atrocidades que cometía fueran todas en nombre de la ciencia.

Maidon se puso en pie y comenzó a pasear nervioso por la estancia. Su ropa pertenecía a una década olvidada y su piel tenía el tono pálido de la descomposición, de la muerte. El aspecto general era el de un hombre aferrándose a la vida por una razón desconocida, aunque importante, a pesar de que la muerte casi lo había llamado a su lado.

—Esa noche, Mather había acabado de operar a un hombre que había escogido en los alrededores de la estación del tren —continuó—. Le había practicado unas incisiones profundas en las muñecas y le había seccionado los tendones para cambiárselos de sitio y volver a unirlos. Quería que el hombre creyera que estaba moviendo un dedo, cuando en realidad movía otro. Aquello no tenía justificación, pero yo... Tal vez fue la bebida o las drogas, porque solía abusar de ambas. Nunca vi qué les ocurría a los que sobrevivían a los experimentos. Supongo que los mataba, si no, habrían... Quizá por eso le resultó tan fácil controlarme, porque yo casi siempre estaba colocado. De todos modos, esa noche en concreto estábamos esperando a que el sujeto se despertara cuando oímos que alguien llamaba a la puerta con mucha suavidad... —Maidon ahogó una risita—. A veces, Mather y yo pensábamos lo mismo, porque dijo exactamente lo que a mí me pasaba por la cabeza en ese momento: «Oí un golpe de repente, como si alguien llamara suavemente a la puerta de mi habitación». Es del poema *El cuervo*, de Edgar Allan Poe. Me puso nervioso oír esas palabras en alto. Me acerqué hasta la puerta y la abrí. Jamás he tenido ni tanto miedo ni tanto frío como esa noche ante aquella monstruosidad. Desprendía un brillo rojizo muy intenso y su zumbido producía un soniquete espantoso. Se suspendía delante de mí hasta que retrocedió, como si fuera a embestir contra mi cabeza. Me cubrí la cara con las manos, pero me pasó volando por el lado, junto a la oreja, en dirección a Mather.

»Me volví creyendo que me encontraría a Mather peleándose con el bicho, pero el mosquito se posó sobre el busto de Florence Nightingale que había pertenecido a la difunta tía de Mather, y se quedó allí observando a Mather, como si lo estudiara.

»Cerré la puerta y me acerqué a la mesa. El pie del paciente empezó a dar sacudidas, anuncio de que pronto recuperaría la consciencia. Mather seguía absorto en su mirada, creo que incluso sonreía. Jamás había visto un insecto tan grande. Mather se acercó al busto, se detuvo delante del mosquito y, mirándolo fijamente,

recitó otro verso del poema: «¡Decidme cuál es vuestro distinguido nombre, en los dominios plutónicos de la noche!». El mosquito aleteó con más fuerza y emitió un extraño zumbido agudo que me traspasó la cabeza. El dolor era insoportable. Tuve la sensación de que la criatura intentaba bloquear mis pensamientos para que no oyera algo, así que me alejé hasta el otro extremo de la habitación para aclarar las ideas. Mather también se frotaba la frente, pero no parecía que le afectara tanto como a mí. Estaba boquiabierto y los ojos se le salían de las órbitas. El insecto le estaba haciendo algo, algo raro.

»En la mesa, el brazo izquierdo del hombre se estremeció y el sujeto soltó un gruñido. “Dios santo, se está despertando”, pensé. Me acerqué a su cabeza y vi que empezaba a parpadear. Miré a Mather para que me dijera qué hacer, pero él seguía absorto en el mosquito.

»—¡Ven aquí, por el amor de Dios! —le grité—. Está despertándose.

»Mather se volvió hacia mí, sonriente.

»—¿No me digas? Qué oportuno —respondió.

»—¿Oportuno? ¿Qué dices? Necesita más anestesia.

»—¡No! —Mather se acercó a mí y me cogió por la muñeca—. No gastes más, no la va a necesitar.

»—¿Qué?

»—Ya lo verás. —Me soltó el brazo, volvió a mirar el insecto y le hizo un gesto afirmativo con la cabeza—. Adelante —lo invitó—, sírvete tú misma.

»Lo miré atónito preguntándome qué locura se había adueñado de él. En ese momento, el mosquito se alzó era el aire y se lanzó derecho al cuello del paciente.

»—¿Qué hace? ¿Por qué está...?

»Comprendí demasiado tarde lo que iba a suceder. El mosquito clavó la trompa con aguijón en la yugular del pobre hombre. Retrocedí anonadado. Por si el tamaño de esa cosa no era lo bastante aterrador, el modo en que le chupó la sangre a la víctima lo fue sin duda. El cuerpo del mosquito fue creciendo hasta que alcanzó el doble de su tamaño anterior. Tiré a Mather de la manga.

»—Deberíamos salir de aquí y llamar a alguien —sugerí—, alguien que sepa de bichos como ese.

»El mosquito continuó alimentándose hasta que tuvo el cuerpo hinchado de sangre. A continuación, apartó el tubo, aleteó un momento y se posó tan tranquilo.

»—Un espectáculo sublime —comentó Mather.

»—¿Qué narices es eso?

»—Algo muy especial, eso seguro. Muy, muy especial.

»—¿Especial? Por Dios santo, ¿no creerás que vamos...?

»En ese instante, empezó a ocurrirle algo al cuello del paciente que me dejó mudo. Mather también se había dado cuenta.

»—¡Santo cielo! —murmuró.

»El insecto se alejó del paciente y se posó en el busto. Lo que momentos antes no había sido más que un pinchazo se estaba convirtiendo en un agujero humeante que iba ensanchándose y del que salía un olor nauseabundo a carne putrefacta. El paciente estaba totalmente consciente y agitaba los brazos desesperado. Instantes después... empezó a chillar.

»La saliva del mosquito había consumido la mitad izquierda del cuello del hombre. Intenté poner fin a su sufrimiento inyectándole una dosis mortal de morfina, pero Mather me detuvo. Tuve que ver cómo moría el pobre hombre. Aquella noche la mente de Mather sufrió un cambio. Había hecho cosas espantosas antes, pero desde aquella noche en adelante se volvieron más atroces. Estaba a punto de decir que acudiría a la policía, pero antes de que pudiera hablar, el mosquito alzó el vuelo y se posó sobre la mesa, delante de mí.

»—Sé lo que vas a decir —me susurró Mather al oído— y ella también.

»—¿De qué...? ¿De qué estás hablando?

»Forcejeé con él para tratar de soltarme, pero me tenía sujeto con fuerza. Mather soltó una carcajada, pero al final me dejó ir. Me alejé tambaleante de la mesa y pisé el charco de sangre que había en el suelo.

»—Por lo visto, la dama lleva un tiempo buscando a alguien como yo.

»Mather sonrió y alargó una mano. El mosquito voló hasta su palma.

»—¿Qué haces? ¡Aléjate de esa cosa o te matará!

»Retrocedí un paso hacia la puerta. Mather profirió una risa espeluznante.

»—No tiene intención de hacerme daño, Maidon. La salvación se presenta de muchas formas distintas.

»—¿La salvación? ¿De qué estás hablando?

»—Todavía no estoy seguro del todo, pero lo sabré con el tiempo. —Miró el mosquito con cierta adoración—. Creo que tiene mucho que enseñarme. —Volvió a reír entre dientes—. Venga, sé un buen chico y no la disgustes, no querrás correr el mismo destino que este pobre hombre, ¿verdad?

»—¡Por amor de Dios, Mather, mira este desastre! ¡Esa cosa es peligrosa! Tenemos que decírselo a alguien.

»—¿De qué estás hablando? ¿Decírselo a quién? —Se acercó a mí, mirándome fijamente—. ¿Qué crees que pasará si le explicas a la policía los detalles de nuestros experimentos? ¿Eh? Que nos encerrarán a ambos y arrojarán la llave. Lo sabes. Eso, claro está, si ella no te atrapa antes.

»La idea de ser la próxima víctima de la criatura pudo más que yo. Parecía como si tuviera controlado a Mather, por eso no se mostraba hostil con él. De hecho, a partir de aquella noche se hicieron inseparables. Seguí ayudándole con sus experimentos, incluso cuando se hizo evidente que no quedaba en él ni una brizna de

curiosidad científica. Mutilar a esa pobre gente le reportaba placer, pero siempre se defendía cuando yo cuestionaba sus métodos. Me aseguraba que era el único modo de aprender más sobre el cuerpo humano y sobre la conexión entre el cuerpo y la mente.

»Poco después de aquella terrorífica noche, Mather me anunció que se trasladaba lejos de Londres, a una isla que había comprado. Le pregunté cómo se las había arreglado para comprarse toda una isla y me explicó no sé qué sobre una herencia. Aunque me lo aseguró una y otra vez, no me convenció. Intenté alejarme de él y le supliqué que me dejara en paz, pero ni siquiera me escuchó. No confiaba en mí y quizá tuviera razón.

»De repente, un día me invitó a su casa por un tema de gran urgencia. Cuando llegué, le pregunté si había ocurrido algo malo y él respondió que algo había ocurrido, pero que era magnífico. La Ganges Roja estaba con él y parecía igual de nerviosa. Mather dijo que tenía que adelantarse e ir a la isla por un día o dos para asegurarse de que todo estuviera dispuesto para el traslado. Debí de palidecer cuando me informó de que la dama se quedaría en casa para vigilarme. Insistí en que no había necesidad, que no causaría problemas, pero ni siquiera fingió que me escuchaba. Se fue aquella noche y me dejó con el mosquito, el cual parecía encantado con su función de vigilancia. Podía moverme con total libertad por la casa, pero por lo demás era un prisionero. Me resultó extraño que Mather fuera capaz de separarse del insecto pues hasta entonces jamás se habían alejado el uno del otro. Mather regresó a la segunda noche de su partida, pero no comentó nada acerca de cómo le había ido el viaje, únicamente que todo estaba como debía estar y que nos mudábamos a la semana siguiente. Ni me molesté en insistir en que prefería quedarme allí. No habría servido de nada.

»Llevamos muchos años en la isla, creo que ya he perdido la cuenta. La casa estaba aquí cuando llegamos e ignoro la suerte que corrió el anterior dueño. Mather dijo que no sabía nada de la historia de la casa salvo que un tal Cotton, un benefactor, se la había dejado junto con el resto de la isla. Esta caravana también estaba aquí cuando llegamos y Mather me dijo que sería mi hogar, que ya me haría saber cuándo requeriría mi ayuda. Me trae comida una vez a la semana. No es mucho, pero lo suficiente para ir tirando. En muchos sentidos, me siento como un animal, un animal enjaulado obligado a servir a su dueño. Aunque ¿qué otra cosa puedo hacer? No puedo reintegrarme en la sociedad, no después de todo lo que he visto y he hecho, y sé que Mather dejaría suelto el mosquito para que me diera caza y acabara conmigo. No, es imposible que pueda escapar.

Maidon era un hombre cansado, cansado de muchas cosas. Descorrió ligeramente una cortinilla y volvió a echar un vistazo por la ventana.

—¿Todavía le trae comida? ¿Aunque ya no le ayude con los experimentos?

—Sí... Creo que no es capaz de abandonarme del todo y que tampoco quiere

matarme... salvo que tenga que hacerlo. Hemos pasado muchas cosas juntos. Por raro que parezca, creo que me considera su amigo, aunque ni él mismo se dé cuenta.

—¿Nunca ha intentado escapar?

—¿Adónde iría? ¿Qué haría? Estoy encadenado a Mather, a esta isla y a los horrores que he visto. No puedo irme, no sabría cómo sobrevivir... Además, está ella...

—¿Ella?

—Mather tiene un libro que se titula *Su historia*. Dice que es...

—Un momento, lo he leído. Bueno, unas páginas. Mather me señaló un capítulo titulado «La leyenda de Nhan»...

—Diep.

—Sí, eso es.

—¿Ha leído la historia?

—A medias, me quedé dormido. Mather me contó algo más esta mañana, me explicó la parte en la que ella abandona a su marido por un marino mercante.

—Sí, si no hubiera aparecido ese marinero, las cosas podrían haber sido distintas.

—¿La historia tiene importancia?

—Tal vez sea la explicación de todo.

—Pero si no es más que una leyenda. Como eso de que la Ganges Roja puede... penetrar en las mentes de los hombres.

—Creo que hay algo de verdad en la historia. Permítame contarle el resto de la leyenda, podría ayudarle.

—Está bien...

—Seré breve, se lo prometo, Veamos... El barco mercante... Ah, sí, trataban a Nhan Diep como a una reina. Ya no tenía que trabajar, de lo único que debía preocuparse era de estar hermosa para su nuevo marido.

Tropecé con la mirada atormentada de Maidon y tuve la sensación de que aquella conversación era tan beneficiosa para mí como para él. No había hablado con nadie más que con Mather durante años. Debía de resultar reconfortante tener a alguien con quien charlar.

—Ngoc Tam buscó a su mujer durante días, creyendo que la habían raptado —prosiguió Maidon—. Un día, a punto de abandonar un puerto en el que había atracado para abastecerse para el resto del viaje, creyó ver a su esposa tomando el sol en la cubierta del largo navío que en aquellos momentos era su hogar. Ngoc Tam dejó caer lo que llevaba en las manos y se la quedó mirando, incapaz de creer lo que estaba viendo. En aquel momento, el marino mercante salió de la cabina, besó a Diep con ternura en la mejilla y se tumbó a su lado. Tam se puso furioso. Asaltó el barco mercante y arrojó al agua a dos guardias cegado por la ira. Exigió saber qué estaba ocurriendo y, atónito, escuchó decir a Diep que había escogido al marino mercante,

quien le había prometido todo lo que pidiera. Tam guardó silencio unos instantes mientras el marino se preguntaba cómo se resolvería la situación. Tam asintió con un gesto de cabeza y se resignó ante la evidencia de que había perdido a su dama. Sin embargo, antes de irse exigió a Diep que le restituyera las tres gotas de sangre que le había dado para devolverle la vida. Diep soltó una carcajada y se encogió de hombros. A continuación, se hizo con un cuchillo que había en un cuenco y se hizo un corte en la punta del dedo índice...

—¿Le devolvió la sangre?

—Bueno, Diep creía que se había vuelto loco y solo pretendía complacerlo con la esperanza de que la dejara en paz cuanto antes. En cualquier caso, cuando Tam recibió la sangre en la palma de la mano, tuvo lugar una transformación. Diep se alzó de los cojines en los que descansaba y empezó a menguar, su cuerpo empezó a retorcerse y a doblarse sobre sí mismo. Tam y el marino mercante retrocedieron horrorizados ante lo que estaban presenciando. En cuestión de segundos, Diep alcanzó el tamaño de una mosca, aunque a diferencia de esta, ella tenía un largo agujijón que se extendía desde la cabeza. Un agujijón concebido para una sola cosa.

—Sangre.

—Exacto, pero no cualquier sangre, sino la sangre de Tam, solo así podría volver a convertirse en una mujer. Voló hasta él, pero Tam la dejó aturdida cuando trató de espantarla. Al volver a levantar el vuelo, Tam ya se había ido. Diep desconocía el camino de regreso a casa, por lo que tuvo que emprender la búsqueda desesperada y sin descanso de su marido... —Maidon frunció los labios, juntó las manos y se miró los pies. Acto seguido, ahogó una risita—. A pesar de todo, es una bonita historia —comentó.

—Sí, aunque perdone que insista, pero ¿qué tiene que ver con nuestra situación?

—Creo que la historia explica la existencia de la Ganges Roja.

—¿Qué? ¿No creerá que... la Ganges Roja es... Nhan Diep?

—Sí.

—¿Porqué?

—¿Por qué no? He oído cosas más extrañas.

—Yo no.

—Si conoce las historias sobre la Ganges Roja, el extraño poder que ejerce sobre Mather y su sed de sangre a pesar de que no puede reproducirse, entonces...

—Venga, hombre. —Solté una carcajada—. Eso es tener mucha imaginación. De acuerdo que el mosquito es extraordinario, pero no es más que un fenómeno de la naturaleza, solo eso. No existe ninguna prueba que sugiera que tenga algún tipo de relación con la leyenda. Es decir, ¿ha experimentado usted algún tipo de fenómeno extraño estando cerca de ella?

—Directamente no, pero se comunica con Mather, de eso estoy seguro.

—Imaginaciones de Mather... Eso o está jugando con usted.

—No, no. Antes de que ella llegara, Mather se comportaba de forma normal, bueno, aparte de los experimentos.

—Está bien —le concedí—, digamos que hago un gran esfuerzo de imaginación y creo que es verdad, entonces ¿qué hace Nhan Diep aquí exactamente? ¿Qué busca?

—Creo que está haciendo que Mather la ayude. Él y yo atraemos a gente a esta isla y ella se alimenta de ellos con la esperanza de que algún día encuentre...

—¿La sangre de su marido? ¡Eso es de locos!

—Sí, bueno, Mather está convencido, estoy seguro. Sea cierto o no, conque crea en ello ya es suficiente para ponernos en peligro.

Miré la ojerosa cara de Maidon, sus marcadas y pálidas facciones. Era un prisionero y actuaba como tal.

—Está bien, ¿no vendría siendo hora de largarse de aquí? —pregunté.

—Ya se lo dije, yo no voy a ninguna parte.

—Pero...

—No puedo irme.

¿Por qué?

—¿Es que no me ha estado escuchando? No puedo reintegrarme en la sociedad. Además... Creo que ella sabría que trato de huir. Aunque consiguiera salir vivo de la isla, ella me encontraría y me lo haría pagar. Sin embargo, a usted aún le queda una oportunidad, no ha estado expuesto a ella demasiado tiempo...

En ese caso le enviaré ayuda tan pronto como llegue al pueblo. —Me levanté—. Mather comentó en el sótano algo sobre una libélula y parecía bastante preocupado. ¿Eso le dice algo?

—No recuerdo que nunca dijera nada sobre una libélula. Salvo que sea...

Maidon frunció el ceño, dándole vueltas a algo.

—Mather cree que es una amenaza —añadí—. Creo que la llamó la Yemen algo.

—¿La Yemen! Sí. Así que la Yemen es una libélula... Ahora todo tiene sentido. Las libélulas se alimentan de mosquitos. Ha debido de venir a por ella.

—¿Quién?

—¿Recuerda el genio de la historia de Nhan Diep?

—Sí.

—Una de las formas que adoptaba era la de una libélula, y se supone que es inmortal, así que... Tal vez sea cierto, tal vez ha venido a por ella, a detenerla. Eso explicaría por qué se han ido todas las moscas.

—¿Usted también se ha dado cuenta?

—Sí. Debe de llevar por aquí algún tiempo, observándola y asegurándose de que por fin la ha encontrado. Quizá haya expulsado los demás insectos para que no lo distraigan. Libélula del Yemen debe de ser el nombre moderno, como Ganges Roja.

Tiene que haber estado siguiéndola desde hace mucho tiempo, razón de más para que salga de esta isla tan pronto como le sea posible. No me gustaría encontrarme en medio de ese enfrentamiento.

Pensé que el tipo deliraba. El hombre creía ciegamente en la leyenda, tanto como el propio Mather. Hice un último intento para persuadirle de que abandonara la isla conmigo.

—¿Está seguro de que por lo menos no quiere intentar salir de aquí?

—Ashley, lo último que merezco de nadie es compasión. Hace mucho tiempo que perdí ese derecho. Soy un monstruo, como Mather o la dama.

—¿De modo que tiene intención de morir aquí?

—Mi destino está ligado al de Mather, siempre lo ha estado.

Reflexioné unos instantes. A pesar de lo que Maidon había hecho, me resultaba imposible no sentir pena por él. Había desafiado a Mather cuando las cosas habían ido demasiado lejos y luego se había visto obligado a seguir ayudándole en contra de su voluntad.

—Bueno, ¿cómo salgo de la isla si no puedo utilizar el bote de Mather?

—Se lo enseñaré —dijo, levantándose y abriendo con cuidado la puerta de la caravana.

Echamos un cauteloso vistazo a nuestro alrededor en busca de alguna señal de Mather y prestamos atención a los susurros o los chasquidos de las ramas en cuanto pusimos un pie en el suelo del bosque. Una vez que Maidon se convenció de que estábamos solos, me miró y me hizo un gesto con la cabeza para indicarme que el camino estaba despejado y que podíamos continuar. Ya casi era mediodía. Lo único que anhelaba era encontrarme de vuelta en casa y poner toda la distancia que fuera posible entre la isla y yo.

—Vamos —me indicó Maidon.

Seguí su paso apresurado aunque no tenía ni idea de adónde me llevaba. Mi instinto me dijo que nos dirigíamos hacia la casa, pero si fuera así, en algún momento tendríamos que haber salido al camino. Al cabo de unos cinco minutos, Maidon se detuvo en lo alto de una pequeña elevación y me esperó.

—Está allí abajo, al pie de la colina.

Empezamos a bajar la pendiente.

—Pero si allí abajo no hay nada —objeté.

Maidon no respondió, así que me limité a seguirle y a dejarme resbalar de vez en cuando para no caer rodando.

Cuando llegamos al pie de la colina, Maidon estaba esperándome en medio de un pequeño claro, vuelto hacia mí. Me puse a su lado con mirada inquisitiva mientras Maidon estudiaba el suelo bajo nuestros pies. Seguí la dirección de su mirada y al principio no distinguí nada interesante aparte de tierra, hojas y ramas rotas... hasta

que lo vi.

Estaba bien camuflado. Un grueso y viejo cabo que asomaba poco más que unos centímetros. Por lo visto, los extremos quedaban ocultos bajo el manto otoñal, supuestamente atados a algo. Maidon se agachó, cogió el cabo con ambas manos y poco a poco fue enderezando el cuerpo, apoyándose en las piernas y sujetando el cabo con firmeza. Lentamente, la cuerda fue quedando a la vista y levantando tras ella una sección cuadrada de suelo que al final resultó ser una escotilla de madera. En aquel momento se oyó un extraño estruendo y Maidon soltó la cuerda. Lo miré y vi que se tambaleaba hacia atrás y se llevaba las manos a la frente, que sangraba en abundancia.

Resbaló, cayó boca arriba y se golpeó la cabeza contra el suelo con dureza. No volvió a moverse. Supe lo que había ocurrido incluso antes de confirmarlo. Me volví lentamente hacia la izquierda y vi la figura desesperada que sujetaba sobre su cabeza una pala con la que estaba a punto de asestar un nuevo golpe. En sus ojos no había ni ira ni sed de venganza, solo deseos de matar. Tuve menos de un segundo para prepararme antes de que la hoja fría y dura de la pala de Mather me golpeará la cara.

CONGREGACIÓN

No encuentro palabras para explicar las náuseas que sentí al recobrar la conciencia. Fue como despertar después de haber sufrido un accidente de coche y tener resaca. Mather me había trasladado a otro lugar que no supe identificar hasta que conseguí enfocar la vista. Parecía diferente, pero no cabía duda de que me encontraba en el claro que había junto a la casa, y el sol se estaba poniendo. Una nueva punzada de dolor me traspasó la cabeza y lancé un gemido. El molesto pitido que me perforaba los oídos apenas me permitía oír nada. Sentí ganas de vomitar, pero ya podía olvidarme de ponerme en pie porque no podía moverme. Mather me había atado a un árbol con una cuerda gruesa, mirando hacia el claro; la casa quedaba a mi izquierda. Intenté dar la vuelta al árbol retorciéndome para ver si conseguía aflojar la cuerda, pero fue un esfuerzo inútil. Mather me debía de haber juntado las manos detrás antes de atármelas y después me había pasado otra cuerda por la cintura, que también había atado al tronco. Estaba claro que no quería dejar ningún cabo suelto. Tiré de los nudos varias veces para ver si se deshacían, pero no hubo Suerte. Tendría que esperar a tener la cabeza más despejada y a haber recuperado las fuerzas, así que me quedé quieto y cerré los ojos, indefenso, deseando que Mather tardara mucho tiempo en volver.

Supongo que volví a desmayarme, porque la noche había caído sobre la isla cuando abrí los ojos. Por fortuna, la luna llena lo bañaba todo con una pálida luz azulada. De vez en cuando oía un pájaro u otra criatura que se movía entre las ramas por encima de mi cabeza, o que se escurría entre las hojas del suelo, pero por lo demás todo estaba sumido en un completo silencio. Me sentí desdichadamente solo y más vulnerable que nunca.

Al cabo de un rato, no tengo ni idea de cuánto, un par de puntos verdes y luminosos aparecieron junto a uno de los árboles al otro extremo del claro. Al principio me dejé llevar por el pánico intentando imaginar qué criatura salvaje y extraña se habría interesado por mí, pero luego caí en la cuenta de que esos ojos únicamente podían pertenecer a un gato, y, por lo que sabía, solo había uno por los alrededores.

Estaba allí quieto, observándome, tal vez se preguntaba qué pensar del lío en que me había metido. Al poco rato se acercó con toda tranquilidad. En la oscuridad tenía mucho mejor aspecto, incluso daba la impresión de que se movía con un poco más de gracia y dignidad. Tal vez la noche sacara lo mejor que había en él.

Llegó junto a mis pies y se tumbó sobre su barriga, entre mis piernas. Me recordó a una esfinge diminuta cuando levantó la vista y me miró con la cabeza ladeada en

actitud curiosa.

—Las cosas se han puesto feas —comenté, con una voz que apenas reconocí. La tenía ronca, débil, como si hubiera estado gritando durante horas—. Tengo la cabeza a punto de estallar.

El gato estornudó, hizo un ruidito de complacencia con la garganta y se puso a ronronear. Al menos uno de los dos se encontraba a gusto. Una de las orejas de Hopkins se estremeció, como si reaccionara ante algo, pero solo se trataba de una gota de agua. Se levantó, dio media vuelta y desapareció entre los árboles en busca de un cobijo más adecuado.

Cuando la lluvia arreció, levanté la vista hacia el cielo con resentimiento, preguntándome por qué razón no le caería bien al todopoderoso. A pesar de todo, el agua ayudó a aliviar en parte el dolor de cabeza y el de las muñecas. Cerré los ojos con la esperanza de volver a desmayarme.

«¿Quién lo sabe?», oí en un susurro, sin saber de dónde procedía. Abrí los ojos, pero no vi a nadie. La lluvia había cesado y seguía siendo de noche. El agua me chorreaba del pelo y de las cejas y tenía la ropa empapada, pero lo peor de todo era el dolor de las muñecas, que se había intensificado.

—¿Quién lo sabe?!

Me estremecí. Mather me había rugido la pregunta junto al oído. La cabeza me estalló de dolor. Se puso delante de mí y me alumbró con la linterna directamente a los ojos.

—Responda, ¿quién sabe que está aquí?

—No sé...

—Por supuesto que lo sabe.

—Bueno, mi editor... Y varios compañeros.

—¿Familia, amigos?

Parecía nervioso.

—Sí, algunos —mentí.

Se acercó y me puso el puñal curvado y siniestro bajo la barbilla. Tragué saliva concentrado en no mover la cabeza.

—La carta le ordenaba que no se lo dijera a nadie. ¡Quiero la verdad!

—Bueno, lo sabe mi editor... Y Gina.

—¿Quién es?

—Es la fotógrafa de la revista. Creo que le mencioné...

—Será mejor que no juegue conmigo, señor Reeves. —De nuevo hablaba en susurros—. Ni siquiera puede llegar a imaginar las consecuencias.

Segundos después, Mather apartó el puñal y se lo colocó en el cinturón.

—¿Dónde está...? —Tenía la garganta muy seca—. ¿Dónde está Maidon?

—Maidon está muerto. Muy muerto.

—¿Qué quiere decir con lo de «muy muerto»? ¿Qué ha hecho?

La opresiva necesidad de cerrar los ojos y volver a dormir se estaba haciendo insoportable, pero quería oír la respuesta de Mather.

—¿Sabe lo que es el nervio óptico?

—Tiene algo que ver con el ojo —mascullé.

—Correcto, es la fibra que conecta el ojo al cerebro.

—¿Y?

—Maidon dijo una vez en broma que le gustaría ver qué pinta tenían sus entrañas. ¡Bueno, pues ya lo sabe! Es increíble hasta dónde puede estirarse el nervio óptico.

Él sonrió de oreja a oreja. Yo sentí náuseas.

—No tiene ni idea de hasta qué punto está con el agua al cuello, ¿verdad? No quiero ni pensar qué va a encontrar la policía en ese pozo.

—No mucho —contestó, con una sonrisa—. Ya me encargaré de eso. Ahí no están todos los cuerpos, ¿sabe?

—Lo sé, arrojó unos cuantos al lago.

—Correcto.

—Maidon también me contó que usted heredó la casa, pero usted me dijo que se la había comprado a un anciano.

—Sí, eso le dije, ¿verdad? —Mather ahogó una risita, rascándose la barbilla con aire ausente y la mirada perdida en el firmamento nocturno—. Caramba, caramba... Pobre hombre, seguro que ya no sabe qué creer.

—Bueno, digamos que a partir de ahora no me tomaré todo lo que diga al pie de la letra.

No sé qué me empujaba a seguir hablando, tal vez intentaba retrasar lo inevitable.

—En realidad sí que heredé la casa de un anciano caballero, pero no se la compré exactamente.

—¿También acabó en la mesa de operaciones?

Miré a Mather con desprecio, pero no pareció molestarse.

—No... En aquel entonces el quirófano todavía no estaba preparado. Además, quería solucionar el problema lo antes posible y volver a casa. No me hacía gracia la idea de que Maidon se quedara a solas con ella. —Por un momento cometí la estupidez de creer que Mather demostraba una preocupación sincera por su antiguo cómplice, pero no duró mucho—. Confiaba a ciegas en el poder de la dama, pero Maidon tenía iniciativa cuando quería. Me preocupaba que consiguiera hallar un modo de escapar, o peor, de hacerle daño.

—Supongo que le tomó el pelo al anterior dueño, ¿no?, hasta que fue demasiado tarde.

—Bueno, no... No exactamente... Conocía la isla porque de joven había visitado el lago. En aquel tiempo la casa estaba en construcción y recuerdo que pensé lo

maravilloso que sería vivir en un sitio como este. La paz, el aislamiento, la ausencia de distracciones... Poder dedicarse al trabajo de uno, alejado de una sociedad entrometida e ignorante, es un sueño. Necesitaba llevar a cabo mis experimentos cada vez con mayor frecuencia... Admito que siempre ha sido una adicción... Cuando la dama apareció en mi vida, decidí que había llegado el momento de marcharme de Londres y trasladarme a un lugar en que no solo pudiera trabajar sin intromisiones, sino también donde la dama pudiera alimentarse sin miedo a que se descubrieran los restos de sus festines.

»Recuerdo que hacía un día espléndido cuando llegué a Tryst. Ya había hecho algunas visitas al lugar en semanas anteriores para explorar el terreno y echar un vistazo a la isla. Dudo que el hombre hubiera reparado en mí las veces que alquilé un bote y navegué por el lago haciendo fotos y vigilándolo cuando salía de casa. Uno puede hacerse una idea bastante acertada del carácter y la fortaleza psicológica de una persona limitándose a observarla. Ese día me pareció el idóneo para llevar a cabo el trabajo que tenía entre manos. Por si acaso, hice un trato con el capitán del puerto para que mantuviera a los turistas alejados del lago hasta que yo volviera. Había calado al hombre desde el primer día, un tipo sin moral, interesado únicamente en su autocomplacencia. Le podría contar cosas sobre él que no creería... Cosas que le sorprendí haciendo...

»En fin, me quedaría corto al decir que el anterior dueño de la casa, el señor West, se sorprendió al verme. Creo que oír a alguien en la puerta de casa debió de ser tan inquietante como inesperado. Apareció al cabo de un rato con expresión sorprendida y me preguntó qué hacía en su isla. Al principio me mostré educado, había decidido que aquel día no zanjaría el asunto que me había llevado hasta allí de modo desagradable, habría sido bonito haberme mudado a la casa con un broche de oro. Por desgracia, me costó llevar al señor West a un terreno en que poder negociar de manera rápida e indolora. Le comuniqué que quería hacerle una propuesta, que deseaba comprar la isla y pagarla a buen precio, y que me gustaría dar una vuelta. La idea era sacarlo de la casa y eliminarlo sin perder tiempo. Enterrarlo hubiera sido una faena, pero habría valido la pena. Por desgracia, el señor West no se mostró nada colaborador. Insistió en que abandonara la isla y trató de cerrarme la puerta en las narices... Al final perdí los estribos y le di un empujón a la puerta, con lo que el hombre cayó al suelo del vestíbulo. Llevaba... Llevaba el puñal conmigo. ¿Sabe?, la ira no siempre saca lo mejor de mí, pero... Creo que el señor West sacó lo peor que llevaba dentro. Me enfureció que se empeñara en complicar tanto las cosas cuando podrían haber sido la mar de sencillas. —Mather bajó la vista y se pasó la lengua por los dientes en actitud pensativa—. La vida es así. Cuando acabé con él, arrastré su cuerpo hasta el bosque mientras buscaba desesperado el modo de deshacerme de él y de que no pudieran localizarlo mientras me encontrara en Londres preparando el

traslado. Así fue como encontré el centro de investigación. Sudando como un condenado, arrastré el cadáver hasta el edificio y lo bajé al sótano. Antes había una escalera en el pozo que llegaba hasta el suelo. En el fondo había un desagüe que desembocaba en el lago y que se utilizaba para deshacerse de los desperdicios, y eso fue exactamente lo que hice. Arranqué la escalera de la pared del pozo y arrojé el cuerpo al interior para que se pudriera y se descompusiera junto al desagüe. Tal vez todavía hay parte de él allí abajo... en el fondo.

—Morboso hijo de puta, ¿cómo puede disfrutar asesinando a la gente de esa manera, destruyendo sus cuerpos?

No soportaba su proximidad, me ponía los pelos de punta y deseé haberme asegurado de que estuviera muerto después de haberlo empujado al pozo.

—Hace mucho tiempo decidí que no es la muerte, ni la enfermedad, ni la guerra nuclear lo que nos aterroriza. Lo que más nos aterra no es el mundo exterior, sino el interior. —Guardó silencio unos instantes, dejando en el aire lo que acababa de decir—. Somos lo que vemos en el espejo, pero también lo que no vemos. La sangre, los órganos, la carne, las... vísceras. Sin embargo, le damos la espalda porque es horrible, porque somos horribles. ¿Sabe?, si le damos la vuelta a la piel, somos la visión más aterradora que podamos imaginar y eso es algo que siempre me ha fascinado. ¿Quiere que le diga algo? Por eso lo hago. Deseo comprender por qué somos tan abominables una vez que nos quitan la piel.

—¡Está usted chalado!

—Y usted es un joven que todavía ha de descubrir las complejidades de la naturaleza.

Se enderezó, se subió la cremallera de la chaqueta y se dirigió hacia el borde del claro, hacia los árboles, entre los que desapareció camino de la playa. Estaba perplejo. ¿Por qué Mather sentía la necesidad de confiarme toda esa información? ¿Intentaba confesarse? Seguro que el sentimiento de culpabilidad no le quitaba el sueño.

Pasó un buen rato sin que se oyera nada. A pesar de la sombra que planeaba sobre mi destino, todavía me sentía aletargado y lento. Tal vez el golpe en la cabeza había embotado mis sentidos. Cuando luchaba por reprimir una nueva arcada, oí una voz que me llamaba. Cerré los ojos y me envolvió una acogedora oscuridad.

—Estoy aquí.

Volví a tratarse de una voz de mujer, dulce y seductora.

—¿Dónde?

—Cerca.

—¿Qué quieres decir?

—No importa, escucha, tienes que rendirte. Todo acabará muy pronto.

—No estoy seguro de si eso suena bien.

—No te hará daño, solo hará lo que yo le permita.

—¿Mather?

—Sí.

—¿Quién eres?

—Nhan Diep.

—¿Qué? Debo de estar soñando.

—No, ni siquiera estás dormido.

Abrí los ojos para comprobarlo y vi que seguía en el claro y que nada sugería que estuviera soñando.

—No puedes ser el mosquito, no es posible.

—Lo es, hace mucho tiempo que tengo esta forma, pero, por fortuna, todo acabará pronto.

—¿Por qué?

—Porque estás aquí.

—¿Yo?

—Sí, te he estado esperando. —Guardó silencio, como si algo la hiciera vacilar—. Si le hubiera dejado, te habría matado la primera noche, mientras dormías. Si por él fuera, acabaría ahora mismo con tu vida, pero no puede. Aunque lo atormenta, no puede oponerse a mi voluntad.

—¿Por qué me has estado esperando a mí?

—Porque eres muy especial, Ashley Reeves.

—¿Especial?

—Creía que nunca te encontraría, pero por fin estás aquí. Eres mi salvación.

En ese momento oí unas voces que no estaban en mi cabeza, sino que procedían de la playa. Sentí que la presencia de Nhan Diep se desvanecía, y, poco después, había desaparecido.

ENCARCELACIÓN

La primera voz pertenecía a Mather sin duda alguna.

—¡No es el momento! ¿Qué demonios te pasa?

—Tenía que venir, la gente está haciendo preguntas.

La segunda voz me resultaba familiar, aunque al principio no logré identificarla. ¿Maidon?, pensé. Tal vez había sobrevivido al ataque de Mather o tal vez Mather me había mentado y no lo había asesinado. Se hizo un silencio hasta que volví a oír la misma voz, más cerca.

—Esto tiene que acabarse. No puedes seguir haciendo esas cosas y pretender que nadie se dé cuenta. Yo hago todo lo que está en mis manos, pero no puedo seguir así mucho más.

Si se trataba de Maidon, sonaba más calmado, más seguro de sí mismo que antes.

A pesar del entumecimiento y la incomodidad, volví la cabeza hacia la izquierda y vi que Mather y el recién llegado entraban en el claro. Se dirigían a la casa, pero se detuvieron a medio camino; el segundo hombre había reparado en mí. Se sorprendió, pero consiguió esbozar una débil sonrisa cuando se volvió hacia Mather. Después de todo no se trataba de Maidon, sino del capitán del puerto.

—¿Qué vas a hacer con él?

—¿Tú qué crees? Va a ayudarme en mi investigación. Un día no muy lejano, todo esto habrá merecido la pena. Se escribirán libros sobre mí, acuérdate bien de lo que te digo. Deberías sentirte honrado de haber tomado parte en esto y agradecérmelo, por eso es vital que sigas haciendo tu trabajo, si no, todo habrá sido en vano.

El otro sacudió la cabeza y soltó una carcajada ronca y lasciva, que no me gustó. Por lo visto, Mather compartía conmigo el mismo desagrado.

—Ya lo creo que se escribirán libros sobre esto —comentó el capitán—. Estás majara. No creas que no sé a qué estás jugando, estás enfermo...

La falta de respeto que demostraba hacia Mather no me sorprendió, aunque consiguió que el otro hombre se volviera hacia él.

—¡Cierra esa maldita boca! No tienes ni idea de lo que he hecho ni de lo que he descubierto. Un pobre ignorante como tú ni siquiera puede llegar a imaginar las maravillas, los milagros que el cuerpo humano todavía oculta. No necesito que paletos como tú vengan aquí a burlarse del trabajo de toda una vida. Límitate a hacer lo que se te ordena o no verás ni un céntimo.

El otro hombre no respondió de inmediato, pero se volvió y agarró a Mather por el cuello de la camisa.

—¡Será mejor que seas tú el que cierre la boca! O experimentaré por mi cuenta.

—Soltó al azorado Mather y lo apartó de un empujón—. En cuanto al dinero, quiero más. Uno de los grandes por el bote que hundió y dos más por mantener la boca cerrada.

—¿Qué? ¿Mil libras por unos cuantos maderos arrastrados por la corriente? ¡Escúchame bien! No voy a desprenderme de esa cantidad de dinero solo para alimentar tu avaricia.

—Yo creo que sí, amigo mío.

—¿De verdad? —Mather soltó una carcajada, que no le sentó demasiado bien al otro—. Tienes sentido del humor. ¿Crees que voy a soltarte dinero cada vez que me lo pidas?

—Sí, eso mismo creo, porque si no lo haces, tendré unas palabras con mi amigo, el sargento Strutt, y creo que eso no te gustaría.

—No me intimidas, ser detestable.

—¿Qué me has llamado?

—Olvídalo, a ver si tengo que explicártelo todo.

—Muy bien, entonces tendré que ir a hacer una visita a nuestra policía local. Precisamente no es que no tengas nada que ocultar, ¿verdad? Como vengan, van a tener trabajo. —Sus ojos dejaron entrever una malicia triunfante—. ¿Tú qué crees?

—Buen intento, pero te conozco muy bien. O haces lo que te digo o no verás ni un céntimo.

La tensión flotaba en el ambiente. Los dos hombres se miraban fijamente, cara a cara. En ese momento, de modo inesperado, volví a oír la voz.

«Prepárate, esto no va a ser agradable».

—¿Qué?

No sé qué hizo saltar la chispa, pero yo no lo vi. Como un rayo, Mather blandió el puñal, arremetió contra el capitán y le hundió la hoja hasta el fondo en la barriga sobre la que apenas podía abotonarse la camisa. El hombretón se quedó inmóvil mirando fijamente a Mather hasta que bajó la vista hasta la mano, el puñal y la mancha roja que se extendía por la camisa, y empezó a toser de un modo muy desagradable. Mather retiró la hoja ondulada cuando el capitán se tambaleó hacia atrás. Volví la cara hacia el otro lado y vomité sobre la hierba. Después de ser testigo excepcional de la carnicería de la que Mather era capaz, comprendí lo cerca que estaba de mi propio fin. A menos que hiciera algo, sería el siguiente. ¿Cuándo terminará esta pesadilla?, me dije.

«Pronto», fue la respuesta. «Muy pronto».

Volví la cabeza y vi que Mather se acercaba a mí a toda velocidad. Dios mío, ella tiene razón, ha llegado el fin, Mather va a matarme, pensé. Pero no lo hizo. Cortó la cuerda que me ataba las manos, la que tenía alrededor de la cintura y tiró de mí para ponerme en pie. Un intenso dolor me recorrió las piernas y por un terrorífico instante

creí que no podría caminar. Mather me llevó hacia la puerta a toda prisa, me hizo entrar en la casa y cruzamos el salón y el pasillo en dirección al dormitorio. Encendió la luz, me hizo sentar en el suelo, junto a la ventana, y me volvió a atar las manos detrás de la espalda antes de dar media vuelta.

—Si intenta alguna locura, me enteraré y haré que se arrepienta.

Blandió el puñal delante de mí, como si necesitara que me convenciera.

—¿Adónde va?

—Voy afuera a hacer que el señor Derringer se coma sus palabras... Y otras cosas. —Una gota de sudor o de lluvia le resbaló por la frente—. Señor Reeves, ¿alguna vez se ha preguntado, como yo lo he hecho, si un ser humano sería capaz de tragarse sus propios intestinos?

Tras el escalofriante comentario, salió de la habitación, cerró la puerta y avanzó por el pasillo hacia la parte delantera de la casa. Al levantar la vista vi que el panel de la derecha había sido retirado y que el tanque de la Ganges Roja quedaba a la vista. Por lo visto, el mosquito se escondía en esos momentos.

Volví a tener una arcada, lo cual es comprensible. Mather era un monstruo, un demonio espoleado por un sadismo sin medida. Cuando tiré de la cuerda que me ataba las muñecas, me di cuenta de lo extenuado que estaba. Aunque hubiera estado floja, dudo que hubiera tenido fuerzas para hacer algo. Costaba no sentirse completamente perdido mientras el barro se secaba lentamente en mi ropa y en mi cuerpo, sentado contra la pared.

No sé qué le estaría haciendo Mather al cuerpo del capitán, pero seguro que nada agradable, solo esperaba que no me tuviera reservado un destino similar. Me dolían los brazos y las manos de haberlos tenido atados tanto rato y volvía a tener la cabeza a punto de estallar. Miré el tanque y vi que el mosquito había hecho acto de presencia. La cabeza empezó a darme vueltas y me sentí muy pesado. Pensé en la voz que había oído, en la voz que aseguraba pertenecer a Nhan Diep. A pesar del trauma que había sufrido, todo me parecía completamente absurdo y me sentí como un tonto por haberlo creído.

—Voy a desmayarme —avisé, aunque no sé a quién.

La cabeza me cayó hacia delante.

Estaba como atontado y empecé a ver una serie de imágenes al azar. Volví a sentir su presencia. Estaba intentando abrirse camino hasta mi mente, pero algo la retenía. Tenía la sensación de que me empujaban hacia un espacio infinito sumido en la oscuridad, hasta que dejó de ejercer su control sobre mí y me quedé confuso y helado.

Los dientes me castañeteaban y me dolía el cuello de tener la cabeza apoyada contra el pecho. El pánico se apoderó de mí cuando levanté la vista y vi a Mather en la puerta, empapado y empuñando la daga, de la que chorreaba agua y sangre hasta el

suelo. Se me cortó la respiración. Lo miré directamente a los ojos tratando de adivinar sus intenciones. Mientras paseaba su vista entre el tanque y yo, tuve la impresión de que deseaba hacer algo con todas sus fuerzas que no se atrevía a hacer.

—No me quedaba otro remedio, ¿verdad que no? —Sacó un pañuelo de un bolsillo, limpió la hoja varias veces y lo volvió a guardar—. Es asombroso con qué rapidez la mentira puede convertirse en un modo de vida —comentó, mirando hacia la ventana.

Deseé que acabara con la farsa de una vez por todas en vez de seguir jugando conmigo, pero daba la impresión de que algo lo retenía y de que el hecho de no poder eliminarme le estaba causando una gran tensión. Era como si se estuviera derrumbando, como si estuviera perdiendo la capacidad de pensar con coherencia y de controlar la situación.

—Supongo que Mardon se lo contó todo —presumió Mather, acercándose a la cama y tomando asiento en ella—. Nunca debí haber abusado tanto de él, no fui justo. Sin embargo, los experimentos... ocupaban mis pensamientos, estaban llenos de emoción, de aventura. Después de la primera vez, no pude parar.

Ya no se podía hacer nada por Mather. Hacía mucho tiempo que había perdido la inocencia y no había dejado miguitas por el camino para encontrar el camino de vuelta a casa. Yo también me sentía perdido. Me encontraba tanto física como mentalmente hundido y no estaba en condiciones de luchar ni de resistirme. Dependía de la piedad de un despiadado.

—Sin embargo, no me arrepiento de nada —continuó Mather, sin apartar la mirada de los pies—. Creo que, en conjunto, la experiencia ha sido todo un privilegio. He visto cosas con las que muy poca gente podría soñar. —En aquel momento soltó una risita de lo más peculiar y preocupante—. No cabe duda de que esta isla ha sido un centro de investigación como jamás habría imaginado. —Después de levantar la vista y mirarme, se puso en pie y se acercó al tanque—. Y todo gracias a ella.

—¿A ella?

—Sí, Fue idea suya venir aquí. Aquí podríamos continuar con nuestro trabajo sin que la sociedad nos molestara, pero jamás habría esperado los éxitos que se siguieron. El plan era muy sencillo, solo teníamos que usarla de cebo. La utilizábamos para atraer a pobres desgraciados.

—Hay gente que me echará de menos. No solo mi editor, sino también mis compañeros. Vendrán a por mí, estoy seguro.

—Los compañeros no son lo mismo que los amigos o los familiares. Por lo general, suelen interesarse lo mínimo. Tienen cosas más importantes de las que preocuparse. No obstante, si alguien intentara seguirle la pista, mi buen amigo, el capitán del puerto...

Se quedó callado.

—Está muerto.

—Sí. —Mather lo había olvidado—. Está muerto, ¿verdad? ¿Por qué lo hice? — Miró el puñal que había encima de la cama y luego el tanque—. ¿Por qué lo hice? — insistió en voz más alta. El mosquito empezó a emitir un zumbido agudo y Mather enarcó las cejas—. Ahora vendrán y ¿qué haremos entonces? Primero Maidon, después Derringer... ¿Por qué has permitido que lo hiciera? ¿Quieres que todo se vaya al garete? ¿Es eso lo que quieres?

Empezó a caminar por la habitación, rascándose la cabeza. Era como si se estuviera enfrentando a las consecuencias de sus acciones por primera vez.

—Me sorprende que la dama no esté molesta con usted por lo que ha hecho.

—¿Qué?

La expresión de Mather me resultó cómica. Parecía confuso e irritado y, además, empezaba a tener un tic nervioso.

—Lo de atraer a gente a la isla para asesinarla ya era bastante peligroso, pero ahora que ha matado a Derringer, ha cavado su propia tumba. La gente lo echará de menos, así que solo es cuestión de tiempo que vengan a buscarlo, pero ¿cómo va a obtener ella la sangre cuando a usted lo encierren? Es su único proveedor.

Mather miró el tanque. La Ganges Roja estaba callada, pero tuve la sensación de que oía y comprendía lo que decíamos.

—Ella quería que lo hiciera. ¡Estoy seguro! Esto no tiene sentido. ¿Por qué? ¿Por qué no me detuviste? —Si el mosquito le respondió, yo no lo oí—. No importa, ella buscará la sangre y lo sabe. Resolveré el problema de Derringer y todo volverá a ser igual.

—No, no será igual, la gente está al llegar, mucha gente, y cuando lo hagan, todo habrá acabado.

Mather recuperó el reluciente puñal y miró la hoja fijamente.

—No antes de que haya llevado a cabo un último experimento. —Volvió la cabeza hacia mí, lentamente—. ¿Alguna sugerencia, señor Reeves?

Intenté no perder la calma, aunque me resultaba muy difícil. Debía de estar temblando de los pies a la cabeza.

—No, en estos momentos no se me ocurre nada.

—Debería rezar por que nadie le busque, señor Reeves... Porque si vienen, los mataré. Hasta al último de ellos. —Se abalanzó sobre mí, cegado por la locura, con una expresión de maldad concentrada—. Si hace falta, acabaré con cualquiera o con cualquier cosa que ponga un pie en esta isla, pero ¡no permitiré que se la lleven!

Cerré los ojos y me preparé para lo inevitable.

Tras unos segundos, abrí los ojos y vi a Mather temblando delante de mí, sujetando el

puñal con ambas manos por encima de la cabeza. Tenía los dientes apretados y la frente perlada de sudor debido al esfuerzo agotador que estaba haciendo. Deseaba matarme con toda su alma, pero, igual que antes, una fuerza invisible se lo impedía. Gruñó, masculló algo incomprensible y arrojó el puñal a un rincón de la habitación, junto a la cama. Tras fulminar al insecto del tanque con la mirada, dio media vuelta y salió como un vendaval por la puerta, que cerró con llave. El estómago me recordó que no había comido nada desde el desayuno, pero seguramente sería una pérdida de tiempo pedirle a Mather algo de comer. A pesar del horror que estaba viviendo, me sentí afortunado de seguir con vida, por lo que me obligué a permanecer alerta, a prestar atención a cualquier ruido, a prepararme para lo que pudiera ocurrir. Poco podía hacer en la situación en la que me encontraba. No tenía las piernas atadas, pero daba lo mismo, me faltaban las fuerzas para ponerme en pie. Ya que únicamente contaba con mi ingenio, tendría que aguzarlo al máximo.

Al cabo de unos minutos, a punto de claudicar en la lucha por seguir consciente, oí el grifo del baño. Mather se estaba duchando. Casi lo oía murmurar para sí mismo. En una o dos ocasiones distinguí que pronunciaba algún que otro nombre desconocido para mí. Había asesinado a Maidon y al capitán del puerto con una diferencia de una hora entre uno y otro, y luego había intentado acabar conmigo. Estaba derrumbándose. Su mundo se desmoronaba a su alrededor. Algo lo había llevado a la desesperación y ese algo tal vez había sido la libélula. Mather no había vuelto a mencionar el insecto desde que me había atacado en el bosque, pero seguro que seguía dándole vueltas al asunto. En ese momento empecé a perder la concentración, en el mismo instante en que el mosquito había empezado a revolotear por el tanque; por lo visto, algo la preocupaba. Volví a oírla, Nhan Diep invadía mis pensamientos una vez más, pero esta vez la seguridad y la serenidad habían abandonado su voz.

«¿Por qué?». Casi parecía atemorizada.

—¿Por qué qué?

«¿Por qué piensas en libélulas?».

—No es asunto tuyo.

«¡Dímelo!».

—No, no eres más que un producto de mi imaginación y estoy cansado de charlar conmigo mismo.

«Mírame».

—¡No!

«Mírame, ahora».

—No quiero.

«Levanta la vista.».

Lo hice. «Ahora, a la izquierda».

Mis ojos regresaron al tanque y a la Ganges Roja. El mosquito movió las alas una vez, dos...

«¿Me ves ahora?».

No tenía sentido negarlo por más tiempo.

—Está bien —concedí, casi riendo—. Te veo.

«Ahora, mírame. Mírame de verdad».

No aparté los ojos del insecto, su aparición me había dejado petrificado. Aunque estaba allí, en el tanque, sobre el estante, ocupaba toda mi visión, no veía nada más. Estaba rodeada de una especie de electricidad estática, de unas diminutas partículas de colores que silbaban alrededor del tanque y que ocultaban cualquier cosa que pudiera desviar mi atención. A pesar de que deseaba desesperadamente haber imaginado su voz, la Ganges Roja me estaba mirando de verdad, podía sentir su mirada, estaba seguro. En ese momento, como para despejar de una vez por todas cualquier duda que pudiera albergar, volví a oír la voz, esta vez más potente, más insistente y mucho más autoritaria.

«No soy un producto de tu imaginación, Ashley Reeves, y tú lo sabes. ¡Soy Nhan Diep!».

No supe qué decir... ¡si apenas conseguía pensar con claridad! No sabía cómo, pero algo dominaba, controlaba mi cuerpo y mi mente. Las palabras de la criatura eran completamente inverosímiles y, sin embargo, a pesar de lo demencial de la situación, sabía que eran ciertas.

«Dime por qué estás pensando en una libélula».

—No lo sé —contesté, sonriendo como un niño travieso.

Noté cómo pasaba de la preocupación a la ira, y, en ese preciso instante, el agua dejó de correr en el baño.

MANIPULACIÓN

Aunque estaba con la soga al cuello, Mather empezó a silbar en la ducha. El sonido se inició en el cuarto de baño, pero luego fue acercándose hasta que oí la llave en la cerradura. La Ganges Roja había enmudecido y había vuelto a ocultarse.

La puerta se abrió lentamente y Mather se asomó con visible precaución. Al cerrar la puerta detrás de él, vi que llevaba el puñal detrás, sujeto con el cinturón de la bata de felpa. Dio media vuelta y se me quedó mirando sin saber qué hacer ni qué decir, pero vi en sus ojos una mezcla de emociones que no logré identificar por completo. Sin embargo, percibí que tenía miedo, era muy evidente, me consideraba una amenaza, un elemento peligroso e imprevisto. Había intentado acabar conmigo y, por razones que él desconocía, no se le había permitido. Todavía deseaba eliminarme, eso era evidente, pero creo que temía las consecuencias si volvía a intentarlo. Estaba obligado a no separarse de mí, aunque no tenía ni idea de cómo debía proceder.

—Quiere verme muerto, ¿verdad?

Las palabras salieron de mi boca casi por voluntad propia, no tenía intención de pronunciarlas en voz alta. No obstante, Mather no contestó, sino que se acercó al hueco de la pared y deslizó el panel en su sitio. Lo hizo lentamente, sin sacarme los ojos de encima porque, por extraño que pareciera, le preocupaba que yo pudiera atacarlo.

—Desearía que me muriera ahora mismo para hacerle las cosas más fáciles, ¿verdad? ¿Sabe qué? ¿Por qué no me desata, me da el puñal y yo mismo hago el trabajo? —le espeté, con la sensación de tener por primera vez algo de control.

Sin embargo, Mather ni se inmutó. Empecé a reírme por lo bajo, pero Mather siguió imperturbable. Su mano tembló sobre la empuñadura de la daga.

—Yo que usted me andaría con cuidado, amigo. —Se alejó del panel—. Vuelvo enseguida.

Se fue y regresó al cabo de unos momentos vestido con ropa limpia. Llevaba el puñal escondido en algún sitio, aunque seguro que al alcance de la mano.

—Arriba —ordenó. No estuve seguro de haberlo oído bien porque no le había visto mover los labios; sin embargo, Mather insistió al momento, esta vez con mayor energía—: ¡Arriba! ¡En pie!

Se acercó un par de pasos.

—No puedo. —Era cierto. Mi cuerpo era una masa de carne y huesos insensible. Me había quedado sin fuerzas—. ¿Cómo quiere que me mueva si apenas puedo hablar?

Una vez más, sacó el puñal y lo blandió delante de mí.

—No es momento para juegos.

—¿Que no es momento para juegos? ¡Antes sí que lo era, ¿no?! ¿No es eso lo que le gusta? ¿Jugar con la gente?

Mather avanzó un paso.

—¡Levántese ahora mismo!

—Tendrá que ayudarme. —Vi que se removía inquieto, que la situación lo incomodaba. No quería ayudarme a ponerme en pie. Creo que ni siquiera quería tocarme—. Créame, no tengo fuerzas para ofrecer resistencia.

—Sí, bueno, ya me perdonará si no le concedo el beneficio de la duda.

—Entonces tendré que quedarme aquí, ¿no cree?

—¡Irás ahora mismo a la habitación de invitados! Necesito estar a solas para decidir qué hacer.

Lo medité y decidí que seguramente me encontraría mejor en la otra habitación. Estaría lejos de él, lejos de la criatura y en un lugar donde podría aclarar las ideas. Con esfuerzo, conseguí enderezarme y, para mi sorpresa, apoyándome en la pared y el alféizar de la ventana que tenía detrás, logré ponerme en pie.

Descansé un momento contra la ventana, reuniendo fuerzas para moverme. Mather seguía empuñando el afilado puñal para mantenerme a raya y lejos de él. La cabeza empezó a dolerme de nuevo, esta vez tan fuerte que las lágrimas acudieron a mis ojos. Ignoraba el daño que habría sufrido mi cráneo; por lo que sabía, la herida podría ser mortal. Mather me miró con desdén, como si yo estuviera haciendo un numerito patético, y eso me hizo sacudir la cabeza.

—Solo tenía que haberme golpeado un poco más fuerte y habría acabado conmigo en el bosque.

—No le pegué tan fuerte. No fue nada.

—Ya lo creo que sí —escupí—, créame.

—En marcha, venga.

—Ya voy.

Me di impulso para separarme de la ventana y crucé tambaleante el dormitorio de Mather hacia la puerta. Guardó las distancias, pero se mantuvo alerta por si yo intentaba algún tipo de escapatoria desesperada. Solo de pensarlo, me eché a reír. ¿Adónde narices iba a ir? Aparte del túnel, no había otro modo de salir de la isla y no podía llegar hasta allí sin dejar primero a Mather fuera de combate, lo que me resultaría extremadamente difícil con las manos atadas.

Abrí la puerta empujando con el hombro derecho, y a punto estaba de salir al pasillo cuando Mather me cogió por el brazo y me obligó a detenerme.

—Espere.

—¿Y ahora qué?

—¡Chsss!

Mather no apartó los ojos de mí, pero otra cosa había llamado su atención. Era como si estuviese escuchando algo. Segundos después, yo también empecé a oír algo por encima del martilleo constante de mi cerebro. Se trataba de un motor y cada vez se oía más cerca.

Mather tiró de mí hacia dentro y me empujó contra la ventana, lo que me dio la oportunidad de vislumbrar mi imagen reflejada en el cristal. Me quedé petrificado. De hecho, apenas reconocía el rostro que me devolvía una mirada atónita. El pelo, enmarañado y apelmazado, se me pegaba a la frente con barro reseco. Tenía la ropa llena de fango, hojas y detritos del bosque. Mather debía haberme arrastrado hasta el claro en vez de trasladarme hasta allí. Tenía un aspecto espantoso. Mather se acercó al panel, lo deslizó y se quedó ante el tanque de cristal, murmurando unas palabras que fui incapaz de descifrar. A continuación hizo algo completamente inesperado: levantó la tapa.

Después de dejar el pesado panel de cristal en el suelo, se volvió hacia mí y sonrió ante la expresión de terror en estado puro que descubrió en mi rostro.

—Le dejo bajo la custodia de la dama mientras voy a ver qué quiere nuestra visita inesperada. Naturalmente, si trata de gritar o de hacer cualquier otra tontería por el estilo, la dama se verá obligada a tomar medidas. No es probable que lo mate... pero no me cabe duda de que podría hacer que las cosas se pusieran feas.

—¡No puede dejarme a solas con ella!

El pánico volvió a apoderarse de mí.

—Lo siento, pero no me queda más remedio. Y ahora, si me disculpa...

Mather dio media vuelta y salió de la habitación dando un portazo detrás de él, de modo que la puerta no quedó cerrada del todo. Tenía los ojos clavados en el tanque cuando el insecto asomó lentamente de entre las entrañas de la caja de cristal y voló hasta mí.

«Por favor, siéntate».

Me senté en el borde de la cama tal como me había pedido. El mosquito voló hasta el escritorio y se posó en la mesa. Las alas bajaban y subían a un ritmo hipnótico, como lo había hecho antes, pero el resto del cuerpo permaneció inmóvil. Casi parecía marrón en la penumbra de la habitación.

«¿Recuerdas de qué hablábamos antes?».

—De algo así como que el final está próximo, que no ibas a permitir que él me hiciera daño.

«Eso es. Yo te protegeré».

—Antes ha intentado matarme.

«Sí, y lo intentó también la otra noche mientras dormías y después de haberte atacado en el bosque. Podría haberle prohibido que te hiciera daño, pero no podía permitir que te fueras».

Eso me hizo pensar con qué facilidad podría haber muerto, con qué facilidad Mather podría haberme liquidado si el mosquito se lo hubiera permitido.

—¿Por qué no dejaste que me matara?

«Eres importante para mí. Tienes algo que llevo buscando hace mucho tiempo».

—¿Soy más importante para ti que Mather?

«Mather únicamente sigue vivo porque ha sido útil».

—¿Cómo?

«Proporcionándome sangre».

—Pero ¿para qué la necesitas? No puedes reproducirte, ¿no?

«No...».

No percibí deje de tristeza alguno en su voz. Por lo visto la reproducción no era un tema que la preocupara.

—Entonces ¿para qué la necesitas?

Se hizo un breve silencio.

«Siento una sed insaciable de sangre».

—¿Y Mather ha podido suministrarte toda la que necesitas?

«Me ha suministrado mucha. Cuando di con él, supe de inmediato que sería un siervo voluntarioso. Aquella noche, en Londres, buscaba sangre fresca igual que lo había hecho muchas otras noches anteriores a esa. En la ciudad no podía cazar yo sola por culpa del rastro que pudiera dejar detrás de mí. Era difícil controlar la sed y no quería arriesgarme a hacer algo que pudiera conducir a mi captura. No soporto ni pensar en estar encarcelada. Necesito ser libre o estar con un compañero que conozca mis exigencias, que esté dispuesto a ayudarme, y Mather demostró ser un cómplice excelente. Olí las capas de sangre de sus múltiples experimentos desde lejos. Cuando entré en la casa, el olor era enloquecedor. Me arrojé contra la puerta de la casa hasta que me dejaron entrar.

»Una vez dentro, supe que había encontrado a alguien útil y manejable. No me llevó mucho tiempo controlar la mente de Mather, era una marioneta. Lo convencí sin demasiado esfuerzo para que aumentara el ritmo de sus experimentos, para que mantuviera la provisión de sangre a un nivel satisfactorio. Su fascinación por lo macabro aumentaba con cada experimento. La oscuridad de su interior le estaba consumiendo el alma y acabó por destruir su sentido del bien y del mal. Pronto empezó a experimentar todas las noches, no solo para complacerme, sino para satisfacer su propia sed mutiladora».

—¿Y Maidon? ¿Trató de detenerte alguna vez?

«No tardé en ejercer mi influencia sobre él, aunque mediante la intimidación, no el control. Le mostré muchos ejemplos de qué podría ocurrirle si me contrariaba o si interfería en el trabajo de Mather. Cuando nos mudamos aquí definitivamente, pensé que todo sería perfecto. El entusiasmo de Mather por los experimentos aumentó y la

sangre fluía en abundancia».

—Pero todo está a punto de acabar.

«Sí, nada puede detenerlo y todo gracias a ti».

—¿A mí?

«Tu llegada anunció el principio del fin».

—¿Para todos?

«No, para todos no».

Parecía sorprendida, como si yo hubiera dicho algo ridículo. Recordé lo que me había explicado antes, que no permitiría que Mather me hiciera daño. No tenía ni idea de por qué estaba tan decidida a mantenerme con vida, suponía que para ella no debía de ser más que comida.

—¿Por qué te preocupa tanto mi bienestar?

«Una vez fui humana y traicioné al que amaba. Esa traición me costó una maldición».

—Ngoc Tam.

«Sí, mi marido. Él... Él no soportaba vivir sin mí. Su sangre me devolvió la vida y a cambio yo le abandoné por un hombre más rico y por una vida llena de lujos. Llevo mucho tiempo vagando por el mundo en busca de su sangre para volver a ser humana».

Empecé a hacerme una idea de lo que venía a continuación, por inverosímil que pareciera.

—De todos modos, seguro que la sangre de tu marido era única. Seguro que ninguna otra sangre salvo la suya podría devolverte tu forma humana.

«Procedía de una familia de viajeros que debe de haberse extendido por todo el mundo. Es probable que sus descendientes se cuenten por millares hoy día, por lo que sabía que tarde o temprano encontraría a uno, y ese día ha llegado. Cuando oí tu sangre por primera vez, supe que era la suya, tan única y tan poderosa... Estaba tan exaltada que casi no pude contenerme. Mis oraciones por fin habían sido oídas».

Empecé a temblar y no porque hiciera frío en la habitación.

«Cuando lo único que me quedaba era una esperanza irrenunciable, encontré lo que mi corazón había anhelado. Por tus venas corre la sangre de mi antiguo amor, Ngoc Tam».

—No, eso no es...

«Tu linaje se remonta...».

—Pero...

«... muchas generaciones atrás, pero sigue siendo poderoso. Con la sangre de Tam se acabará la maldición y no volveré a verme atrapada en esta forma repugnante, esclava de la sed de sangre. Por favor, créeme, no deseo hacerte daño, lo único que necesito son unas gotas de sangre».

—De modo que la leyenda es cierta... No me extraña que estuvieras preocupada por la libélula.

«¿La libélula? Pensabas en ella porque lo has leído en uno de los libros de Mather. ¡Ja! Estaba preocupada por nada».

—No. —Sonreí—. Estaba pensando en ella porque está en la isla. El genio está aquí y ha venido a por ti.

«Chsss... No mientas... No te servirá de nada».

—¡Es cierto! Mather también lo sabe. El genio te ha encontrado y creo que su intención es evitar que vuelvas a convertirte en una mujer.

«Aunque estuviera aquí de verdad, no va a detenerme. Nada puede detenerme. ¡No voy a permitirlo!».

En ese momento oí las voces. Con gran esfuerzo, conseguí volver a ponerme en pie. Los vi por la ventana, que daba a un lado del claro, estaban doblando la casa por la derecha en dirección al camino que conducía al bosque. No veía a la persona que estaba con Mather, pero este la llevaba hacia el centro de investigación. Solo conseguí descifrar lo que le estaba diciendo:

—... absorto en su trabajo sacando fotos. Sé que es tarde, pero quería hacer todas las que pudiera antes de irse mañana.

A continuación oí la voz de la otra persona, hermosa, pero angustiante porque no tenía que estar allí, en aquel sombrío teatro del horror.

—La verdad es que no me extraña. Le encanta este tipo de trabajo, aunque a veces finge lo contrario.

—Ah.

—Me llamó hace un rato, pero se cortó. Me dio la impresión de que tenía problemas... Estaba un poco preocupada...

Su voz se perdió en la distancia.

—¡Gina! ¡Oh, Dios, no! Por favor —le imploré—, tienes que detenerle. Tienes que...

«Es inútil».

—¡No! —Forcejeé en vano con la cuerda que me ataba las muñecas. Mather había hecho un buen trabajo—. Tengo que... La matará.

«Hará más que eso».

Me hallaba en un estado de angustia insoportable. Tenía que salir de allí como fuera y protegerla. No podía soportar la idea de que se encontrara a solas con él.

—Tengo que detenerle.

«Chsss, amor mío. Dentro de nada ella habrá muerto y entonces nada podrá causarte dolor. Únicamente sufrirás mientras ella viva».

—Tú puedes hacer algo. Tú lo controlas.

«Sí, así es».

—¡Entonces, hazlo!

«No, su vida no tiene ninguna importancia para mí, meramente proporciona una distracción necesaria».

—¿Qué?

«Mientras él esté entretenido con ella, yo tomaré lo que necesito de ti. Creo que Mather se ha acostumbrado demasiado a mí, pero ha llegado el momento de dejarle. Es mejor que no esté aquí cuando me transforme, no querría que intentara interponerse».

—No, no lo hagas, por favor.

«Comprendo que estés asustado, pero no te hará daño».

—¡Por favor!

«Estás débil. Deberías descansar».

—¿Para que puedas dejarme seco? Ni hablar.

«No tengo intención de ser tan cruel».

—Muy bien, de acuerdo, toma mi sangre, pero salva a Gina, por favor. No se lo merece, no se merece estar ni a un milímetro de ese hombre. Prométeme... Prométeme que...

«No quiero toda tu sangre, solo un par de gotas».

—Si vuelves a convertirte en una mujer, seguirás necesitando protección contra el genio. Si ayudas a Gina, te prometo que cuidaré de ti.

Tuve la impresión de que lo meditaba. Estaba insegura, nerviosa. Creo que sabía que yo no le había mentado acerca de la presencia del genio, pero ignoraba hasta qué punto se tragaría que la libélula fuera capaz de detenerla.

«Necesito tu sangre. He esperado demasiado tiempo para que ahora se me niegue. ¡Tanto la chica como el genio son irrelevantes!».

El mosquito se alzó en el aire casi en silencio y volvió a posarse en el escritorio. Ignoraba cuáles eran sus intenciones. Justo cuando creía que la tensión estaba a punto de estallar, percibí un movimiento en el exterior. La Ganges Roja se volvió hacia la ventana y se puso tensa. Por primera vez sentí que le invadía un gran terror, y en ese momento dejó de ser un monstruo para convertirse en una frágil criatura que se enfrentaba a la posibilidad real de que llegara su fin.

SALVACIÓN

Si fuera había algo, no se dejó ver. Al cabo de un par de minutos de tenso silencio, volvimos a enfrentarnos una vez más, aunque ella permaneció callada. Debía de haber estado meditando algo, pero tuve la clara sensación de que no se trataba solo de eso. Empezó a batir las alas con más energía y, antes de que me diera cuenta, vibraron y alzó el vuelo. Recorrió la habitación lentamente, se dirigió hacia la ventana y se detuvo en el aire, justo debajo del marco, con la mirada extraviada en la noche. Dejó de transmitirme sus pensamientos, por lo visto no deseaba que oyera lo que cavilaba. Se volvió lentamente y, antes de que me diera tiempo a reaccionar, se lanzó directa a mi cuello.

No pude moverme, no sé si fue a causa del miedo o del poderoso control que ejercía sobre mi cuerpo. En cualquier caso, me tenía a su merced. La trompa, con su aguijón largo, reluciente y afilado podría encontrarse bajo mi piel en menos de un segundo. No podía verla porque la tenía debajo de la barbilla, pero la sentía. Sus patas producían una resonancia estridente y sentía unas extrañas ráfagas de aire cada vez que aleteaba. Agradecí que por fin rompiera el silencio que se había establecido entre nosotros.

«Sé cómo te sientes, deseas a esa mujer porque crees que te completará. El único modo de mitigar el dolor que sientes en tu interior, de llenar el vacío que anida en tu corazón, es averiguar si el amor que le profesas es recíproco. Sin su amor, el único descanso que desearás será la muerte. La suya o la tuya. Es así, ¿verdad?».

Los labios no me respondían. No sé si a causa de la parálisis inducida por la proximidad del mosquito o por cómo había resumido mis sentimientos en pocas palabras. En cualquier caso, nunca me había sentido tan vulnerable.

«Sin embargo, yo te ofrezco una alternativa: cuando ella haya muerto, yo ocuparé su lugar. Llevas la sangre de mi marido, así que serías un compañero ideal. Si me ofreces tu sangre voluntariamente, me entregaré a ti».

—No voy a renunciar a Gina. Tiene que haber algún modo...

«Mather va a matarla, no te quepa duda».

En realidad creo que ya lo sabía, pero había intentado cerrar los ojos a lo evidente con todas mis fuerzas. ¿Qué podía hacer por ella? Poco o, más bien, nada. Sin embargo, no descartaba la posibilidad de que no fuera cierto lo que Mather me había contado acerca de la efectividad mortal del mosquito, Tal vez era inofensiva, aunque qué otra cosa podría ser algo tan enorme y vistoso aparte de mortífero. No soportaba la idea de que Mather pudiera estar tocando a Gina, pero no podría ayudarla si me quedaba sin sangre o se me licuaban los músculos. La única esperanza residía en

dejar al mosquito fuera de combate el tiempo suficiente para desatarme y huir. El tiempo apremiaba y Mather llevaba escrita la impaciencia en su mirada antes de perderlos de vista.

«Sería mucho mejor si dejaras de resistirte. Quédate quieto y déjame entrar. Ya no hay razón para que tengas miedo, no voy a hacerte daño...».

Su voz era cautivadora. Por un instante me convenció de que lo mejor que podía hacer era olvidar mis problemas y abandonarme a ella. Sería tan fácil... No sé cómo, pero de hecho empecé a encontrar sedante su horrible presencia. Ya no me dolía la cabeza, y el pánico había sido sustituido por una paz interior que crecía por momentos. Ni se me pasó por la cabeza pensar que estuviera manipulándome, y aunque lo hubiera hecho, no me habría importado. Cada vez me sentía mejor. Lo único que consiguió arrancarme del profundo letargo en el que estaba cayendo fue una imagen de Gina que se estrelló contra mi cerebro como un tsunami y barrió el control que el insecto ejercía sobre mi mente de un solo golpe. El dolor y el tormento regresaron en el mismo instante en que se rompió el lazo con el mosquito.

—Por favor, sácala viva de esta isla. Después podrás hacer conmigo lo que quieras.

Su risa me espeluznó. Tenía un tono seco, atávico, que parecía remontarse a los siglos que había pasado vagando por la tierra.

«O te dejas de tonterías o me veré obligada a matarte, y no quiero hacerlo».

Su voz resonó en mi cabeza, atrapándome, anulando mis pensamientos. El dolor volvió a remitir una vez más. Esta vez no conseguí imaginar la cara de Gina cuando intenté pensar en ella. Era como si el mosquito estuviera bloqueando mis esfuerzos y distorsionara mis recuerdos. Empecé a sentir pánico mientras me concentraba en recuperar una imagen de Gina, pero las fuerzas me abandonaron rápidamente. El insecto no solo mitigaba el dolor y la frustración, sino que también anulaba mi energía y mi voluntad. Estaba siendo reducido a un vegetal, a un prisionero sometido en mi propio cuerpo. Era consciente de que había empezado a gemir, aunque parecía como si se tratara de otra persona. Me estaba diciendo algo. Puede que cantara, no sabría decirlo, pero era tan balsámico, tan tranquilizador, que no quise que se detuviera... nunca.

Justo cuando pensaba que nunca más tendría que preocuparme por nada, oí que algo empujaba la puerta para colarse por el resquicio que quedaba entre esta y el marco. Levanté los pesados párpados y vi que el paso se agrandaba y que una pequeña figura se asomaba a la habitación y se acercaba al final de la cama, cerca de mis pies. Bajé la vista lentamente y vi al gato mirándonos, a mí y al mosquito que tenía en el cuello, con curiosidad. Me sorprendió que el mosquito no detuviera su canto melodioso, supongo que no debía de haber oído entrar al animal.

No sé si lo esperaba o no, pero de todos modos fue una sorpresa. De repente, el

gato pegó un salto, atrapó el mosquito por un ala con una de las patas delanteras, se apartaron de mi pecho y cayeron al suelo. El hechizo se desvaneció de inmediato. Me alejé de la cama y me dirigí derecho hacia la puerta entornada que logré cruzar tan rápido como pude ayudándome de los hombros. Avancé por el pasillo hasta la puerta de entrada, pero al llegar la encontré cerrada, aunque no habían echado la llave. Atrapé el cerrojo entre los dientes y conseguí descorrerlo mientras no dejaba de martirizarme pensando que en cualquier momento oiría el frenético zumbido del mosquito detrás de mí. Salí a la fría noche sin perder tiempo y me abrí paso a través del claro hasta el sendero, sin atreverme a mirar atrás. Por si el destino no me hubiera deparado suficientes varapalos, me torcí el tobillo al golpearme el pie contra una piedra del camino y caí de bruces.

Las mejillas me ardían y me escocían, pero por fortuna no me había roto la nariz. Tenía la frente incrustada de tierra y gravilla, pero por lo demás estaba ileso. Me di la vuelta y conseguí sentarme. Entorné los ojos para ver la piedra y logré localizarla a un metro detrás de mí. Tenía uno de los cantos afilado, así que me puse de espaldas y lo usé para cortar la cuerda que me ataba las manos. Aunque tardé unos minutos preciosos en romper la cuerda ayudándome de la piedra, sabía que con las manos atadas iba a serle de poca ayuda a Gina. Por fin se deshilachó. Suspiré aliviado y arrojé los trozos lejos antes de ponerme en pie. Tenía los brazos doloridos y, cuando fui a ponerme en pie, sentí un latigazo que me recorrió la pierna derecha. Creía que me había torcido el tobillo, pero tuve la desagradable impresión de que no se trataba solamente de una simple torcedura. Al final pude dar unos pasos que, al cabo de unos instantes, se convirtieron en un trote, aunque torpe. El dolor era espantoso, pero no había tiempo para ir más despacio. La vida de Gina pendía de un hilo.

Alcancé la puerta de la verja antes de lo que esperaba y busqué el cerrojo entre la fronda que había a uno de los lados. Lo descorrí y abrí la puerta de golpe, pero no la volví a cerrar, tenía que quedar abierta para que nada entorpeciera la huida.

El centro de investigación envuelto en sombras era un fantasma en la noche. Si hubiera tenido ese aspecto la primera vez que di con él, nunca habría entrado. Era como si una enfermedad repugnante e infernal lo hubiera deformado. Sabiendo lo que me esperaba dentro, entrar resultaba una perspectiva aterradora, pero la idea de que Gina pasara un segundo más con él era mucho peor. Avancé, lanzando juramentos a causa del dolor cada vez más lacerante del pie. Respiré una última bocanada de aire fresco y permití que la oscuridad de pesadilla del edificio me engullera cuando entré cojeando.

El laboratorio estaba envuelto en sombras, así que Mather podría estar escondido en cualquier sitio; sin embargo, solo oí el crujido de los cristales bajos mis pies mientras avanzaba cojeando hasta el otro extremo. Creí ver una tenue luz alrededor de la puerta del sótano, pero no podría haberlo jurado. Me dirigí hacia allí como

pude, prestando atención a cualquier ruido.

Mather había intentado cerrar la puerta, pero estaba tan encallada que solo la había podido ajustar ligeramente contra el marco. Le di un empujón, intentando no hacer demasiado ruido. Eché un vistazo a la escalera y vi una luz parpadeante al pie de los escalones. Estaba abajo. Intenté moverme, pero era como si hubiera echado raíces: me había roto el pie. Por una parte tenía que detener a Mather y evitar que hiciera daño a Gina, pero por otro lado estaba convencido de que ya no había nada que hacer, de que Mather ya había cometido atrocidades cuya visión me haría enloquecer. Estaba desesperado. Sentí, y no era la primera vez, que me abandonaban las fuerzas, pero justo cuando creía que me quedaría allí para siempre, o al menos hasta que Mather viniera a deshacerse de mí, oí un chillido. Me aferré a la barandilla para que me sirviera de sostén y fui bajando los escalones de uno en uno hacia la vaga oscuridad.

Cuando llegué al pie de la escalera, volví a oírla gritar. Parecía horrorizada, asustada y enfadada, pero al menos estaba viva y eso me ayudó a aclarar ligeramente las ideas. Me arrastré hasta la puerta del quirófano y fui asomándome poco a poco.

Solo vi a Mather. Estaba de espaldas a mí, junto al borde del pozo, con el puñal en una mano y la otra a un lado. A la derecha, junto a su pie, había una lámpara que proyectaba su luz sobre la abertura. Debía de estar observando a Gina, aunque no comprendía qué hacía ella en el pozo. En aquel momento vi un destello luminoso y caí en la cuenta de que estaba sacando fotos para Mather. El hombre no tenía intención de dejarnos salir de la isla, así que ¿para qué quería fotos cuando podía visitar el pozo cuando le viniera en gana? Tal vez quería que sobreviviera un testimonio de su trabajo mucho después de que los cadáveres se descompusieran. Sin embargo, tal como había dicho el mosquito, los buenos tiempos estaban a punto de acabar para Mather. Pronto nos echarían en falta a Gina y a mí, y las autoridades acabarían por ir a la isla. Era posible que Mather quisiera ser recordado y las fotografías eran un modo de asegurarse esa tranquilidad, de que el mundo acabaría viendo lo que había hecho, de que no sería olvidado. Tal vez era así de sencillo, así de frívolo y demencial. En ese momento creí oír un sollozo. Sabía lo que Gina estaba viendo y oliendo ahí abajo. Tenía que sacarla del pozo.

El tiempo era un factor esencial. No sabía cuánta película le quedaría a Gina ni si se habría traído de repuesto, pero estaba seguro de que tarde o temprano acabaría el carrete y de que no sería a mucho tardar. Al siguiente foganazo, Mather se estremeció y se frotó los ojos un par de segundos. Tal vez pudiera sacarle partido a eso. Tembloroso a causa de los nervios, esperé el siguiente destello. No podía ni avisar a Gina ni entrar en la habitación haciendo ruido y arriesgarme a delatarme. Cuando Mather levantó la mano para frotarse los ojos tras el siguiente resplandor, me abalancé sobre él. El dolor fue tan sorprendente como atroz. Me moví con mayor

rapidez que de camino al centro, y seguramente el impacto acabó de empeorar el estado del tobillo, que no dejaba de moverse con las sacudidas, pero al menos conseguí abalanzarme sobre Mather y darle un empujón con el hombro que lo lanzó al pozo, donde se golpeó la cabeza contra la pared de enfrente antes de desplomarse sobre la pila de cadáveres. Era la segunda vez que lo enviaba allá abajo y rogué por que fuera la última. Suspiré aliviado al comprobar que no había aterrizado sobre Gina, un riesgo que había tenido que asumir. Mather quedó tumbado de lado en lo alto de la montaña de cadáveres, gimiendo, pero no veía el puñal por ninguna parte. Miré a Gina, sus facciones resaltaban angulosas bajo la luz que proyectaba la lámpara que seguía junto a la puerta. Me miró, volvió la vista hacia el cuerpo desplomado de Mather y a continuación trepó a dos o tres cadáveres hasta quedar debajo del borde del pozo. Me tiré al suelo con cuidado de no descansar el peso sobre el tobillo y alargué las manos para izarla hasta la habitación.

—¿Estás bien?

—Dios santo. —Me tendió los brazos y me abrazó temblorosa—. ¿Qué coño está pasando?

—Vamos, salgamos de aquí.

Me volví, pero Gina se detuvo para echar un vistazo al pozo y a la forma retorcida de Mather.

—¿No deberíamos... hacer algo con él?

Gina se pasó la cámara alrededor del cuello.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, ¿crees que está muerto?

—No lo sé, no tenemos tiempo...

—Pero no podemos dejarlo aquí, vendrá a por nosotros.

—¡Tenemos que irnos!

—Ese pozo... —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. ¿Sabes lo que hay ahí abajo?

—Sí, lo sé. Vamos, por favor. Tenemos que irnos.

Di media vuelta y crucé la habitación. Gina apartó la mirada del pozo y me siguió.

—¿Qué te ha pasado? Tienes un aspecto espantoso.

—Me golpeó con una pala.

—Hijo de puta.

—Y no sabes ni la mitad.

Subí los escalones tan rápido como me lo permitió el tobillo. Gina insistió en ayudarme intentando hacerme comprender que una caída hasta el sótano no mejoraría nuestra situación. Tuve que darle la razón, pero no conseguí evitar la sensación de que estaba entorpeciendo la que podría ser nuestra única oportunidad para escapar. Por fortuna, íbamos a buen paso y llegamos al vestíbulo en un santiamén. Cuando

salimos al porche, nos quedamos petrificados. A nuestras espaldas oímos un alarido espeluznante e inhumano procedente de las profundidades, un rugido furioso, tan potente que parecía irreal. Mather estaba fuera de sí. Oyendo aquel bramido escalofriante era fácil imaginar que, a poco que pudiera, gustosamente nos arrancaría los miembros.

La expresión de preocupación del rostro de Gina lo decía todo. Gina quería matarlo y descubrí que yo deseaba lo mismo. Habría dado cualquier cosa por haber podido impedir que volviera a hacer daño a alguien. No obstante, no había tiempo ni para planteárselo. Dimos media vuelta, salimos corriendo del porche y nos dirigimos al camino del bosque. Insistí en que podía avanzar sin ayuda y, a pesar del dolor, logré mantener un buen ritmo.

Cuando llegamos a la casa, esta se encontraba sumida en un silencio muy poco alentador. No había señal alguna ni del mosquito ni del gato. Gina me tiró de la manga y la seguí hacia la playa y su bote. Con un poco de suerte, lo conseguiríamos.

Al acercarnos al inicio del sendero que atravesaba el bosque y desembocaba en la playa, oí una voz en mi interior. Me paré en seco y cogí a Gina por la chaqueta para que se detuviera. Nos volvimos hacia la casa y vimos que el pequeño demonio zumbante se acercaba a nosotros.

«¡Si das un paso más, la mato!».

DISOCIACIÓN

¿Qué podía hacer? Nos quedamos quietos mientras el mosquito se acercaba. Habría sido inútil salir corriendo, no había sitio alguno al que no pudiera seguirnos. El monstruo se detuvo ante nosotros, flotando en el aire y volviendo la cabeza a ambos lados con un movimiento nervioso. Por lo visto, el ataque del señor Hopkins no había surtido demasiado efecto.

—¿Qué... es eso?

—Es un insecto... muy... peligroso.

«¿Qué estás haciendo con esa zorra? ¡Debería estar muerta!».

—Tenía que salvarla. Entiéndelo...

«¡No hay nada que entender! ¡No tiene sentido! Debería matarla ahora mismo. Quizá cuando veas su cuerpo sin vida, disolviéndose en la tierra, comprenderás lo insignificante que es».

—Déjanos ir, por favor.

Me negaba a rendirme al cansancio que se apoderaba de mi cuerpo. Las fuerzas, igual que la resistencia que oponía al hechizo del mosquito, me abandonaban rápidamente.

—¿Qué haces? —me preguntó Gina, sin apartar la vista de la Ganges Roja.

—Estoy... Estoy hablando con ella.

—¿Qué? Pero si es...

—Sí, es difícil de explicar, pero puede comunicarse conmigo.

—¿Cómo?

—No lo sé... Puede y ya está.

—Son imaginaciones tuyas —decidió Gina.

Oh, no empieces tú ahora, pensé.

—Por favor, créeme. No es como los demás insectos.

—Eso ya lo veo, pero no creo...

—Por favor, hazme caso. —La miré a los ojos—. Nuestras vidas dependen de ello.

—No olvides a ese bicho raro del pozo. En estos momentos podría estar dirigiéndose hacia aquí a por nosotros.

—Con ese podemos apañárnoslas, con este puede que sea un poco más delicado.

«Así que Mather está vivo».

—Más o menos —contesté.

Gina se volvió hacia mí y sacudió la cabeza. Debía de pensar que estaba delirando.

—Mira, por muy peligrosa que sea esa cosa, tenemos que salir de aquí ahora mismo —insistió.

«¡No vas a ir a ninguna parte! Si tienes algún aprecio por la vida de esta mujer, te quedarás en la isla».

Miré a Gina y ella me devolvió la mirada, como si tratara de leerme el pensamiento.

—Si nos quedamos, ¿qué le ocurrirá?

El insecto guardó silencio unos instantes, meditando la respuesta.

—¿Qué estás haciendo? —me susurró Gina.

—Estamos intentando llegar a un acuerdo.

—Mira, no entiendo qué está pasando, pero ahora mismo tampoco me importa. Ash, tenemos que salir de esta isla. ¡Ese maníaco podría aparecer en cualquier momento y liquidarnos!

—Escucha, confía en mí. Esto escapa a nuestra comprensión. Tenemos que ir con pies de plomo.

—¿Tan peligrosa es?

—Si te clava el aguijón, te inyectará una saliva tóxica que disolverá la carne alrededor de la herida.

Gina no dijo nada, pero se quedó mirando el mosquito boquiabierta.

«Eso está bien, haz que me tema».

—¿Qué le ocurrirá? —insistí, volviéndome hacia la Ganges Roja.

«Lo estoy meditando».

Pensé en abalanzarme sobre la criatura. Tal vez cabría la posibilidad de que consiguiera aplastarla entre mis manos antes de que pudiera revolverse. No me gustaba la idea de que me ensalivara, pero tal vez sería el único modo de evitar que atacara a Gina. Quizá el mosquito no esperaría que hiciera algo tan drástico. Sin embargo, como si quisiera recordarme que podía leerme el pensamiento, la Ganges Roja se elevó en el aire en ese preciso momento, pasó por encima de nuestras cabezas y se detuvo a nuestras espaldas.

«¡A la casa! ¡Ya!».

Comprendí que cualquier intento por sorprenderla sería inútil. Estaría al tanto de mis intenciones casi al mismo tiempo que yo, de modo que no nos quedaba más remedio que obedecerla.

—Vamos —le dije a Gina, con una voz que traslucía sin duda alguna la desesperación—. Entremos.

—¿Qué? ¡Esto es ridículo!

—Por favor, confía en mí. No hay otra opción.

—Ash, por el amor de Dios, venga —protestó, volviéndose hacia la playa—. ¡Nos vamos ya, aunque tenga que arrastrarte!

El mosquito se abalanzó sobre el rostro de Gina, pero no la alcanzó con el aguijón. Gina chilló y corrió a refugiarse entre mis brazos.

«O la vigilas... o la próxima vez haré algo más que avisarla».

—Vale, vale —dije, extendiendo una mano hacia el mosquito—. Gina, por favor, hazme caso. No dejaré que te haga daño.

Regresamos a la casa en silencio con la Ganges Roja a nuestra espalda.

Había albergado la esperanza de no volver a ver el interior de aquella casa nunca más, aunque cuando entramos me pareció extrañamente diferente. Las sombras eran más densas, más herméticas y la luz más tenue. Por la cara de Gina deduje que compartíamos el mismo desasosiego.

El mosquito me ordenó que condujera a Gina al dormitorio de Mather. Tal vez se encontraba más cómoda allí, al fin y al cabo aquel era su hogar, su santuario. Me senté en la cama al lado de Gina mientras la Ganges Roja se suspendía en el aire delante de nosotros. No vi señal alguna del señor Hopkins. La pelea debía de haber terminado en otro lugar de la casa.

Estudí el mosquito unos segundos tratando de adivinar sus intenciones, y luego le pregunté:

—¿Y ahora qué?

Gina se volvió hacia mí, a pesar de que sabía que me dirigía al insecto.

«Lo siento, pero tengo que hacerlo».

—¡No!

Tendría que vigilar lo que decía. Gina ya estaba bastante nerviosa como para empeorar las cosas.

«Es la única solución».

—Por favor, no sé lo que crees que podría surgir entre nosotros, pero... nunca funcionaría.

El mosquito se puso a reír y se me acercó un poco más. El rostro de Gina se contrajo en una expresión de completa incredulidad. No me atrevía ni a imaginar lo que estaría pensando en ese momento.

«Tal vez, pero tengo el don de la persuasión. Con el tiempo verás las cosas como yo las veo y me amarás».

—Te equivocas, no puedes obligar a nadie a quererte.

«Me subestimas. Todo lo que ha hecho Mather desde que di con él ha sido siguiendo mis órdenes. Ambos sois hombres decididos, pero tu mente se doblará ante mí igual que hizo la suya. Si quiero que me ames... ¡me amarás!».

—No mientras me quede un soplo de vida.

Volvió a reír.

—¿Qué pasa?

Gina prestaba atención, como si intentara oír algo. Después de todo, tal vez no

creyera que estaba loco.

—Discrepamos.

—¿Sobre qué?

—Sobre nada.

—¡Y una mierda, nada! ¿Por qué estás hablando con el mosquito?

—Me quiere.

—¿Qué?

—Es difícil de explicar.

—¿Esa cosa va a hacernos daño o no?

—No, si puedo evitarlo.

«No puedes salvarla. Sería mejor que le dijeras la verdad, que pronto estará muerta».

—¡Ni te atrevas a tocarla! —se me escapó. Maldije mi estupidez al instante.

—Ash, por favor, dime qué...

—No pasa nada, déjame a mí.

Intenté pensar en cómo solucionar el asunto. La Ganges Roja se había quedado muda. No quería contarle la verdad a Gina, pero, por otro lado, tampoco tenía fuerzas para mentirle. Aunque, de todos modos, teniendo en cuenta el cariz surrealista del atolladero en que estábamos metidos, tampoco era probable que me creyera. Además, algo tenía que decirle.

—En fin —suspiré, tomando aire.

—No pasa nada —trató de animarme, cogiéndome una mano entre las suyas—. Sé que lo has pasado muy mal.

La miré a los ojos.

—Sí. —Sonreí—. De todos modos, no va a gustarte.

Algo se posó con suavidad en uno de los vidrios de la ventana. Al principio, ninguno de los tres le dio importancia. Supuse que se trataría de una hoja o de algo por el estilo.

—Mira, ya sé que parece de locos, pero tendrás que confiar en mí. Verás, esa cosa quiere matarte porque cree que está destinada a ser mi pareja.

A Gina se le salieron los ojos de las órbitas.

—Ah.

—Lo sé, es ridículo.

—Bueno... Como mínimo va a ser complicado, eso seguro.

—Existe la posibilidad de que una vez que beba de mi sangre, recupere su aspecto de mujer.

—¡De mujer! ¡Dios santo! ¿Estás oyendo lo que dices? ¡Despierta! Tenemos que salir de aquí.

Iba a levantarse, pero la cogí con firmeza de un brazo y tiré de ella para que

volviera a sentarse. El mosquito zumbó malhumorado.

—Escúchame, yo lo creo. Bueno, al menos en parte... más o menos.

—Muy bien, pero ¿por qué necesita tu sangre? —preguntó. Estaba muy claro que no creía ni una palabra.

—Según ella, soy un descendiente de su difunto marido, llevo su sangre, y ella la necesita para acabar con la maldición.

—Ya veo...

—Cree que una vez que vuelva a ser humana, podremos estar juntos... como pareja.

No tuve que mirar a Gina para saber qué expresión había adoptado su rostro.

—¿Y quiere matarme porque cree que soy la competencia?

—Sí.

—Vale, me alegro de que todo se haya aclarado. Lo primero que tenemos que hacer es volver a casa y llevarte al médico. —Volvió la vista hacia la ventana—. ¿Eso de ahí es un amigo suyo?

—¿Qué?

Me volví hacia donde señalaba y entonces la vi. Pegada al cristal, observando nuestros movimientos, había una libélula enorme. Era algo más pequeña que la Ganges Roja, pero no por eso menos asombrosa.

Cuando el mosquito se dio cuenta de que algo había desviado nuestra atención, se volvió hacia la ventana y la reacción fue casi instantánea. Salió disparada hacia atrás como una bala y se golpeó contra la pared. Cayó sobre la alfombra y se sacudió unos segundos, como si tratara de recuperar el sentido. Acto seguido se elevó en el aire y se volvió hacia la ventana, pero esta vez se alejó del cristal.

«¡No... ahora no!».

Continuó chillando, aunque en una lengua que yo desconocía, y empezó a revolotear por la habitación, incapaz de quedarse quieta. La libélula no se movió. Por las señales de vida que daba, podría haber sido un adorno. En aquel momento, como si me hubiera leído el pensamiento, sus alas volvieron a la vida y se apartó del cristal. Se alejó unos metros de la casa y se detuvo en el aire. El chillido del mosquito fue haciéndose cada vez más estridente hasta convertirse en un silbido agudo. Cuando miré a Gina, esta se estaba frotando las orejas. De súbito, la ventana se hizo añicos y nos cayó una lluvia de miles de diminutas esquirlas de cristal. Nos volvimos por instinto para no cortarnos la cara y, por fortuna, salimos ilesos. Nos pusimos en pie acompañados por el grito desesperado de la Ganges Roja. La lluvia de cristales la había alcanzado de pleno y un líquido rojo manaba de uno de los costados de su abdomen. A través del agujero de la ventana entreví la libélula del exterior, convencido de que me estaba observando. En aquel momento oí una voz, una voz más autoritaria e insistente que la del mosquito. Solo dijo una palabra, pero no hizo

falta más para animarme a ponerme en marcha.

«Vete».

Agarré a Gina por la manga del abrigo y la arrastré hacia la puerta a la que casi habíamos llegado cuando la Ganges Roja se interpuso en nuestro camino, desangrándose sobre la alfombra. No se apartó ni un milímetro a pesar del esfuerzo sobrehumano que eso le suponía, lo que demostraba lo desesperada que estaba por mantenernos bajo su dominio.

«¡Atrás! ¡Alejaos de la puerta!».

—No, se acabó. Nos vamos.

«Tú no vas a ninguna parte. ¡No he esperado tanto tiempo para ser burlada de esta manera!».

—Él no va a dejar que te salgas con la tuya. Lleva tiempo en la isla, observándote. Si desea ponerle fin a esto esta noche... lo hará.

«¡No se lo permitiré! Le...».

Miré atrás y vi que la libélula había entrado en la habitación. Estaba junto a la ventana, moviéndose arriba y abajo con suavidad y observándonos atentamente. De pronto, la Ganges Roja empezó a aullar de nuevo y cayó sobre la alfombra, retorciéndose.

«¡Vete!».

Miré la Ganges Roja mientras pasaba por su lado en dirección a la puerta. Gina levantó el pie cuando el mosquito se interpuso en su camino y apretó las mandíbulas.

—¡No! ¡No lo hagas!

—¿Por qué no? ¡Puedo acabar con eso ahora mismo!

—No, no es cosa nuestra. Esa libélula ha venido a por ella. Déjasela a ella.

Le tiré del brazo para que se moviera y me siguió afuera de la habitación.

Instantes después nos dirigíamos hacia el vestíbulo. A nuestras espaldas oí que el mosquito aullaba del dolor que le causaban las heridas y el tormento que la libélula le estaba infligiendo. Solo era cuestión de tiempo que le asestara el golpe de gracia. Gina salió en tromba de la casa y se encaminó derecha hacia el claro, en dirección a la playa y el bote. La seguí.

Levanté la vista y vi que el cielo estaba despejado; aun así, rogué por que no volviera a llover ni hiciera mal tiempo y pudiéramos cruzar el lago sin más contratiempos. La pesadilla tenía que acabar de una vez por todas. Los horrores de la isla ya habían hecho mella en mí y me preocupaba que mi salud mental estuviera en peligro.

Arremetimos contra varios árboles cegados por la angustia de atravesar el bosque, ni siquiera intentamos ceñirnos al sendero.

Oí el fuego incluso antes de verlo, la madera chisporroteaba al combarse y quebrarse. Una vez que dejamos los árboles atrás y pusimos un pie en la pendiente

que conducía a la playa, vimos la dantesca hoguera.

—¡Nooo! —El grito de Gina quebró la noche cargado de espeluznante indignación.

El bote, a unos cincuenta metros de la orilla, estaba en llamas. Aunque pudiéramos alcanzarlo, no nos serviría de nada. Se me cayó el alma a los pies.

—Hay otro bote en la isla —le comuniqué, tratando de no parecer demasiado derrotista—. Es de Mather. No sé dónde está, pero estoy seguro de que lo encontraremos.

—¡Esto no puede estar sucediendo!

Tuve la escalofriante sensación de que el terror podía devorarnos en cualquier momento como si se tratara de un monstruo.

—Está bien, intentémoslo, bordearemos la isla. Tendremos que ir con cuidado... pero no se me ocurre otro modo... Su risa interrumpió mis palabras. La mirada risueña y ladina de Mather me sacó de mis casillas.

—Caramba, caramba —murmuró Mather, asomando entre la primera línea de árboles que había a nuestras espaldas, donde había estado escondido—. ¿Qué demonios va a hacer ahora, señor Reeves? Parece que no bien sale de un aprieto... ya se mete en otro.

Sonreía de oreja a oreja, con la cara y la ropa sucia de mugre y vísceras que habría removido en su caída al pozo. Me acerqué a él con la sensación de que la frustración que sentía en mi interior se convertía en ira. Ya no me importaba si llevaba un puñal o no, quería destrozarlo y él no podría impedírmelo.

—¡Se acabó! ¿Me oye? ¡Se acabó!

Cerré los puños y me dispuse a golpearlo, pero, como siempre, la seguridad en sí mismo de Mather tenía una razón de ser. No sé dónde la había tenido escondida, pero en aquel momento levantó una enorme escopeta y me apuntó con ella.

—Por favor... Cállese. Si no les importa, preferiría que guardaran las distancias.

Gina y yo intercambiamos una mirada, por lo visto no había forma de salir de aquel infierno.

Mather cerró la marcha a través del bosque hasta que llegamos al claro, donde nos ordenó detenernos. Desde allí veíamos la parte izquierda de la casa. La luz que salía por la ventana del dormitorio de Mather se proyectaba en los cristales del suelo.

—¿Qué le ha pasado a la ventana?

Se puso a nuestra altura, a la izquierda. Sonreí.

—Tuvimos una visita inesperada mientras nos entretenía la adorable dama escarlata.

El rostro de Mather se contrajo en una mueca de desagrado y gruñó contrariado.

—¡Apestoso saco de pulgas! ¡Le retorceré el asqueroso pescuezo!

—Si se refiere al señor Hopkins, no fue él quien rompió la ventana.

Mather me miró.

—Entonces, ¿quién lo hizo?

—¿Quién es el señor Hopkins? —preguntó Gina, mirándome primero a mí y luego a Mather.

—Un gato.

—Ah.

—¿Y bien? ¿Quién? —insistió Mather. Se estaba enfadando.

—La libélula. Él...

—¿Una libélula? Paparruchas, está mintiendo.

—No, no miento. Vaya y compruébelo usted mismo. Antes de irnos, su preciada dama se debatía entre la vida y la muerte.

—¡No!

—Sí —confirmó Gina.

En aquel momento algo salió volando por la puerta de entrada. Era más pequeño que antes y parecía agotado, incluso desinflado. Voló directo hacia Mather emitiendo un chillido que taladraba el oído.

El hombre se quedó boquiabierto. Su bello espécimen estaba herido de gravedad, tal vez de muerte. Continuó apuntándonos con la escopeta, pero sus ojos estaban clavados en el insecto cada vez más próximo.

—Oh, mi dama —se lamentó—. ¿Qué te ha ocurrido?

«¡El genio! ¡Tien Thai! Ha venido por mí».

—No.

«¡Sí! Es culpa tuya por abrir el tanque, si no, no podría haber llegado hasta mí, así que vas a ayudarme a derrotarlo».

El monstruo rojo se suspendió en el aire ante Mather, estudiando su rostro, tal vez en busca de respuestas.

—Pero si no sé si puedo matarlo. Yo...

«Tu sangre, necesito tu sangre ahora mismo. No queda otro remedio».

—¡No!

Visiblemente agitado, Mather retrocedió un paso y apuntó al insecto con la escopeta.

«¿Qué crees que estás haciendo? ¡Aparta eso de mí, imbécil!».

Mather hizo lo que le ordenaban, aunque con cierta renuencia.

«No te haré daño. Solo tomaré lo que necesite para recuperar mis fuerzas».

—No... no quiero.

«¿Qué es lo que no quieres?».

—No quiero darte mi sangre.

«¿De qué estás hablando? Ya te lo he dicho, no voy a hacerte daño. Ata a esos dos mientras nos encargamos de la libélula».

—¿Por qué no puedo matarlos? No tiene sentido que...

«¡No vas a matarlos!».

—¿Y la chica? Seguro que a ella no la necesitas con vida.

«Lo que necesito es que él colabore, por eso no puede pasarle nada a ella... por ahora».

Este último comentario me dolió, pero era de esperar. Sabía que tarde o temprano la Ganges Roja trataría de eliminar a Gina, así que solamente esperaba estar preparado cuando llegara el momento.

—¿Qué está pasando?

Había olvidado que Gina no oía al insecto.

—Quiere su sangre para curarse.

Gina miró a Mather y luego al insecto. Mather le devolvió una mirada lasciva.

—Ya...

Gina no creía todo lo que le decía, y no es que me sorprendiera, pero al menos parecía seguirme el juego. Después de todo, y a pesar de la situación tan surrealista en que nos encontrábamos, cualquiera se daría cuenta de que estaba a punto de ocurrir algo que tendría serias consecuencias.

—El dolor no es lo que me preocupa —le aseguró Mather al insecto, con una expresión extraña—. Es que...

«Necesito tu sangre. Soy vulnerable mientras me encuentre en este estado, y Tien Thai lo sabe. Quiere matarme antes de que vuelva a convertirme en humana. Baja esa maldita arma y ¡dame tu sangre!».

—¡No! —contestó Mather a la defensiva.

El insecto se puso furioso. Gina me cogió del codo y me dio un tironcito para que retrocediera con ella y alejarnos de Mather.

—Déjame a mí la libélula —le propuso— y luego podrás dejar secos a estos dos.

«¡No! Si no me das tu sangre, tendré que tomarla a la fuerza... y entonces sí que te dolerá».

—Pero tiene que haber otro...

En aquel momento oí que el mosquito lanzaba un grito estridente. Mather debió de percibirlo con mayor potencia en su mente porque bajó la escopeta y se llevó una mano a la frente, como si la cabeza le doliera horrores.

—¡Para! ¡Para! ¿Por qué me haces esto?

Parecía al borde de las lágrimas. El mosquito no cedió, sino que continuó el asalto con la clara intención de no acabar con el sufrimiento de Mather hasta que este accediera a su sedienta exigencia. En aquel momento, y para mi sorpresa, Mather apartó la mano de la frente, volvió a sostener la escopeta con ambas manos, la levantó y me apuntó con ella directamente al pecho. Gina dio un grito ahogado. La frente de Mather estaba perlada de sudor y un gemido apenas audible escapaba entre sus

dientes cerrados, lo que revelaba el tremendo esfuerzo que estaba haciendo para hacer frente a la voluntad del insecto.

—¡Todo esto es por su culpa! —dijo Mather dirigiéndose a mí—. Hace tiempo que debería estar muerto.

Vi que tensaba el dedo sobre el gatillo y me quedé paralizado. La lengua se me pegó al paladar mientras me preparaba para el impacto inevitable.

«¡Noooooooooooo! ¡Es mío!».

El mosquito se abalanzó sobre Mather, directamente al cuero cabelludo para clavarle el agujón. Mather se revolvió gritando y disparó al aire, lo que nos dejó medio sordos. Tiró la escopeta y trató de quitarse el mosquito de encima a manotazos.

—Tenemos que largarnos de aquí ahora mismo.

Gina contemplaba el espectáculo que tenía lugar a unos metros de ella totalmente anonadada.

—El túnel —recordé—. Lo había olvidado, es nuestra mejor opción.

—¿Un túnel?

—Hay un túnel secreto que corre por debajo de la isla y del lago. Maidon me enseñó la entrada.

—¿Quién?

—Creo que llega hasta el pueblo.

—Muy bien. ¿Cómo se llega hasta él?

—Hay una trampilla en el bosque. Creo que recuerdo el camino hasta allí.

A Gina se le cayó el alma al suelo, no le gustaba la idea de tener que adentrarse en la oscuridad del bosque, pero no nos quedaba más remedio. Estábamos a punto de ponernos en marcha cuando Mather consiguió apartar el insecto de su cabeza. Sin perder tiempo, recogió la escopeta y corrió hacia la casa seguido de cerca por el mosquito. Una vez dentro, cerró con llave a toda prisa. La Ganges Roja cambió el rumbo, se dirigió hacia la parte izquierda de la casa y entró a través de la ventana rota del dormitorio.

—Muy bien, vamos, igual se matan entre ellos o quizá no —le dije a Gina, que se apoyaba en mi brazo derecho para mantenerse en pie—. Si no es así, entonces uno de los dos va a venir a por nosotros y, sea cual sea, querrá sangre. En marcha.

La cogí de la mano y la conduje hasta el camino. Aunque estaba oscuro y todos los árboles parecían iguales, estaba casi seguro de que conseguiría encontrar el camino hasta la trampilla. A pesar del tobillo dolorido, avanzamos a buen paso, aunque tal vez no sea sorprendente que pudiera moverme con agilidad teniendo en cuenta que aún seguíamos amenazados de muerte. Nos detuvimos en el punto del sendero a partir del cual tendríamos que adentrarnos en el bosque. En algún lugar a nuestras espaldas oímos más cristales rotos. Gina apartó unas ramas que le impedían el paso, las soltó y me azotaron la cara.

—¡Ay!

—Ay, perdona.

Se detuvo y me dejó pasar delante. Poco después empecé a sospechar que nos habíamos perdido.

—¿Ahora hacia dónde?

Gina miró a su alrededor, pero lo único que vio fue árboles y más árboles, todos iguales. Estaba a punto de admitir mi derrota cuando a través del bosque, a mi izquierda, atisbé una elevación familiar del terreno.

—¡Tiene que estar ahí delante, en algún sitio!

Seguimos caminando y al cabo de un par de minutos salimos al claro en medio del que se encontraba la trampilla. Me arrodillé con cierta dificultad y así el tirador.

—Mira —dijo Gina.

Me volví y vi que señalaba el firmamento nocturno. Una columna de humo negro se elevaba de la isla, del centro de investigación.

—Qué listo —observé—. Te hace sacar fotografías para la posteridad y luego quema los cadáveres.

—Bueno, pero él no tiene los carretes —repuso, dándole unas palmaditas a la cámara—. Los tengo yo.

Le sonreí.

—Bien, no nos servirán de nada hasta que salgamos de la isla.

Gina se agachó para ayudarme y entre los dos levantamos la trampilla. La abrimos y dejamos caer la puerta de golpe al suelo. El impacto agitó algunas hojas. Me acerqué a la escalera, hecha con tres troncos bastos, y fui descendiendo con cuidado, prestando atención a mi tobillo. El túnel no debía de tener más de dos metros de alto, por lo que podría haber saltado al suelo si hubiera contado con dos tobillos ilesos. De todos modos, cuando bajé el último peldaño, pisé un suelo de barro blando, casi esponjoso, salpicado de hojas muertas y algún que otro charco que vislumbré a pesar de la penumbra. Olía a cerrado y a humedad, lo que significaba que había sido construido hacía mucho tiempo.

—Vuelve a cerrar la trampilla detrás de ti —le pedí a Gina.

—Está bien.

Oí que atrapaba el asa y que intentaba tirar de ella, pero se rindió al cabo de un rato.

—No puedo moverla, está encallada.

—Da igual, déjalo, no tenemos tiempo.

Segundos después oí un chapoteo detrás de mí cuando Gina bajó de un salto. Nos envolvía una completa oscuridad. Gina parpadeó.

—Vamos —dije, avanzando por el túnel, pero me detuve al cabo de un par de pasos. Estaba oscuro como la boca de un lobo y no me hacía gracia la idea de volver

a tropezar—. Supongo que no llevarás encima una linterna, ¿verdad? —le pregunté.

—No —contestó Gina.

—Mierda.

—Lo siento.

—No es culpa tuya. —Se me ocurrió algo—. Espera, la cámara...

—¿Qué le pasa?

—El flash funciona, ¿verdad?

—Claro.

—Bien, entonces lo usaremos para alumbrar el camino.

—Buena idea.

Levantó la cámara y pasó adelante.

Gina abría el camino, iluminando el túnel cada vez que el flash se cargaba. Avanzamos deprisa y poco después salimos a una amplia cámara circular. Gina había utilizado todas las fotos del carrete, pero el flash seguía funcionando sin problemas. Le pedí que apuntara a las paredes y, para mi sorpresa, al primer destello vislumbré algo similar a una trampilla. Al siguiente fogonazo, ambos vimos un escotillón en el techo de la cámara, en la pared más alejada, encima de un pequeño tramo de escalera tallada directamente en la piedra.

—Seguramente lleva a la casa o a un sitio así —aventuré—, sigamos adelante.

Gina apuntó el flash hacia la derecha y lo disparó. Estábamos a punto de entrar en el túnel cuando la trampilla se abrió de repente y un rayo de luz penetró en la cámara. Se me escapó un gemido cuando vi el cañón de una escopeta.

—¡Os estoy viendo! ¡No os mováis u os mataré a los dos!

Gina soltó un taco. Yo incliné la cabeza y suspiré. Esto no va a acabar nunca, pensé.

Bajó la escalera con mucho cuidado sin dejar de apuntarnos con el arma. Tenía el pelo enmarañado y estaba macilento y ojeroso. Llevaba una linterna debajo de un brazo, lo que le permitía aguantar la escopeta con ambas manos. Igual que yo, Mather había atravesado momentos bastante duros en las últimas horas. Parecía un vampiro, demacrado y cadavérico, cuando saltó ruidosamente al agua.

—Creían que se habían librado, ¿eh? Lo siento, pero no puedo permitirme un final feliz. De hecho, el fin va a ser particularmente desagradable para ustedes dos.

—¿Dónde está el mosquito? —Gina fulminó a Mather con la mirada.

—En estos momentos está ocupada con otros asuntos. Ya me encargaré de ella.

—Yo diría que es ella la que se encargará de usted —repuse—, eso si consigue deshacerse de la libélula.

—La libélula también tendrá su merecido, no le quepa duda de eso. Además, si pudiera hacer algo, ya lo habría hecho.

—Yo no estaría tan seguro.

—Usted no sabe nada, señor Reeves, absolutamente nada. Es una verdadera pena que ya no pueda disponer del quirófano porque tenía unos planes realmente excitantes para usted. —Se volvió hacia Gina—. También habría tenido una velada instructiva con esta joven damisela si usted no nos hubiera interrumpido con tan mala educación.

—Vaya, lo siento mucho —contesté con sarcasmo.

Mather sonrió.

—No importa, tal vez haya algo que pueda hacer con esto —dijo, blandiendo la escopeta— para proporcionarme un poco de diversión. Venga, arriba —ordenó, poniéndose al lado de la escalera.

No nos lo podíamos creer. Justo cuando creíamos que se nos ofrecía una nueva oportunidad para escapar de allí, Mather volvía a desbaratarla. Por lo visto la suerte nos había abandonado por completo. Aparecimos en el salón de la aborrecida casa y Mather nos ordenó que nos pusiéramos contra la chimenea. No había señal alguna de la Ganges Roja, pero supuse que si la puerta y la ventana del salón estaban cerradas, no habría forma de que llegara hasta nosotros.

—Veamos, ¿quién va primero? ¿La fotógrafa o el periodista? Supongo que la dama debería ir primero, aunque como es fotógrafa, sabrá apreciar el esplendor artístico de la muerte cercana. ¿Eh, señor Reeves?

—Váyase al infierno —contestó Gina.

—No ha de ir lejos —añadí.

Gina no apartó la mirada de Mather.

—El infierno es algo completamente subjetivo —replicó Mather—. Yo, por ejemplo, me lo estoy pasando bomba.

—Entonces es que ha perdido la perspectiva —repliqué.

—¿La perspectiva?

—Ha sido muy descuidado estas últimas horas. Muy pronto habrá agentes de policía por toda la isla.

—Si, ahora lo sé, pero no lo van a tener fácil. En cuanto la dama se haya tranquilizado, la convenceré para que se ciña al plan original.

—¿Que consiste en...?

—Si vienen... los matamos.

—¿A todos? —Gina no daba crédito a lo que oía.

—Bueno, a cuantos sea posible antes de que la desventaja numérica sea aplastante. Creo que conseguiremos llevarnos a unos cuantos por delante. Ella con su picadura letal y yo con mi buena amiga.

—Supongo que está de más decirlo —observé, enarcando las cejas a causa de una incredulidad apenas controlable.

—¿El qué?

—Que está usted loco —respondió Gina por mí. Mather se echó a reír.

—Ah, ya veo. Bueno, la locura también es algo subjetivo.

—En este caso no —aseguré.

—Ya, en fin, se acabó lo de aplazar las cosas, creo que deberíamos ponernos manos a la obra.

En aquel instante oímos un ruido extraño procedente de un rincón oscuro de la habitación, a la izquierda de la puerta. Gina y yo nos volvimos en aquella dirección. Mather, frente a nosotros, deseaba volverse, pero no se atrevía a sacarnos los ojos de encima. El sonido me había recordado el quejido de un pequeño motor tirando de algo demasiado pesado. El ruidito duró unos quince segundos y se detuvo. A continuación percibimos una vibración suave, similar a la de un rápido aleteo. Mather trataba de ocultarlo como podía, pero a mí no me engañaba, tenía miedo, seguramente estaba aterrorizado, y tenía razón para estarlo. El sonido debía de proceder de una de las dos criaturas y Mather no estaba en buenos términos con ninguna de las dos. El hombre se echó a temblar.

—Creo que tiene un problema —observé.

—Tal vez, pero ya me ocuparé de él cuando haya acabado con ustedes —contestó Mather.

Levantó la escopeta y nos apuntó con ella. Cerré los ojos.

En lo que pudieron haber sido los últimos segundos de mi vida, empecé a rezar con todas mis fuerzas para que algo o alguien interviniera y nos salvara. En vez del estruendo de un disparo, oí un extraño zumbido. Cuando abrí los ojos, vi una pequeña figura que salía volando de entre la oscuridad como un dardo brillante y plateado y que planeaba sobre el cuero cabelludo de Mather antes de volver a desaparecer entre las sombras. Mather podría haber apretado el gatillo en un acto reflejo, pero por fortuna solo dio media vuelta para enfrentarse a su atacante. Apuntó con la escopeta hacia varios lugares, pero no encontró lo que buscaba. En aquel momento atisbó algo por el rabillo del ojo y se volvió hacia la ventana. Ahí estaba.

Bajo la luz, comprobé que la libélula del Yemen era gris en su mayor parte, aunque lanzaba algún que otro destello plateado. Tenía unas alas gigantescas, y la cabeza, con aquellos ojos enormes de visión multifacética, parecía desprender cierta astucia, incluso inteligencia. Estaba claro que a Mather no le interesaba estudiar a la criatura, ya que le descerrajó un disparo sin pensárselo dos veces. Sorprendentemente, la libélula se había esfumado antes de que los primeros perdigones impactaran contra el cristal. En la ventana apareció un enorme agujero, pero no había señal del insecto. Mather soltó un taco.

—¡Maldita sea! ¿Adónde ha ido?

—No lo sé, pero tiene una puntería de pena —se mofó Gina.

Era como si la escopeta no la preocupara en lo más mínimo. En respuesta, Mather

la apuntó con el arma.

—No siempre yerro el tiro, joven damisela.

—¡No, por favor, no lo haga! —le rogué.

—Por supuesto, por un momento olvidé lo que estaba haciendo. —Volvió a apuntarme—. Usted iba primero, ¿verdad?

Una vez más, me encontraba mirando fijamente el cañón de la escopeta.

—Es una escopeta de dos cañones —observó Gina—, de modo que solo le queda un disparo. Caeré sobre usted antes de que tenga tiempo de recargarla.

—No lo creo. Todavía llevo el puñal. Adiós, señor Reeves, es una verdadera lástima desaprovecharlo de esta manera.

Estaba apuntándome, tal vez por última vez, cuando la Ganges Roja apareció volando a través del agujero de la ventana y se lanzó derecha a la frente de Mather para clavarle el aguijón en un ojo.

EXTERMINACIÓN

La escopeta se disparó y arrancó un enorme pedazo de yeso del techo. Gina y yo fuimos testigos del tormento al que Mather hubo de someterse a través de la nube de polvo descendente. Mather agitaba las manos desesperado de dolor mientras el mosquito no dejaba de producir todo tipo de ruiditos atroces. Parecía furiosa. Aturdidos y asqueados, pero demasiado atónitos para poder movernos, vimos que la carne alrededor del ojo de Mather se abultaba y se derretía. Todo lo que había oído era cierto, la Ganges Roja era tan mortífera como afirmaba la leyenda. El resto de la cara no tardó en sufrir los efectos de la saliva tóxica. Mather no dejó de aullar una súplica agonizante hasta que se quedó ronco de tanto gritar. La cabeza le humeaba, lo que añadía un hedor repugnante a una visión verdaderamente abominable. La sangre empezó a manar de la piel que siseaba debajo del ojo y comenzó a formar pequeños charcos rojos en la alfombra. El mosquito se separó de la frente de Mather y se le pegó al cuello, aunque sin hacer tanto ruido. A pesar de los frenéticos movimientos de Mather, se acomodó y se preparó para chuparle la sangre directamente de la yugular. El arrugado abdomen empezó a hincharse a medida que se atracaba del líquido rojo y caliente. Al tiempo que crecía y recuperaba vitalidad, las heridas desaparecían. Eché un vistazo a la ventana y vi que la libélula había regresado, suspendida en el agujero abierto por el disparo de la escopeta. Gina también la había visto.

—Vamos —me susurró—. Ella se encargará de ellos.

En aquel momento, oímos una terrible explosión que solo podía proceder del centro de investigación; tal vez había estallado el tanque de combustible. Gina me tiró del brazo e intentó abrir la trampilla. La ayudé a levantarla hasta que quedó abierta de par en par. Miré a mi alrededor y vi la linterna de Mather tirada en el suelo. Después de hacerme con ella y encenderla, no pude evitar echarle un último vistazo al pobre hombre. El rostro ya era irreconocible. Un profundo agujero se abría en el lugar donde antes estaba el ojo, y parte de la frente y la mejilla derecha habían quedado reducidas a una sustancia repugnante y amarillenta. Tal vez fueran imaginaciones mías, pero juraría que el otro ojo se volvió para mirarme en aquel momento. Estaba a punto de gritar cuando Gina me agarró de la manga y tiró de mí hacia la oscuridad del túnel.

Atravesamos la cámara subterránea hasta el otro lado, por donde continuaba la galería. Ignoraba adónde conduciría, aunque, la verdad, no me importaba mientras nos sacara de la isla. Gracias a la linterna, avanzamos a buen paso. Sentía las piernas tan pesadas que tenía que reunir todas mis fuerzas para que respondieran a las

órdenes más sencillas.

—Bueno, al menos ese maníaco no volverá a molestarnos —dijo Gina, sin detenerse.

—No es él quien me preocupa.

—Ya, pero a menos que ella pueda abrirse camino a mordiscos a través de esa trampilla, creo que estaremos a salvo.

—Pero si no la cerré.

—Ay, Dios. Da igual, no te preocupes, debemos concentrarnos en llegar al final de este túnel.

—Si sabe de la existencia de esa entrada y está abierta, podría aparecer aquí abajo.

—No tenemos tiempo para preocuparnos de eso. Además, también está la libélula, ¿no? Ya atacó antes al mosquito, así que igual esta vez termina el trabajo.

—Tal vez, pero no podemos confiarnos. La Ganges Roja ha demostrado ser muy resistente... No puedo creer lo que le hizo a Mather.

—No te estarás compadeciendo de ese monstruo, ¿no?

—No, claro que no. Tiene lo que se merece.

Imaginé lo que quedaría de Mather en aquellos momentos. Era difícil desearle ese tipo de muerte a nadie, pero también era difícil creer que no se lo mereciera.

El dolor del tobillo aumentaba a cada paso. Deseé poder gritarle a Gina que aminorara la marcha, que me diera un respiro, pero no había más opción que seguir adelante. Teníamos que salir de allí enseguida, me doliera lo que me doliese. Gina echó un vistazo al túnel en ambas direcciones con cara de preocupación.

—¿Por qué estaba tan interesada en ti esa cosa? Porque no iría en serio eso de que quiere tu sangre para volver a ser humana... ¿verdad?

—Sí, aunque... ahora ya no estoy tan seguro. Tal vez fuera el coscorrón que me di en la cabeza.

—Pero estabas convencido de que podías comunicarte con el mosquito, y Mather también hablaba con él.

—Sí, bueno, pero vamos a salir de esta, ¿no?, así que ¿qué más da?

—Tienes razón.

Continuamos al mismo ritmo sin detenernos durante media hora hasta que oímos algo a nuestras espaldas, lo que nos hizo pararnos y nos miramos con labios temblorosos. Gina enfocó la linterna hacia la oscuridad. El zumbido agudo se oía cada vez más cerca, pero seguíamos sin ver nada. Estábamos petrificados, no podíamos echar a correr, únicamente nos quedaba esperar a ver qué ocurría. Fui yo el primero en verlo. Su sorprendente tamaño solo lo igualaba el deslumbrante brillo rojizo que desprendía su cuerpo, que absorbía la luz de la linterna y proyectaba destellos más intensos en

respuesta.

—Dios santo —musité.

Creo que ambos sabíamos que era inútil correr, así que nos mantuvimos firmes en nuestros sitios dispuestos a defendernos. El mosquito nos daría alcance en cuestión de segundos. Gina estiró hacia atrás el brazo con la linterna, preparándose para golpearlo, aunque no creí que fuera a hacer mucho. Algo me decía que uno de nosotros, o los dos, iba a morir. El mosquito redujo la velocidad y al final se detuvo delante de nosotros.

«Se me ha acabado la paciencia. O me entregas ahora, mismo lo que quiero... o sufrirás el mismo destino que Mather».

Gina apretó los dientes y se mantuvo firme. Yo di un paso al frente, sintiendo que las fuerzas renacían en mí repentinamente.

—Está bien, aquí la tienes.

Me costó decir aquellas palabras. El terror del que era presa había dado alas a mi imaginación y había bombardeado mis pensamientos con todo tipo de imágenes horripilantes. Sin embargo, no había otra opción. Si continuaba resistiéndome, solo conseguiría que la Ganges Roja obtuviera por la fuerza lo que quería.

«Sí, eso es. Todo habrá acabado antes de que te des cuenta...»

Reemprendió el vuelo y se acercó con cautela, preparada para apartarse ante el más mínimo indicio de que pudiera ser atacada.

—No, no lo hagas —suplicó Gina, retrocediendo ligeramente, pero tropezó con algo, resbaló y se le cayó la linterna, momento que la Ganges Roja aprovechó para abalanzarse sobre mí como un rayo.

Se posó en mi cabeza y perdí los estribos. Lo que más me sorprendió fue el calor que generaba, era como si estuviera ardiendo. A pesar de estar convencido de que había hecho lo único que podía haberse hecho, sentí un deseo irrefrenable de apartarla de mí.

—¡Noooooooooooo! —gritó Gina, desde algún lugar a mis espaldas—. ¡Apártate de él!

El mosquito se arrastró por mi cabeza y entonces, sin vacilar, me atravesó la nuca y empezó a succionar con una fuerza formidable que me arrancó unas lágrimas. Esta vez sí que grité.

«No puedo creer que por fin esté sucediendo. Amado...»

Aparte del dolor del aguijón que me atravesaba la piel y la succión, no sentía nada más. No me había inyectado su saliva, lo que me alivió y sorprendió al mismo tiempo. Por lo visto había dicho en serio que su intención era mantenerme con vida. Por increíble que pareciera, Gina empezó a abandonar mis pensamientos al mismo tiempo que el dolor y el pánico se mitigaban. Estaba a punto de rendirme por completo a su grata voluntad cuando algo me sacó del letargo. El mosquito apartó la

trompa con brusquedad y un espasmo de dolor me recorrió la columna vertebral. Acto seguido, la criatura se alejó de mi cabeza, y cuando miré a mi alrededor, cansado, atontado, sin poder enfocar la vista, vi que Gina me chillaba.

—... ¿Me oyes? ¡Corre!

Me agarró de la mano y tiró de mí sin que a ninguno de los dos nos importara demasiado el estado de mi tobillo. Ignoraba qué le habría ocurrido a la Ganges Roja, pero supuse que no estaba muerta porque Gina no dejaba de volver la vista atrás y de soltar tacos. Poco después, volví a oír el zumbido, aunque no me sorprendió. Tenía la mente algo más despejada y volvía a ser completamente consciente de la desesperada situación en que nos encontrábamos. Nos detuvimos y, aterrados, dimos media vuelta para enfrentarnos a nuestra perseguidora.

Mi sangre ya había efectuado un gran cambio en ella. Por incomprensible que pudiera ser, en aquel momento tenía el tamaño de una corneja, y las dimensiones no era lo único que había sufrido un cambio. Ya no tenía ojos multifacéticos, sino dos ojos blancos, entelados y lo que creí distinguir como un pequeño punto negro en cada uno de ellos, aunque no estaba seguro. No cabía duda de que estaba sufriendo una mutación drástica. Aunque ¿era posible que estuviera transformándose en una mujer? A pesar de lo que veían mis ojos, la parte racional de mi cerebro se negaba a creerlo.

Se suspendía ante nosotros, zumbando, tal vez decidiendo qué iba a hacer, consciente de que disponía de todo el tiempo del mundo. La trompa era el doble de grande que antes, y el agujijón, alargado, grueso y muy puntiagudo, le goteaba. Me toqué el dolorido agujero de la nuca y lo noté húmedo por la sangre, pero por lo demás parecía estar bien. Miré a Gina.

—Haz algo, por amor de Dios —suplicó.

—¿Como qué?

—Tú no —aclaró, volviéndose hacia mí—, ¡se lo estoy diciendo a esa cosa! ¿Es que se va a quedar ahí flotando todo el día hasta que nos muramos de hambre?

El mosquito batió las alas a destiempo un instante. Estaba intranquilo, pero sin mediar palabra voló hacia Gina, luego se elevó y le pasó por encima. La punta de las alas rozaron el techo del túnel. Sin previo aviso se lanzó directo hacia la cabeza de Gina y se detuvo a milímetros de su pelo. A continuación, volvió a elevarse y a alejarse, pero esta vez lo oí reír. Gina estaba aterrada. Me miró, intentando ocultar el miedo.

—No pasa nada —le aseguré, tratando de tranquilizarla, aunque no conseguí disimular el tembleque de la voz.

El mosquito seguía riendo, flotando en el aire lleno de regocijo. En ese momento comprobé que, efectivamente, en sus ojos se estaban formando unas pupilas. La imagen era escalofriante.

«Sí».

La risa había cesado.

«Ahora te veo con ojos humanos. Es una sensación tan rara... Ya no me siento como una extraña, es como si volviera a casa. No queda mucho, pronto seré como antes».

—¿Y luego qué?

Fui consciente de que Gina se había vuelto hacia mí al oírme hablar. Supongo que pensó que debía de estar loco o que deliraba para seguir hablando con esa cosa.

«Luego nos iremos lejos de aquí a algún lugar donde nadie nos encuentre y podamos estar solos el resto de nuestras vidas».

—Ya te lo dije, eso no va a ocurrir.

«Solo necesito tiempo para convencerte. En cuanto me veas como en realidad soy, cambiarás de opinión y me amarás como yo te amo. Ya no queda mucho, te lo prometo».

—¿Es que no me escuchas? Eso no va a ocurrir. Nosotros abandonamos esta isla y lo que tú hagas no es asunto mío. Búscate a otro, me da igual, pero a mí déjame en paz. Ya te he dado lo que querías, ¿no? Pues ¿por qué no nos dejas ir?

«Creía que comprendías cómo me sentía... La sed del deseo, las dudas, el vacío... Bueno, no importa, serás mío, lo quieras o no».

Miré a Gina y, en ese preciso momento, el dolor regresó de golpe. Por la expresión de su rostro, estaba claro que quería saber qué estaba ocurriendo. No se me ocurrió qué decirle, así que me volví hacia la Ganges Roja.

—Sí, tienes razón, pero antes déjala ir.

El mosquito zumbó con más fuerza. Tuve la sensación de que estaba molesta y de que perdía la paciencia.

«Te ha corrompido la mente, tiene que morir. Entrégate a mí... Sométete y no sentirás más dolor. Mereces algo mejor que ser esclavo de su tiranía. Te controlará y gobernará para siempre si no te deshaces ahora de ella... Por favor... Déjame ayudarte...».

—Te juro que si la tocas...

«Si se marcha ahora, no le haré daño. Dile que corra y que no mire atrás. En cuanto te hayas sustraído a su influencia, lo entenderás todo».

Si con eso conseguía que Gina estuviera a salvo, estaba dispuesto a hacer lo que el mosquito quisiera, pero no tenía ni el tiempo ni las fuerzas para negociar mi salvación. El insecto me había chupado casi toda la energía, y mi voluntad también empezaba a flaquear.

—De acuerdo, pero prométeme que no le harás nada. Haré lo que quieras si la dejas ir.

«Claro que te lo prometo, amor mío. Lo único que deseo es hacerte feliz».

—Está bien. —Me volví hacia Gina, que parecía profundamente preocupada. Tal

vez sospechaba lo que iba a ocurrir—. Escucha, tienes que irte... ahora mismo. Sigue por el túnel y lárgate de aquí.

—Debes de estar bromeando. ¡No voy a dejarte aquí con ese bicho!

—No hay otra opción. No me pasará nada, no va a hacerme daño. Vete y llama a la policía. Tengo el presentimiento de que no estaré aquí cuando lleguen, pero... al menos encontrarán a Mather y tal vez quede algún cuerpo que todavía sea identificable.

—No voy a dejarte aquí.

—¡Tienes que hacerlo!

—¡Ni hablar!

—Escúchame. —La cogí por los hombros y la miré a los ojos, desorbitados por el miedo—. Si te quedas, ambos veremos cómo muere el otro. Esa es la verdad. No podemos acabar con esa cosa. Deberíamos estarle agradecidos de que nos muestre tanta compasión.

—Jamás me lo perdonaría, Ash. No puedo hacerlo, no puedo abandonarte.

—Por favor, tienes que irte, es el único modo en que puedo protegerte. —En aquel momento caí en la cuenta de que quizá aquella sería la última oportunidad que tendría de decírselo—. Te quiero.

—¿Qué?

—Estoy enamorado de ti desde el primer día que entraste en la oficina y no soporto la idea de no volverte a ver nunca más, pero... Vete ya, por favor. Este no es el mejor momento para decírtelo, pero yo, solo... Necesitaba que lo supieras.

—Yo... —Gina guardó silencio unos instantes—. Te pegó fuerte con la pala, ¿no? A pesar de todo, sonreí.

—Vete, por favor —insistí—, antes de que ella cambie de opinión.

La solté. Me miró fijamente y a continuación fulminó al mosquito con la mirada. Supuse que iba a lanzar una amenaza o una maldición; sin embargo, me habló a mí sin apartar los ojos de la amenaza que se mecía en el aire.

—Lo que acabas de decir... es lo más bonito que nadie me ha dicho jamás.

Dicho esto, dio media vuelta y echó a correr. La vi marchar, seguí el cono de luz de la linterna hasta que desapareció a lo lejos. Ya estaba a solas con el monstruo. Oí una especie de reventón, y cuando me volví, vi que el cuerpo del mosquito había vuelto a aumentar de tamaño. Era un espectáculo digno de ver. Si no hubiera estado tan paralizado por la repugnancia y el terror que sentía hacia aquella cosa, me habría quedado anonadado.

«Ya no queda mucho. Espera. Duerme. Te despertaré cuando haya llegado el momento».

Deseaba sucumbir a la tentación y necesitaba dormir; sin embargo, una duda me corroía. El mosquito parecía nervioso y tuve la sensación de que quería que durmiera

por otra razón, así que decidí que lo mejor sería permanecer despierto.

—¿Qué pasa con Mather? ¿No te arrepientes de haberlo matado?

«¿Por qué iba a arrepentirme? Ya no me servía. Su sed de sangre y su habilidad para atraer víctimas eran lo único que hacía tolerable su existencia. El mundo está mucho mejor sin él».

—Él te alimentaba y te protegía. Dudo que haya muchos más que estén dispuestos a hacer lo mismo.

«Tal vez, pero, en última instancia, lo hacía por interés propio. No le importaba nadie más que él».

—¿Estás segura? ¿Estás segura de que no se preocupaba por ti?

«Eso no importa. Deberías dormir. Estoy transformándome rápido, siento que pronto llegará el momento, por eso deberías conservar tus fuerzas».

—¿Por qué quieres que duerma en realidad?

«¿Qué?»

—¿Qué es lo que no quieres que vea?

«La transformación será desagradable...»

—No es eso. Te da igual si eso me repugna, existe otra razón.

Oí otra especie de reventón y vi que la trompa empezaba a retraerse. Varias patas también comenzaban a acortarse, retrocedían hacia el interior del cuerpo, que no paraba de crecer.

«No seré poderosa mucho más tiempo».

—¿Poderosa? ¿Quieres decir peligrosa?

«Sí. ¡Ah! —Se retorció en el aire al tiempo que parte del abdomen se inflaba y ensanchaba—. Ya no queda tiempo, si no quieres dormir... no me queda otra opción, pero no quería que lo vieras. Has de comprender que he de cortar los lazos de tu corazón para asegurarme tu amor... Espero que, con el tiempo, llegues a perdonarme».

Se estiró del todo. Los ojos casi eran de tamaño humano, con grandes pupilas negras rodeadas de brillantes anillos verdosos. En aquel instante su mirada, atávica durante unos segundos, reveló una intención maligna. Del tamaño de un cuervo y algo más torpe que antes, aunque todavía veloz, salió disparada, pasó por mi lado y se alejó por el túnel.

—¡Gina! —grité, echando a correr—. ¡Va a por ti!

Supe, sin ningún lugar a dudas, que no tenía ni la más mínima posibilidad de atrapar al monstruo. Aunque hubiera podido llegar hasta Gina a tiempo, no tenía forma de protegerla. La Ganges Roja era demasiado grande para apartarla de un manotazo, nos mataría a ambos, pero de todos modos eché a correr.

A pesar de su renuencia a abandonarme, Gina había salvado una gran distancia y estaba acelerando el paso para alejarse todo lo que pudiera del monstruo. Sin

embargo, no le sirvió de nada. Desde donde me encontraba, vi que la reluciente parodia ganaba terreno y acortaba distancia a una velocidad endiablada, era cuestión de segundos que le diera alcance, de modo que cuando yo llegara a su lado ya estaría muerta. En aquel preciso momento, justo cuando la desesperación se apoderaba de mí, algo me pasó volando junto a la oreja. No era más grande que un gorrión, pero avanzaba con decidida determinación cortando el aire como una flecha. Pronunció tres palabras, que quedaron depositadas suavemente tras de sí.

«¡No te rindas!»

No lo hice. No sé de dónde saqué las fuerzas, pero me lancé hacia delante sin detenerme a pensar en la pesadilla a la que me precipitaba.

Invertí en la carrera por el túnel toda la energía que fui capaz de reunir y llegué a tiempo de ver que la Ganges Roja se posaba en la nuca de Gina. El inesperado lastre la hizo tropezar y caer de rodillas; sin embargo, antes de que la criatura tuviera tiempo de reaccionar, la libélula cargó contra ella como una bala y la apartó de la cabeza de Gina, de la que se llevó un mechón de pelo. Gina chilló, y aunque sus ojos estaban arrasados por las lágrimas, pudo ver lo que aconteció a continuación. Cuando por fin llegué a su lado, la atraje hacia mí. Las dos formas se agitaban en el agua del lago que con el tiempo había ido filtrándose por el techo del túnel. La Ganges Roja, con el cuerpo tan abultado e hinchado que ya no era reconocible, aleteaba frenética mientras luchaba por deshacerse de la libélula, cuyo cuerpo más pequeño llevaba pegado a la espalda. Contemplamos la batalla sobrecogidos, rogando para que ganara la criatura más pequeña.

Gina me rodeó la cintura con un brazo. A pesar de la adrenalina que me corría por las venas, se me empezó a nublar la vista y estaba a punto de desmayarme cuando Gina reparó en mi estado y me zarandeó para despabilarme.

—¡Eh! Que esto todavía no ha acabado.

Me concentré en la Ganges Roja y en su enemigo declarado. Estábamos siendo testigos de una batalla decisiva de la que solo uno saldría vivo y, tal como iban las cosas, el resultado por el que ambos apostábamos no parecía el más probable. La libélula había aturcido a su abultada adversaria y la estaba agujijoneando repetidamente con un cuerno puntiagudo que tenía en la cabeza y con el que había conseguido traspasar y hacer sangrar el rosado abdomen de su enemiga. Sin embargo, no parecía ser un rival de peso. Estaba convencido de que solo era cuestión de tiempo que la Ganges Roja se revolviera con un golpe mortal.

—Tengo que hacer algo —resolvió Gina, y me arrastró hacia la pared—. Ten, aguántame esto. —Me pasó la linterna—. Enfócalos.

—¿Por qué? ¿Qué vas a hacer?

—Es la única oportunidad que tenemos y tú no estás en condiciones de hacer nada.

Empezó a caminar hacia los contendientes.

—No, no te acerques a ellos, por favor.

—No pasa nada, confía en mí.

Avanzó con decisión por el suelo mojado y se detuvo a escasos centímetros de los insectos.

«¡No! —aulló el mosquito más encolerizado que nunca, aunque esta vez el miedo empañaba la cólera—. ¡Aléjala! ¡Aléjala!»

Los dos insectos acabaron separados en el húmedo suelo del túnel. Ambos parecían incapaces de remontar el vuelo o poco dispuestos a hacerlo. La libélula había invertido todas sus fuerzas en el virulento ataque. La Ganges Roja, que no paraba de crecer, se alzó sobre sus dos patas más largas y fuertes y profirió algo que ya no era un zumbido, sino algo similar a un grito humano. Se estaba preparando para atacar, para asestar el golpe mortal. En aquel instante, mientras Gina esperaba el momento oportuno para intervenir, oí la otra voz, la de la libélula.

«¡Ahora! ¡Hazlo ahora!»

—¡Ahora, Gina!

Gina levantó el pie derecho. La Ganges Roja se volvió hacia ella y se quedó petrificada. Estaba a punto de gritar, esta vez de terror, pero no tuvo oportunidad de hacerlo. El zapato le aplastó la cabeza y, segundos después, el agua que corría entre los pies de Gina se tiñó de sangre. Durante un rato fuimos incapaces de movernos, estábamos como atontados, hasta que al fin logré acercarme a Gina y me quedé a su lado. Le pasé el brazo alrededor de la cintura. Bajé la mirada y vi varios pedazos rojos y negros esparcidos por el suelo, sobre la fina capa de agua. La sangre había salpicado la parte delantera de los tejanos de Gina y la pared de enfrente. No daba crédito a la cantidad que había. Miré a Gina y vi que todavía trataba de buscar una explicación a lo que acababa de presenciar. Respiraba hondo y contemplaba incrédula lo que quedaba del mosquito.

—¿La oíste?

La pregunta abandonó mis labios antes de que hubiera tenido tiempo de pensarla.

—¿A quién?

—A la libélula. ¿La oíste hablar?

—Te oí... Te oí a ti —contestó, volviéndose hacia mí—. Nada más.

Miramos a nuestra salvación gris y aparté el haz de luz de la linterna para que no lo enfocara directamente. Había remontado el vuelo y parecía bastante más recuperado que momentos antes. Dio media vuelta y se alejó por el túnel en silencio.

—Bueno, supongo que no es importante —concluí, sonriendo a Gina.

—No... Venga, larguémonos de aquí de una vez.

Volvimos a ponernos en marcha.

—Buena idea —admití.

Gina se detuvo bruscamente y me cogió del brazo. Su sonrisa se esfumó.

—¿Qué ocurre?

—¿No lo oyes?

Nos quedamos quietos, atentos a cualquier ruido. Al principio no oía nada más que las gotas de agua que caían del techo, pero entonces distinguí un chapoteo cada vez más cercano.

—Oh, no, ¿y ahora qué? —gemí.

Empezamos a retroceder. Gina me quitó la linterna de la mano y la enfocó hacia el túnel, en la dirección del chapoteo.

—¿Qué es eso?

—Ni lo sé ni lo quiero saber —dije, sacudiendo la cabeza.

—Chsss. ¡Mira!

A pesar de que no quería, miré.

—¿Qué narices es eso? —preguntó Gina.

Dos pequeñas esferas verdes se acercaban a nosotros en la oscuridad. Al principio no supe lo que eran, hasta que caí en la cuenta. Me arrodillé, estallando en carcajadas, y extendí los brazos mientras las lágrimas resbalaban por mis mejillas. Cuando el pequeño cuerpo apareció ante nosotros chapoteando en el agua, Gina dio un respingo. Aflojó el paso, maulló, se encaramó a mis rodillas y, apoyando las patas traseras en mi pierna, me puso las delanteras en el pecho. Primero se frotó el hocico contra mi nariz y luego la mejilla contra mi barbilla.

—Hola a ti también —lo saludé—, no sabes cuánto me alegra verte.

Gina se arrodilló a mi lado y empezó a acariciar el lomo del señor Hopkins.

Una vez terminamos de colmar de atenciones a nuestro pequeño amigo, reanudamos la marcha. Debimos de recorrer unos tres kilómetros como mínimo antes de llegar a la salida. Al acercarnos, vimos un tablón de madera encajado en uno de los lados de la galería, debajo de la trampa. Era viejo, amarilleaba y estaba húmedo, pero las letras todavía eran legibles:

TRYST

El señor Hopkins empezó a ronronear y el túnel amplificó el sonido y le confirió una cualidad cavernosa.

—Nadie se va a creer lo que ha ocurrido, ¿verdad? Ni siquiera yo estoy segura —dijo Gina mientras yo subía por la pequeña escalera para abrir la trampa de un empujón.

Llevado por el instinto, volví a bajar hasta el suelo y le tomé una mano. Para mi gran alivio, sonrió.

—¿Y te importa? —Estreché su mano—. Después de todo, estamos vivos.

—Sí... pero sigo pensando que hoy no debería haber salido de la oficina.

—Pues me alegro de que lo hicieras.

—Venga, vamos antes de que aparezca algo más por ese túnel.

Horas más tarde, después de que el sol hubiera conquistado el cielo, Gina y yo nos encontrábamos en un tren casi vacío en dirección a Londres. Abrí mis cansados ojos y paseé la vista por un vagón desierto. Algo me había despertado. Creía haber oído el zumbido de un insecto de los grandes. Presté atención unos minutos, pero solo distinguí el traqueteo del tren cruzando a toda velocidad la campiña a primera hora de la mañana.

Después de haber declarado ante la policía local, se había desatado el infierno. Todavía nos encontrábamos en la comisaría cuando llegaron los oficiales de policía, y, una vez confirmada la historia y anotadas nuestras direcciones, nos dejaron ir después de asegurarnos que no tardarían en ponerse en contacto con nosotros para corroborar los hechos. Aunque en aquel momento lo único que nos importaba era llegar a casa y meternos en una cama caliente.

Miré a la chica preciosa que dormía a mi lado y que utilizaba mi brazo a modo de almohada. Los hombros subían y bajaban mientras dormía. Transmitía una placidez contagiosa. Sentí una gran paz interior, y no solo porque todo hubiera acabado, sino porque había estado más cerca de ella que nunca.

Me puse a darle vueltas a lo que me había dicho cuando salíamos del túnel. Tenía razón, muy pocos, por decir alguno, creerían nuestra historia. Además, me daba la impresión de que cuanto más tiempo pasara, menos la creería yo mismo. Tal vez forme parte del gran proceso curativo del tiempo, un modo de conservar la cordura después de los sucesos inexplicables con los que a veces somos tan tontos de tropezar.

Cuando cerré los ojos y volví a caer en los brazos de Morfeo, únicamente fui consciente, además del continuo traqueteo del tren, de un leve latido, casi imperceptible, en la nuca.

EPÍLOGO

Valle de An Lao, Vietnam, 2005

No bien había acabado Cam de atar la cuerda alrededor de la rama rota de una morera, levantó la vista hacia el tocón de árbol en que su mujer, Long, había estado sentada cosiéndole la harapienta camisa de trabajo. Sin embargo, lo que vio fue un cuerpo desplomado en el suelo.

Dio media vuelta y corrió hacia donde yacía Long. La levantó entre sus brazos y la llamó una y otra vez con la esperanza de despertarla del misterioso sueño en que se había sumido. Sus esfuerzos fueron en vano. Comprobó si respiraba, si tenía pulso, pero no había nada que hacer.

¿Cómo? ¿Cómo podía ser que le hubieran arrebatado a su amada, al único rayo de luz de su vida, en un instante, tan de repente, sin una palabra?

Llevó el cuerpo hasta la cabaña y lo depositó en la cama. Caminó por la habitación con la respiración entrecortada, reprimiendo las lágrimas que deseaban arrasar sus ojos, y trató de pensar en algo, en cualquier cosa que pudiera dar marcha atrás a lo que había ocurrido. En ese momento recordó algo.

En las colinas que quedaban al este del pequeño pueblo, vivía un anciano. Apenas bajaba a la aldea y la gente casi nunca subía a verlo. Sin embargo, durante décadas habían circulado historias acerca de sus poderes. Se decía que era más viejo que Matusalén y más sabio que cualquier hombre vivo. Los ancianos del lugar sostenían que era un genio, que tenía el don de la curación, tal vez incluso el de devolver la vida. Era imposible, pero Cam tenía que asegurarse. No soportaba la idea de vivir sin Long.

Durante siete horas cargó con el cuerpo de su mujer por el traicionero camino de la montaña hasta que, acabándose el día, llegó a la cima. Hacía frío y los espinos casi borraban el paso. Al mirar a su alrededor, el viento le llenó los ojos de lágrimas, pero vislumbró una pequeña construcción de madera. Se abrió camino entre las punzantes espinas, se cortó varias veces, pero al final llegó a la entrada de la choza.

La puerta estaba entornada y el interior estaba completamente a oscuras. A punto de dejar el cuerpo de Long en el suelo para entrar, lo llamó una voz:

—¡Detente! No te acerques más. Sé por qué estás aquí y no puedo ayudarte.

—¿No...? —empezó a decir Cam, sintiendo que las lágrimas resbalaban por sus mejillas—. ¿No puedes hacer nada?

—Lo que me pides supone mucho más de lo que imaginas. Los peligros son incontables.

—De modo que puedes hacerlo.

Cam se acercó a la puerta y trató de distinguir algo en el interior, pero solo vio sombras oscuras.

—Puedo... pero...

—¡Debes! —Cam cayó de rodillas—. Por favor, haré cualquier cosa, lo que sea, si me la devuelves.

Empezó a sollozar sin tratar de disimularlo, escudriñando el interior de la choza con la esperanza de que su sincero pesar conmoviera al anciano. Los sollozos de Cam y el aullido del viento fueron lo único que hirió el silencio que se instaló entre los dos.

—¿Te amaba? ¿Incondicionalmente?

—Sí —respondió Cam de inmediato, secándose las lágrimas—. Nos amábamos más de lo que puedas imaginar.

—¿Y estaba contenta con su vida? ¿Jamás se vio tentada a abandonarte por otro hombre? ¿Otro que le pudiera ofrecer más?

—¡No! —aseguró el hombre con firmeza, casi enfadado—. Solo deseaba estar conmigo. Eso y nada más.

—Mmm... —fue la respuesta.

—No voy a ir a ninguna parte hasta que me la devuelvas, anciano. Si no lo haces, me mataré ahora mismo. —Cam escudriñó la oscuridad, convencido de que la resolución que se desprendía de sus palabras no caería en saco roto—. Si no puedo estar a su lado en este mundo... me reuniré con ella en el otro.

El silencio volvió a hacer acto de presencia. Cam permaneció arrodillado varios minutos, preguntándose qué ocurriría a continuación, hasta que vio aparecer un rostro en la penumbra de la choza. Era mucho mayor de lo que hubiera podido imaginar. Tenía la piel agostada y terriblemente arrugada, y el cabello ralo y quebradizo. Nunca había visto una criatura tan anciana y frágil.

—Muy bien, joven —suspiró el anciano, removiéndose incómodo—. Llévala adentro... y tráete una de esas portentosas espinas contigo.

AGRADECIMIENTOS

En cuanto a la investigación, me gustaría expresar mi deuda con el libro *Mosquito: The Story of Maris Deadliest Foe*, de Andrew Spielman y Michael D'Antonio, como una valiosa fuente de datos sobre el terrible insecto. Cualquier otro error que aparezca en la novela, no obstante, es únicamente mío. Aparte de esto y de numerosas visitas a la World Wide Web, el resto proviene de las profundidades de mi imaginación... ¡Dios os ampare!

Me gustaría dar las gracias a toda la gente de la división juvenil de Random House UK, no solo por haberme publicado sino también, junto con los compañeros de Transworld Publishers, por ser valiosos colegas y amigos, siempre generosos a la hora de felicitar y dar apoyo y motivación. Realmente os quiero, tíos.

Y lo que es más importante, estoy en abrumante y duradera deuda con cierta dama que conocí en una fiesta. Charlie Sheppard: respetada editora, amiga en quien confiar y verdadero ídolo. Gracias, Charlie.

D. V. CARTER, 2005